



PISCIS DE ZHINTRA

Víctor Conde



Lectulandia

De repente, un arpón me golpeó de lleno. Mi huevo se descontroló y golpeó una pared. Yo grité, aterrada. Creí que iba a morir mientras daba vueltas y tumbos y una nube de chispas me envolvía, frenando mi impulso por dentro del alvéolo. El sillón del huevo se contrajo en torno a mi cuerpo, apretándolo como un guante e interrumpiéndome la respiración.

Al fin me detuve y el apretón del diván se relajó. El vehículo estaba varado en el centro del angosto pasaje, totalmente raspado y agrietado, con la carlinga astillada y un profundo agujero en la zona de los impulsores.

Salí como pude de la carlinga y me quedé de pie apoyándome en ella. La baja presión del interior del tubo estuvo a punto de asfixiarme. Un ruido anunció que mis perseguidores estaban llegando: levanté la cabeza y vi aparecer a través del humo el sidecar del arponero, que me apuntaba directamente al corazón. Adiviné una sonrisa de satisfacción bajo los congelados rasgos de su máscara de cuero.

Lectulandia

Víctor Conde

Piscis de Zhintra

Piscis de Zhintra - 1

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2018

Título original: *Piscis de Zhintra*
Víctor Conde, 2002
Ilustraciones: Luis Royo
Diseño de cubierta: Gallego Bros

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Al productor de *Piscis: La película*.
El número de mi agente está al final del libro.

Prólogo

La niña que miraba el cosmos

Desnuda, recostada sobre la inmensa alfombra de piel de visión desprovista de mobiliario que forma el observatorio de mi nave. Estoy sola. Abandonada en mi vacía soledad. Con ese sabor picante y con textura de burbujas de vino de Salantra aún en mi paladar. Mirando el espacio. Escuchando el espacio.

No, ésa no es forma de empezar.

Me desperezo con lentitud mientras *Aquario*, mi nave consentida y elegante, atraviesa sin molestar un banco de peces Vylah Zaish, que rodean el navío con sus elegantes aleteos de mariposa. Danzarines que bailan al son de los cometas. Ya los he encontrado otras veces, así que evitaré pensar en esa sensación de pérdida y calidez en el bajo vientre que provocan sus misteriosos y bellísimos cantos de ballena; del poder que tienen para despertar viejos sentimientos que creía haber enterrado años atrás. Ojalá alguien consiga descifrar alguna vez el lenguaje en el que están escritos.

Dicto esta memoria holográfica para luego lanzarla al espacio, confiando en que los vientos que circulan entre las estrellas la harán derivar hasta algún lugar seguro, lejos de la locura y la muerte que de repente han invadido mi vida. La computadora de vuelo, una de las particiones semi-independientes de la compleja personalidad de *Aquario*, me advierte de que hemos entrado en el espacio cislunar de Boonan, el planeta origen de los temibles y sanguinarios veldars.

Mi destino.

La nave rodea la luna en un arco majestuoso, dándome tiempo por última vez a plantearme lo que voy a hacer. He tenido que silenciar algo bruscamente a la computadora para no oír sus peroratas. Es una magnífica compañera de viaje, mucho más sensata que la mayoría de los humanos que conozco, pero algo en la compleja trama lógica de sus circuitos le impide entender que hay cosas en la vida que una tiene que hacer sin pensar en los riesgos que conllevan. Estos puntos de inflexión no existen en la sencilla y planificada vida de las computadoras, lo que las incapacita para entenderlo y, desde mi punto de vista, para opinar. Tras varias horas de aguante, y conociendo la inusitada terquedad de este bello ejemplar, tuve que destrozar el altavoz de mi camarote de un disparo. Ahora me arrepiento un poco, ya que repararlo me va a salir por una fortuna.

Si sobrevivo.

Tengo miedo —quién no lo tendría, a excepción de una chiflada como Destiny—, pero no voy a dejar que eso me detenga. La vida de mi amiga está en juego, y eso pesa más que todas las leyendas y advertencias sobre la ferocidad de los habitantes del País que Cae que han llegado hasta mis oídos. De lo que hacen con los prisioneros. De lo que hacen cuando éstos son mujeres. Pero tengo un plan. Sencillo y

estúpido, pero tan imprevisible que tal vez funcione. No confío en él, pero no me queda más remedio que ejecutarlo.

Un ronroneo. *Peluche*, mi gata de Angora, se despereza a mi lado con esa gracia intrínseca que tienen los de su especie, y se enrosca en torno a su velluda y suave cola. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

Compruebo por enésima vez que mi sencilla y ridícula arma secreta está orgánicamente bien colocada —problemas enzimáticos y estéticos aparte—, y me vuelvo a sentir estúpida. Sobre todo por el pelo que comienza a crecer impudicamente a su alrededor. Parezco una aberración de la naturaleza, un monstruo alienígena o genético sin sentido del pudor o de la vergüenza.

Las armas convencionales no sirven en el País que Cae, así que he tenido que ser creativa. El reto es enfrentarme a la raza de seres que probablemente más y mejor saben sobre armas y formas de matar y torturar en la galaxia conocida, pero espero sinceramente en mi ingenuidad de esclava fugitiva que este tipo de bomba sea nueva para ellos. Si no, juro que volveré como sea hasta el Zoco de Irsaláh, en los cúmulos de gas sólido de Tritia, y cruzaré dos palabritas con ese maldito cirujano de los suburbios que me cobró tanta pasta por instalarlo; había reservado ese dinero para ir de compras a Sulus VII a finales de año, demonios.

La pantalla me lanza los últimos datos a una velocidad tan elevada que me cuesta leerlos. *Aquario* está enfadada conmigo, y ésa es su forma de expresarlo. No le guardo rencor. Ojalá lograra hacerle entender que lo que más deseo en este momento es correr, desaparecer entre las estrellas con un gran impulso cuántico de mis máquinas Kerambeón y buscar una compañía más cálida que la de mi gata. Pero no puedo. *Debo hacer lo que debo*, como dijo alguien.

Me levanto y recojo de la alfombra la armadura que voy a llevar en la desigual batalla: un *top* que apenas da para cubrir el contorno de mis pechos, una cinta negra de eslabones trenzados con una argolla de metal que se ciñe con dificultad a mi cintura, botas claveteadas que llegan hasta las rodillas, y un ínfimo tanga de cuero que enseña más de lo que oculta para tapar el arma secreta que con dificultad encajo entre mis piernas. No entiendo cómo los hombres os las arregláis con estas cosas. La circunferencia achatada de Boan aparece clara en la pantalla. Un escalofrío gélido nace en mi vientre y sube por mi espalda haciéndome vibrar de pánico. Me entran unas ganas repentinas e impostergables de ir al servicio, pero me contengo. He de mantener la entereza: la vida de Destiny depende de mí, de mi determinación.

La alarma de proximidad comienza a graznar, indicándome que estoy entrando en la atmósfera. Los sistemas compensatorios de aceleración se ponen en marcha, al tiempo que los motores recogen el calor acumulado en el escudo ablativo y lo transforman en luz para evitar sobrecalentamientos. *Peluche* se queja y levanta una oreja ante la leve subida de presión que la despierta. Ahora somos una estrella fugaz atravesando insolente un escudo hecho de aire.

Booan es un planeta gaseoso de química débil, agotada tras millones de años de ciclo vital alrededor de una estrella roja como la sangre. Las nubes que cubren su inacabable superficie relucen perfilando frentes tormentosos de miles de kilómetros de longitud, vórtices huracanados capaces de tragarse mi nave como un barco de papel en una catarata. Veo una montaña de gas del tamaño de un país pequeño que se hace visible a babor, sus cimas recibiendo la luz del día con radiante placer mientras en las regiones inferiores aún gobierna la noche.

El País que Cae aparece a los pocos minutos. Es un caótico desfile de varios cientos de kilómetros de asteroides hechos de la Roca sin Peso originada en la lejana corteza del planeta. Caen hacia poniente sin descanso trazando curvas alrededor del ecuador, curvas que coinciden con la velocidad y ritmo de giro de la órbita lunar, por lo que jamás pierden de vista su luna. Hoy mi pelo azabache está teñido del argénteo gris sucio del satélite, un detalle orgullosamente femenino que no sé si estos brutos apreciarán entre tantos cantos de batalla y salvajes ceremonias de apareamiento con las prisioneras. Ahora recuerdo que no hay veldars hembras, por lo que todos y cada uno de ellos son en realidad hijos bastardos de alguna cautiva sin suerte.

En el segundo asteroide de mayor extensión se yergue mi destino: puedo ver los contrafuertes y las plataformas almenadas de la Ciudadela de los Cuchillos resplandeciendo con toda la fuerza de la mañana. Para ellos acaba de empezar otro glorioso día al servicio de su bárbaro emperador y sus bárbaras costumbres.

Aquí hago una pausa en la grabación. Una pausa para la batalla antes del amor. Espero sinceramente que sea corta; no obstante, voy a tratar de lanzar la cápsula con la memoria holográfica antes de aproximarme demasiado, no vayan a confundirla con un proyectil táctico y la destruyan.

Adiós. Volveré a escribir pronto... desde donde quiera que esté.

1

Una semana antes

—¿Has escuchado alguna vez el sonido de un planeta que se derrumba?

Tuve que poner toda mi atención en mi guía para escucharle por encima del estruendo. Se había mantenido durante todo el trayecto entre dos y tres saltos por delante y costaba oírle. Compuse una expresión de cansada interrogación, sin resultado: la criatura no parecía dispuesta a dar facilidades, y no aminoró su marcha a través del laberinto de balconadas.

—¡No! —grité, con la esperanza de que mi tono desesperado y extenuado le transmitiese mi súplica—. Nunca he... escuchado nada igual... (*jadeo*) Nunca.

—Pues aquí tienes la oportunidad, *Preciosa* —dijo, saltando a una atalaya de mármol y haciendo una providencial pausa.

Mientras yo arrastraba mi peso fachada arriba, el edificio anexo decidió despedirse de su integridad estructural y se desplomó sobre la calle. Me tapé los ojos y la nariz con el dorso de la mano al tiempo que daba el último brinco. Una densa nube de partículas de cemento y arena nos tragó como una tormenta de devastación. Sorprendentemente, Huiss pudo seguir hablando.

—Me arrepiento de haber empeñado el tomavistas. Éste es el afectado canto del cisne de una civilización haciéndose trizas. Zas. Como si nunca hubiera existido. ¿No te parece hermoso?

No me digné a contestar. Limpiándome los ojos de las sucesivas capas de polvo, intenté concentrarme en el paisaje que se divisaba desde la atalaya. La nube se apartó como una cortina dejando que los ecos del apocalipsis llegaran hasta mí.

Jaruppa se moría. Todo el planeta temblaba presa de convulsivos movimientos tectónicos que sacudían la superficie con una potencia devastadora. La corteza se estaba partiendo como cristal astillado por reflejo de tal actividad, y las ciudades lo notaban. Zandra-Puppa era de las más grandes y, curiosamente, de las últimas en caer, pero su faz gangrenada yacía partida en mil pedazos y expulsaba humo y fuego por múltiples heridas. La tierra se separaba y volvía a estrecharse bajo los cimientos de los rascacielos como olas de piedra entrechocando contra arrecifes de cemento. Casi pude ver los rostros aterrorizados de varios nativos mirándome desde las ventanas del coloso que cayó frente a nosotros, como buscando una salida o una explicación a su terrible suerte. El fuego de las refinerías de alimentos se extendía como el viento por los barrios bajos, consumiendo todo lo que tocaba con la velocidad de un huracán del infierno.

Algo pasaba en las entrañas del planeta, algo que intuía estaba estrechamente relacionado con el ser que yo había venido a buscar.

—Debemos damos prisa —apremió mi guía, oteando con sus ojillos de reptil en busca de un sendero entre las montañas de escombros—. La única vía de acceso hacia los suburbios es la del barrio de los Ojeadores de Tiempo. Si es que no ha desaparecido también bajo alguna montaña.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —suspiré.

—Ésa es una gran pregunta. —Su vista se paseó fugazmente por las cañadas de ruinas y vigas retorcidas—. Ya no podemos ir por el camino habitual, ¿ves? —Señaló hacia una avenida sobre la que se sostenía casi en horizontal la enorme chimenea de una de las fábricas cercanas, aplastando dos bloques de viviendas—. En cualquier momento podría explotar una de esas calderas y enviar todo este distrito al cuerno.

—¿Entonces?

—Utilizaremos la propia chimenea para desplazarnos —sugirió, perdiéndose mi fabulosa expresión alicaída por no mirarme a la cara—. Es un conducto relativamente seguro por encima de las fachadas de esos bloques. No creo que se derrumbe al menos hasta el próximo terremoto.

—Si no revienta antes —apunté, buscando unos segundos más para poder recuperar el aliento.

—Vamos, mi querida Marionette... No me digas que has perdido el valor de tus años mozos.

—El valor no tiene nada que ver con mi sentido común —le espeté, ciñéndome las correas de las botas a la rodilla—. Y te he dicho mil veces que no utilices ese nombre. Ahora ya no me llamo así.

—Como quieras. Pero espero que tu cambio de personalidad no te haya borrado también la memoria. Recuerda que fui yo quien te echó un cabo en las minas de Zhintra, cuando el asunto de los exhumadores de esclavos. De no ser por mí, ahora estarías criando malvas en la colección privada de algún neurópata de Mundo Joya. El viejo lagarto compuso una de las expresiones lascivas más inhumanas que le conocía. Sentí un regusto a bilis en la garganta.

—No lo olvido, Huiss —sesgué los ojos—. Pero yo decidiré cómo y cuándo devolverte el favor. Ten presente tú eso.

—Vamos, vamos, gatita. Con el tío Huiss puedes permitirte el lujo de esconder las garras...

Esta vez fui yo quien retornó la marcha.

El viaje a través de la angosta chimenea había convertido el mundo exterior en una algarabía lejana de explosiones, choques y sonidos de difícil clasificación. Mientras tragaba polvo y escoria pude oír cómo se desplomaban algunos edificios de calles que no soportaban su peso vertical, hundiéndose sobre asfalto arcilloso. Hasta mí llegaban gritos cóncavos de machos y hembras (no pensaba en ellos como en seres totalmente

humanoides para que el horror de su suerte no me venciera), llamándose unos a otros a través de los incendios.

Un paso. Y otro más. La chimenea ocupaba todo mi universo visual, un túnel de tosco ladrillo gris que iba descendiendo muy lentamente hacia el nivel de la calle. Un lagarto asustado esquivó a su congénere evolutivo —mi guía— cuando éste trató de aplastarlo en su afán por afianzarse y no resbalar. Muy lejos, a kilómetros subjetivos de distancia, aguardaba el final del túnel. Yo estaba muerta y en el sobrecogedor lapso de un latido veía mi alma avanzar hacia aquella luz, que sabía no era ni mucho menos la puerta del paraíso.

—¡Agárrate! —avisó Huiss esquivando un tramo de galería. Me lancé a un lado, chocando contra la pared de ladrillo y haciéndome daño en un hombro. Un grupo de cascotes se desgajó del techo en medio de un estruendo y resbaló por el suelo. La luz artificial iluminó mi cara: provenía del faro de la motonave que se había estrellado contra la tubería. Una pierna entraba también por el agujero.

—¡Dios mío! —exclamé, apartando la vista— ¡... e!

—¿Qué has dicho?

—¡Digo que esto es horrible!

—No, es bueno. Apóyate en las piedras para descender. Y procura no resbalar o provocarás otro desprendimiento. El suelo está ardiendo.

Tenía razón. A través del cuero duro de mis botas sentí que los ladrillos humeaban. El calor se transmitía también a las paredes, así que desgarré las mangas de mi camisa para forrarme las manos. Estaríamos pasando seguramente sobre algún incendio en los bloques que sostenían la chimenea.

—El calor es agobiante. —Mi voz sonó como detonando las sílabas—. Démonos prisa.

—¿Este calorcito no te recuerda nada, gatita? —siseó Huiss, asomando su lengua como la punta de un látigo. Quise abofetearle, pero estaba demasiado lejos y tenía las manos ocupadas en mantener mi horizontalidad.

—Vete... —jadeé—... a la mierda.

Justo antes de llegar a la boca del túnel, un terremoto de inusitada fuerza casi nos hizo salir despedidos al vacío. Toda la estructura de ladrillo y cerámica se convulsionó con un espasmo sísmico y se fracturó por varios sitios. Gritamos. El túnel giró sobre su eje unos grados y yo me encontré rezando a dioses en los que no creía.

De repente, paró. Huiss fue el primero en salir al exterior. Sus ojos bipolares se adaptaron más rápidamente que los míos a la diferencia de luz. Como siempre que acababa un temblor, el mundo parecía sumido en un silencio sepulcral.

—¿Y ahora? —grité, para hacerme oír por encima del silencio estruendoso.

—¡Allí!

Huiss señaló una grieta en plena calle. Tenía casi diez metros de profundidad y tres de ancho, y recorría toda una avenida ribeteada por jardines sofocados y

palmeras que ardían como antorchas. De su interior surgía un sistema arterial desgarrado: cañerías de agua y gas, cables eléctricos, raíles de metro semi derretidos. Entre dos muros de llamas se adivinaba una entrada casi invisible, con una escalera que descendía hasta los subterráneos de la ciudad. Miré a Huiss con desconfianza.

—Es nuestra única posibilidad —decidió—. Todos los accesos del barrio norte habrán quedado bloqueados por el último temblor. Debemos bajar por ahí.

—De acuerdo —convine, sin demasiada seguridad. Sobre nuestras cabezas apareció la panza de otro transporte que abandonaba el planeta.

No nos demoramos más. Si queríamos ver al Rey Payaso y estar de vuelta antes de que partiera el último transporte debíamos damos prisa.

El techo del inframundo, un cielo artificial de acero y cemento decorado con siluetas de nubes, se había agrietado y desmoronado poco a poco, colapsando los túneles. Tuvimos que atravesar un tren subterráneo volcado, esquivando cadáveres y charcos de combustible. El hedor de la muerte era mucho más potente e inmediato que en la superficie. Por enésima vez me pregunté qué demonios hacía yo en un sitio como aquél.

Un sonido me erizó el vello de la piel. Parecía el rugido de una bestia que se escondiera en las gargantas oscuras del submundo y que funcionara con motores de combustible sólido. Durante un instante nos detuvimos, sintiendo cómo el horrible lamento vibraba en las paredes y jugaba con los ecos de los encofrados.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Huiss. Sacudí la cabeza y aferré con fuerza la empuñadura del lanzarrayos que colgaba de mi cintura.

—Sssshhh —susurré—. ¿No lo oyes?

El grito había cesado. Huiss destapó los folículos adiposos de sus tímpanos y prestó atención. El fantasmal sonido de una locomotora o un cambio de vías estropeado pareció reverberar de fondo.

—¿No lo has oído?

—Tranquila —siseó—. Estos túneles están infestados de cucarachas tronm. Todo lo que normalmente vive bajo la superficie está huyendo desesperadamente hacia el sol. Tal vez nos encontremos con alguna colonia errante.

—Dijiste que no habría problema con eso, amigo —punteé, cínicamente. El lagarto continuó avanzando sin mirarme.

—Ten a mano esa pistola, por si acaso.

Repentinamente, se abrió ante nosotros la inmensa bóveda del palacio del rey de los gusanos. Era un enorme agujero cilíndrico perforado por docenas de aberturas de túneles a diferentes alturas, en cuyo centro reposaba un arcaico vagón de metro. Varios operarios pulsaban los controles del enorme cambio de agujas, sin decidirse a apuntarlo hacia ninguna de las vías. Algo me decía que el mecanismo no funcionaba como debía, y que el tren estaría dando vueltas sobre sí mismo eternamente.

Unos gritos llegaban desde el interior del vagón. Éste era una máquina verdaderamente hermosa, una pieza de museo decorada como un pequeño palacio móvil. Tras sus cortinitas de encajes rosados se adivinaban figuras que cruzaban de un lado para otro, salvaguardando todo lo que podía tener algún valor material. Me volví hacia Huiss y le hice una señal de que me siguiera. A regañadientes, el jaruppano me escoltó hasta el andén. No parecía muy feliz de alargar su promesa (bien remunerada) de seguir más allá de ese punto, debido tal vez a alguna parte de ese pasado como delincuente de las tribus del inframundo que nunca había querido contarme.

—Vamos —le urgí—. Ya que hemos llegado hasta aquí, no nos vamos a quedar a un paso. ¿O es que quieres que entre yo sola?

—Marion, ¿acaso crees que el indomable espíritu de un jaruppano se amedrenta por tan poca cosa? —respondió, con un débil temblor en el maxilar inferior. Iba a contestarle cuando las puertas hidráulicas del vehículo se entreabrieron. Un soldado mendigo nos salió al paso armado con la triste imitación de un rifle positrónico.

—*Debha! Karhi sua s'k parati?* —preguntó con hostilidad.

—No hablo ese idioma —dije, plantándole cara—. Pero si entiendes éste, dile a tu amo que Piscis de Zhintra está aquí para verle. Ahora mismo.

El reptil pareció más sorprendido de que una mujer se le encarase que por lo inusitado de la exigencia. Titubeó unos instantes, y luego sacó la lengua bífida en un gesto que yo odiaba.

—*S'al rhakim. Uya.* —gruñó, retrocediendo al interior con un movimiento sibilante. Le seguí, confiando en que Huiss haría lo mismo. Suponía demasiado.

Lo primero que llamó mi atención fue la música. Era una melodía suave, de acompañamiento, que brotaba de unos maltrechos altavoces. Crucé un corto pasillo renacentista (no del Renacimiento de la Tierra, sino del Renacimiento de los Bífidos, una célebre reivindicación local vinculada con los ciclos de apareamiento), y unos guardias con espolones sagitales me franquearon el paso. Mi olor de mujer los ponía nerviosos. Maldije en silencio: el perfume de hormonas posparto antiafrodisíacas que me había puesto en la nave había muerto en algún momento de mi viaje a través de la hedionda chimenea de la fábrica.

—Vaya, vaya, vaya —siseó una voz—. Piscis aquí, en mi casa. Qué honor tan discutible.

Buppa, el Rey Payaso del inframundo, me esperaba de pie y acabando de empaquetar algunas cosas en una maleta de viaje.

Entré sin limpiarme las botas en el felpudo y desabotoné un poco el cuello de mi camisa, estudiando descaradamente el terreno.

La habitación era confortable. Dos salidas, seis ventanas, una chimenea. Poco mobiliario, el único que necesitan los jaruppanos para sentirse decorativamente satisfechos: una mesa de té baja, un nido de cúpula y un par de armarios. La pantalla encendida de un videovisor parpadeaba con franjas secuenciales. Dos guardias y un

par de concubinas vaciaban a toda prisa los armarios. Se respiraba desorden y austeridad. El propio rey, con sus manos pulcramente enguantadas, vestía sólo una sencilla túnica de sueño-sexo, con aberturas estratégicamente colocadas delante y detrás que evidentemente esa noche no habían sido usadas.

—¿Y bien? —gruñó—. ¿Vas a decirme por qué te has molestado en bajar hasta aquí un día como hoy, o me vas a tener en ascuas?

—No esperaba encontrarte a estas alturas, Buppa. Creí que te habrías marchado en el primer transporte, con la clase alta.

—Mira, niña. —Me clavó sus pupilas verticales con la contundencia de cuchillos—. Si no te importa, tengo cosas que ultimar antes de dejar mi casa. Hoy es un día un poco malo para recibir visitas, tal vez porque se está acabando el maldito mundo, no sé. Si tienes algo que decirme, lánzalo ya.

De reojo vi que uno de los guardias se colocaba cubriendo la salida, sin apartar los ojillos viciosos de mi anatomía. A través de la ventana que se abría a su izquierda, un túnel anexo hervía con la actividad de los pocos lagartos que quedaban en las vías, sellando como en un acto reflejo los cruces en aspa y chillando en una algarabía ininteligible. La oscuridad estigia del enorme túnel parecía esconder un horrible ejército de cosas del inframundo que buscaban desesperadas un camino hacia arriba, a la muerte en la superficie. Ésa sería mi única vía de escape si las cosas se ponían feas.

Aspiré, y le solté de golpe al ocupado Buppa el motivo que había hecho que me desplazase millones de kilómetros con un impulso de las inapreciables máquinas Kerambeón de mi nave, que me había hecho confiársela a un burócrata portuario con pinta de no guardar lealtad ni a su madre, y que me había forzado a venir a un mundo que estaba a punto de explotar, para hablar con un estúpido rey en un reino de mala muerte que ya ni existía.

Considerando las circunstancias, creo que se lo tomó bastante bien.

2

Por qué las bandas de ajuste de imagen sólo constan de siete colores

La pantalla se iluminó mostrando una carta de ajuste. Tras unos instantes, el corrector de color taladró la escala de grises a doscientos tonos, y Formahl Berg, ejecutivo con grado de Director de Emisiones del Canal 601, volvió a la vida.

—Informe —pidió. La terminal automática que había solicitado su reconexión vomitó cientos de fotogramas de datos y curvas de audiencia, exponiendo su resumen horario. Las estadísticas dejaron a Berg con un mal sabor de boca.

—Vaya. Otra vez por debajo del nivel de estabilidad —murmuró—. ¿Tenemos ya una estimación del descenso? ¿Cuál es la causa, los anuncios educadores de varianza Skinner?

—No —rechazó la terminal.

—¿Los informativos no son suficientemente sangrientos?

—Puras matanzas, señor.

—¿Están volviendo a repetir aquella horrible telenovela sobre adolescentes pijos en la franja de los niños?

—Hemos despedido a su productor.

—Entonces, ¿cuál es el problema, Fritz?

La terminal consultó sus notas y el rostro telemático de un empleado apareció encuadrado en plano medio.

—Es una tontería, señor, algo sin base lógica. Los grupos de opinión creen que la parrilla de programas está empezando a volverse algo... eh...

—Vamos, Fritz, mis electrolitos están empezando a ionizarse. ¿Qué les pasa a nuestros programas?

El empleado dudó, esperando que otra terminal pasara rodando por detrás de él. Cuando se hubo alejado, susurró:

—Que es... aburrida, señor.

El ejecutivo aumentó sus escalas de brillo en seis lúmenes por la furia.

—¿¡Aburrida!?! ¿Y quién opina así, otra vez los malditos críticos de arte de la APM? Pero, ¿no los habíamos metido a todos en aquel campo de concentración?

—Ellos están fuera de juego, señor. Lo que ocurre es que... —El empleado hizo temblar ligeramente su sincronía vertical—. Los videads están empezando a aburrirse de los mismos programas, a base de verlos una y otra vez. Tenga en cuenta que hace diez años que nos adaptamos a los esquemas Varetti de gustos de la población, y desde entonces no hemos variado nuestros contenidos, señor.

La referencia a la escala general de tendencias hizo que Formahl Berg bajase un poco su sincronía, meditando en modo ahorro de energía. En efecto, hacía una década que no cambiaban la parrilla; a lo sumo variaban el nombre de un programa o

sustituían al presentador, pero el esquema y los contenidos eran siempre iguales. La sola idea de introducir un estilo diferente modificaba peligrosamente las variables estadísticas de Varetti, maniobra muy peligrosa a la postre. Si la competencia se les adelantaba en los sondeos, comenzarían a rodar cabezas, y Berg no quería que la suya fuese una de ellas.

Pero los índices bajaban. El público se aburría. Era la realidad.

—Malditos videads. Pongan en marcha el plan de emergencia —ordenó. Su subalterno activó un registrador de quince pulgadas para tomar nota—. Contacten con la unidad VH116 Organizadora de Noticias Espontáneas y que se ponga en marcha. No podemos permitir que la atención del público decaiga ni un solo percentil más.

—A sus órdenes.

La terminal del empleado se alejó rodando con prisas, dejando al Director de Emisiones en stand by, sopesando los contrastes y cavilando sobre el futuro.

—Mujer, estás loca de remate —resolvió el Rey Payaso Buppa cuando terminé de relatarle mis intenciones. Otro temblor de tierra, muy cercano, tamborileó en las ventanas del Vagón Real.

Y yo me encogí de hombros.

—Lo único que quiero es que me des la clave de acceso al túnel inferior —resumí, impaciente—. Dime cómo puedo sortear las barreras que protegen las catacumbas selladas y me iré. A ti ya no te sirven para nada.

Buppa sonrió. Creí percibir un destello de avaricia en sus ojos.

—Ningún pirata se arriesga a bajar al inframundo jugándose la vida si nada prodigioso le espera al final del viaje. Ya no quedan tesoros en las catacumbas inferiores.

—No busco tesoros.

—Ni esclavos. Todos han muerto o han huido al exterior.

—Sabes que detesto la esclavitud.

Buppa se apoyó en un guardarropa.

—Pues ilústrame, pequeña. Rescátame pronto de mis tinieblas intelectuales o no hay trato. ¿Qué saco yo de esto si te ayudo?

—Sé que en las catacumbas habita el Gusano, y que nunca habéis podido encontrar su nido. Si me das las claves de acceso a la zona, trataré de conseguirte uno de sus preciados huevos-larva. En el Zoco de Irsaláh podrás obtener una fortuna por él.

Buppa aguantó unos segundos mi mirada, y luego estalló en una sonora carcajada.

—Vale, vale, está bien. Si estás tan loca como para intentarlo, te concederé esta gracia. Que no se diga que el sabio Buppa reprime los deseos de suicidarse de los plebeyos. Aquí están las claves.

Se descubrió una mano y me lanzó uno de los anillos que la decoraban, aún resbaladizo de sudor. Los códigos pulsaban en su interior con coletazos de organismos vivos.

—Gracias —dije, cogiéndolo al vuelo. Él sacudió su escamosa cabeza.

—No me las des. Estás a punto de morir por tu propia voluntad. Yo no quiero tener nada que ver en eso.

Me disponía a salir por el pasillo con una sonrisa en los labios cuando apostilló:

—Pero si es verdad que te vas a enfrentar al Gusano, quiero dos de esos huevos antes de que salga mi transporte. Tengo tu palabra.

Asentí con la cabeza y abandoné el vagón. No había tiempo para más. Huiss charlaba amigablemente con los guardias, pasándoles unas tarjetas fotográficas que escondieron al notar mi presencia.

—¡Huiss, nos vamos! —grité, dirigiéndome hacia la boca de túnel más próxima. El lagarto permaneció estático, sacudiendo su cola en un acto reflejo.

—No cuentes conmigo, muñeca —silabeó. Había verdadero pánico en su voz—. Yo ya he cumplido con mi parte del trato. Prometí que te traería a ver al Rey, pero no que te acompañaría a vivir tus aventuras. Yo me planto aquí.

Hice una minúscula pausa, que apenas dio para agotar la inercia de mis músculos.

—No esperaba menos de ti, viejo zorro. Nuestros caminos se separan aquí.

—Eres tú la que te engañas si piensas que vas a salir de ahí con vida. —Señaló hacia el túnel—. ¿Recuerdas lo que te conté sobre las cucarachas tronm? Pues vas a encontrarte con cosas mucho, pero que mucho más dañinas y repulsivas si sigues por ahí. No seas loca y vuelve conmigo a la superficie.

Recordé con inquietud los horribles sonidos que habíamos escuchado en el túnel, pero rápidamente les cerré mis pensamientos. Con lo asustada que estaba no podía permitirme ni una duda.

—Adiós, Huiss. Ya te pagaré la deuda otro día —me despedí, y eché a correr hacia el túnel. A mis espaldas reverberó la siseante voz del reptil:

—¡Eres una loca, Marion! ¡Siempre lo fuiste! ¡Algún día tendrás que admitirlo!

Penetré en las cloacas hundiéndome en porquería hasta la cintura. Los temblores habían derrumbado kilómetros de tuberías y anegado los accesos a los niveles inferiores, creando diques de escombros en los que las aguas negras formaban represas. El olor era repulsivo y me provocaba arcadas. Tenía que darme prisa si no quería morir de asfixia antes que de calor.

Al poco rato apareció el primer acceso, un pozo vertical cerrado con una esclusa en iris. Por desgracia era impracticable: sobre ella descansaban cientos de cascotes y una viga de metal corroído. Haría falta una grúa para ayudarme a pasar. Maldiciendo, escalé los primeros estratos de piedras, con el fango hediondo resbalando por mis ajustado leotardos, y desenfundé la pistola. La termocarga de positrones estaba al

máximo. Dando gracias por que al menos eso funcionase, reduje su potencia al mínimo —no quería provocar una explosión que empeorase la situación— y apunté al cuello de piedra que rodeaba la esclusa. Si perforaba un agujero suficientemente ancho como para pasar reptando, no haría falta más. El indicador de potencia del arma brillaba ansioso por descargar su fino rayo estroboscópico de calor.

Entonces escuché el ruido.

Comenzó siendo un rumor sofocado que provenía del otro lado de la barrera. Parecía lejano, pero aumentaba en intensidad al tiempo que un ligero temblor iba haciéndome cosquillas en los pies. Fuera lo que fuese, algo grande se estaba acercando, y su reptar provocaba vibraciones que amenazaban con acabar con el delicado equilibrio armónico de las paredes.

Enfocando de nuevo el arma, me dispuse a abrir un paso en la esclusa. Las vibraciones aumentaron. Llovió polvo del techo mientras el rayo perforaba el acceso en rápidos flashes.

El clamor aumentó y se hizo físico, golpeándome en la cabeza y los miembros. Me costaba mantener la precisión del haz sobre la piedra. Recordé las leyendas que circulaban sobre el gran G, el gusano primigenio que vagaba por los túneles de Jaruppa comiendo despojos y algas. Decían que nunca se le había visto a menos de medio kilómetro de la superficie, pero con lo que estaba ocurriendo en las profundidades no me hubiese extrañado encontrarlo tras el siguiente recodo.

Aguantando la respiración, seguí perforando. Justo cuando la pared cayó y el aliento fétido de algo enorme alcanzó mi tramo del túnel, el suelo se vino abajo y caí chillando al nivel inferior.

Creo que me oriné encima del susto. Lo hubiera notado de no ser por la capa de barro y detritus que bañaba mis mallas. Tras unos metros de caída, di con mis huesos en un estanque de algo aceitoso con un chapoteo. Varios plop y splash acompañaron la caída. Milagrosamente, nada aterrizó en mi cabeza.

Estaba en el nivel de las catacumbas, allí donde ni siquiera el propio Rey Buppa se atrevía a bajar. Éste era el lugar sagrado de los mendigos, la cuna de sus viscosos mitos y dioses insecto; el nido de gusanos.

Por supuesto, no se parecía en nada a un nido común. Los que yo había visto en las selvas de mi planeta eran bonitos, hechos de ramitas y hojas caducas y cosas así. Aquello ni siquiera tenía forma de refugio: ante mí se abría un ancho orificio excavado aleatoriamente en el sustrato de roca por bocas hambrientas y tapizado de babas. Nada era artificial, ni la red de pasadizos esponjosos, ni el asqueroso rumor de larvas frotándose unas contra otras que provenía del criadero, un amasijo de bolas de secreciones sólidas que colgaba de una red de fibras fungosas. Por lo que sabía sobre gusanos (y había tenido tiempo para estudiar en el viaje a Jaruppa, buceando en los bancos de datos de mi nave), éste era de los grandes. Pero no tan monstruosamente grande como para ser la cuna del gran G.

Pulvericé algunas larvas que, sintiendo la tibieza de mi piel como depredadores, resbalaron buscando mi carne. Atravesé corriendo el nido, procurando no tocar ninguna de las fibras, y busqué las barreras sagradas de los mendigos. Estuve unos minutos dando vueltas, desconcertada, hasta que descubrí que las estaba pisando: todo el nido estaba construido sobre la muralla plana de acero que albergaba los mitos de aquel planeta moribundo.

Creo que fue la excitación de hallada al fin lo que me distrajo un momento, e hizo que apartara inocentemente una hebra de sujección que me bloqueaba el paso. Parecía una cinta de algo ralo y translúcido, frágil como tela de araña, pero al momento me di cuenta de mi error. La cinta se pegó a mi traje con inusitada tenacidad, y cuanto más trataba de desasirme, más enrollada me veía.

Tuve un ataque de pánico. Las larvas, alertadas por el musical juego de tirones y relajaciones de la tela, comenzaron a salir de los bulbos de crianza. Pronto estuve rodeada por una docena de bebés de crisálida transparente y amplias bocas llenas de jugos corrosivos.

En ese momento, en vista de la situación, hice lo que cualquier chica decente de mi mundo hubiese hecho automáticamente: pedir auxilio.

Y surgieron más bichos. Creo que fue entonces cuando afronté la realidad: iba a ser devorada. No, devorada no; licuada por una caterva de bebés hambrientos y moribundos. Nada podría salvarme ya.

—¡Cógete a esto!

Cerré los ojos con fuerza.

—¿No me oyes? ¡He dicho que te agarres!

Empecé a rezar. Como no conocía ninguna plegaria, me la fui inventando sobre la marcha. Creo que a ninguna potencia superior le hubiera gustado el tono que empleé.

—¡Te digo que...! Bah. Al cuerno.

—¿Qué? —reaccioné. Era cierto, había oído una voz proveniente del agujero. Abrí los ojos y descubrí una pequeña forma embutida en un traje de presión que me hacía señas desde el nivel superior. Su casco parecía un insecto de ojos facetados. En su diestra sostenía un gancho.

—Menos mal. —Su voz estaba distorsionada, pero poseía una entonación vagamente femenina—. Anda, agarra el gancho y te subiré.

—No puedo —expliqué con tranquilidad, tratando de mover la mano. Un gusano rozaba ya el extremo de mis botas—. Creo que estoy atrapada. Pero gracias de todas formas.

El achaparrado caballero andante (o damisela arrojada) sacudió su testa negativamente. O no estaba de acuerdo, o era tremendamente terca.

—Voy a lanzarte el gancho —anunció—. Se te va a clavar en el pecho, así que dolerá. Cuando estés bien sujeta, accionaré el torno.

El estampido que produjo el artefacto al ser disparado me recordó un arma de propulsión. Llegó a mis oídos al mismo tiempo que el dolor: el gancho no atravesó la

piel, pero fracturó la armadura de mi pecho y se afianzó en ella extendiendo sus garras. El torno empezó a tirar de mi cuerpo.

—¡Haz algo para ayudar, mierda! —gritó mi princesa azul. Yo me moví todo lo que pude, tratando de ayudar a aquel chisme a liberarme de las cintas, pero lo que hacía era enredarme más. El primer gusano se enroscó en torno a la bota derecha.

—¡Se me va a comer la pierna! —grité, mirando horrorizada al engendro. La parte más práctica de mi cerebro no pudo evitar pensar: *Bueno, al menos no es una cucaracha.*

—¡Trata de deshacer los nudos de fibras!

El gusano estaba tan pegado que noté la palpitación de sus órganos internos. Parecía una única célula ciclópea y voraz.

Entonces mi brazo se soltó; las cintas que lo sostenían cedieron y me elevé unos centímetros.

—¡No es suficiente! —Siempre he tenido un gran talento para lo obvio.

—¡Quítate el traje!

—¿Qué?

—Esas cosas están agarradas a tu blindaje. ¡Deshazte de él, ahora!

Accionando las hebillas del traje con los sensores de la muñeca (siempre agradeceré al diseñador su sentido práctico), me destrabé el peto, que quedó colgado del enganche. A él le siguieron el cinturón y las botas. Las delicadas mallas que cubrían mi abdomen y pantorrillas se deslizaron cómicamente hacia abajo, adheridas a las cintas, mientras el torno recogía el cable al que trataba de sujetarme con todas mis fuerzas. Los gusanos, incapaces de alcanzarme, se ensañaron con los restos de mi traje espacial.

En unos segundos estuve arriba de nuevo, a salvo, junto a mi heroína. Sus ojos de insecto se posaron en mí y comprobaron que no estuviese herida.

—No estás herida. Perfecto.

—¿Quién eres? —jadeé—. ¿Y qué estabas haciendo aquí?

La desconocida no contestó. Señaló a mi dedo anular derecho; en él llevaba el anillo que me había dado Buppa (prácticamente era lo único que llevaba encima en ese momento. Los manuales recomiendan que bajo el traje espacial no debe llevarse ningún complemento de ropa, ni siquiera la más íntima).

—Eso es un anillo de acceso, ¿verdad? —Yo asentí—. Apuesto a que si estabas aquí, es porque puedes abrir la barrera.

Sonreí. Aunque era obvio, hasta ese momento no se me pasó por la cabeza que mi salvador pudiese ser un vulgar ladrón de tumbas.

—No has respondido a mi pregunta —sugerí. Con fastidio, la persona que había bajo el traje se deshizo de los cierres de presión del casco y se lo quitó con un silbido. Primero surgió una melena pelirroja larga y sedosa. Luego unos labios finos, unas mejillas regordetas, y por último unos ojos que me evaluaban con furia. Era una

joven de unos veinte años, de pupilas luminosas y rostro vulgar, con los pómulos raspados por el acolchamiento del casco.

—Me llamo Destiny —se presentó, colgándose el casco de la cintura. Yo elevé mi mano en saludo.

—Encantada de conocerte, Destiny. Yo soy Piscis.

—¿Piscis? ¿Qué clase de nombre ridículo es ése?

Fruñí el ceño. Estaba resultando bastante decepcionante como caballero salvador.

—Es cosa del *destino* —gruñí. Pero ella ya miraba de nuevo a la barrera—. Dime, ¿qué buscas aquí?

—Huevos de *titanis vermiis*. Valen una fortuna en el Zoco de Irsaláh. Pensé que sería fácil conseguir unos cuantos con el follón que se ha montado en el planeta.

No pude reprimir una carcajada.

—¿Te hace gracia?

—No, es sólo que...

Ése fue el instante que el suelo, castigado por los temblores y el paso de los gusanos, eligió para desplomarse bajo nuestros pies. Juntas caímos a plomo sobre una alfombra de gusanos carroñeros.

3

En las profundidades del gusano

Aplastamos varios en el impacto. Sus jugos internos me salpicaron y sentí un fuerte dolor mientras disolvían mi piel. Destiny, más protegida, comenzó a abrirse camino a disparos mientras me ayudaba a incorporarme. Bajo nuestros pies, la losa de metal que sellaba las catacumbas sonaba a hueco.

—¡El anillo!

Limpié su superficie de polvo y, tratando de concentrarme a pesar del ácido, lo froté contra las zonas sensitivas de la barrera. Al principio no sucedió nada, y temí verdaderamente que Buppa me hubiera engañado, que su temor reverencial hacia los mitos pudiera más que su conocida avaricia, pero al momento la plancha de acero comenzó a desplazarse. Desgastados muelles y engranajes despertaron de un letargo de décadas y recorrieron la plancha metálica, abriéndonos camino al inframundo. Con un disparo de adrenalina, Destiny y yo nos miramos y, agarrándonos de la mano, saltamos dentro.

El inframundo resultó ser un sótano del tamaño de la bodega de mi nave. En realidad era más pequeño, ya que aquí ni siquiera podía erguirme del todo. Destiny, bastantes centímetros más baja que yo, andaba a sus anchas.

—Vale, a ver qué encontramos —decidió, y activó los focos de su traje—. ¡Aaahhh! —chilló, cuando un gargolesco rostro de piedra apareció frente a ella.

—Tranquila, son los guardianes de las tumbas —aclaré, poniéndome delante. Resultaba algo ridículo, ya que era yo la que estaba desnuda—. Aquí hay reyes enterrados.

—Pues qué bien. ¿Dónde están los huevos?

Avancé hacia el interior de la tumba. Los lagartos no se atrevían a entrar en estos lugares sagrados por temor a las represalias de los muertos. Profanar su descanso se consideraba merecedor del castigo eterno, pero a mí no me asustaba. Estaba segura de que Buppa, poseyendo la llave, habría arriesgado su descanso espiritual en varias ocasiones buscando tesoros enterrados.

Las tumbas reunían las mejores condiciones para que las madres gusano alumbraran en ellas a su siguiente generación. Eso mismo pensaban los aventureros.

—Maldita sea, este lugar es un asco —gruñía Destiny, abriendo las polvorientas tapas de los féretros.

El interior del recinto no tenía más que unos ciento sesenta centímetros de altura, así que me deslicé a gatas. Un gusano parecía haber penetrado devorando la pared, pero no había ni rastro de nidos. Aquella entrada era lo que yo buscaba: un acceso a la red de túneles inferiores.

El ser que yo perseguía necesitaba de la energía de las fluctuaciones metamórficas para alimentarse, así que habría bajado a buscar el reconfortante calor de los epicentros. Entonces caí en la cuenta de que mi traje había sido destruido. Blasfemé. ¿Cómo iba a bajar así hasta el centro del planeta si no soportaba ni los veranos tórridos de mi tierra?

—¡Estos mitos son una estafa! —exclamó mi salvadora—. Si esto es una tumba, ¿dónde están los tesoros? ¡No he bajado hasta aquí para nada!

Afianzándome con ambas manos, me introduje más en la gruta. El desnivel se hacía más pronunciado, pero a escasos metros parecía nacer un ensanche.

—Eh, ¿qué haces?, ¡j!, ¡j!, ¡j!

Destiny se acercó hasta mí, parando en la boca del túnel. Me di cuenta de que disfrutaba de un perfecto primer plano de mi trasero, con las piernas separadas en una posición absurda. Me sonrojé.

—¡No mires y échame una mano!

—¿Cómo te voy a ayudar si no veo lo que estás haciendo?

—Déjame tu garfio.

La joven desenganchó el cable del torno de su antebrazo y me lo tendió. Usándolo como tensor, me dejé caer hacia el interior del orificio.

—¡Ten cuidado! ¡No te he salvado para que te mates ahora! —exclamó. Yo caí por el túnel. La baba de gusano lo volvía resbaladizo.

Unos metros y dos recodos por debajo se ensanchaba hasta conectar con una enorme caverna. Formaba un conducto perfectamente cilíndrico y de paredes suavizadas que se extendía en dos direcciones hasta perderse de vista. Exhalé un bufido: era el rastro de un Gran Gusano. La huella de los cilios y las contracciones que usaba para moverse dibujaba mapas de abanicos aluviales cada pocos metros. El causante de la excavación, a juzgar por el ancho del túnel, medía unos diez metros de diámetro. Un cauce de residuos orogénicos serpenteaba por el centro del sendero. Me estremecí al imaginar el gargantuesco trasero del monstruo defecando los restos de su perenne comilona.

—¿Estás bien, Piscis? —La voz de mi compañera se veía amplificadas por la acústica y adquiriría el retumbar de una multitud.

—Sí —contesté—. Hay una especie de túnel. Voy a... Espera.

Había una luz al final del pasadizo. Consideraciones metafísicas aparte, eso sólo podía significar dos cosas: algún otro animal se movía deprisa en mi dirección generando fricción como para iluminar Jamppa, o una corriente de magma había encontrado un lugar más despejado por donde fluir. Una onda de calor pareció confirmar esto último.

—¡Destiny, ayúdame a salir! —supliqué, asustada. El cable se tensó enseguida, tirando de mí—. ¡No, espera!

—¿Qué? Decídete de una vez. ¿Te saco o no?

La luz se acercaba, pero muy lentamente. Lo que la generaba parecía ser algo grande que avanzara a pasos, no reptando ni fluyendo. Dentro de escasos segundos sortearía el recodo más lejano y aparecería ante mis ojos.

Con cuidado, me descolgué del gancho, tirando de él para que Destiny no lo recogiese. Esperé. El sonido retumbante que había escuchado en mi viaje con Huiss volvió a aparecer, pero esta vez tan nítido y potente que ya no me quedó duda: era una respiración, el jadeo entrecortado de una bestia horrible. Se me puso la carne de gallina, pero me mantuve firme y esperé. A los pocos segundos, vi la extremidad.

Se movía como las patas de una araña, pero su forma era de mano humana y sus dimensiones las de una anaconda gigante. Lo aureolaba una nube de fuego como una corona solar, y su color era rojo y dorado. El ser dobló muy lentamente el recodo del túnel y me miró. Su cabeza se ocultaba tras un resplandor muy intenso y palpitante, como un sol consciente. Estaba hecho de fuego y de cristal, y era la cosa más bella y aterradora que he visto en mi corta vida.

No debí de causarle buena impresión, ya que se dio la vuelta y desapareció en las profundidades, llevándose también el calor. Respiré (no lo había hecho durante un minuto), y tiré del gancho otra vez. Destiny me ayudó a subir hasta que estuve de nuevo en la tumba.

Me alegré cuando vi que había rescatado parte de mi traje de las garras de los gusanos. No bastaba para cubrirlo todo, pero al menos mis partes pudendas estarían a salvo.

—Gracias.

—¿Qué viste ahí abajo? ¿Había huevos? —preguntó, esperanzada. Tuve que desilusionarla:

—No, pero había... algo más. Debemos marcharnos rápido.

—¿Y mis huevos? —lloró, pataleando (sin notarlo) como una niña. La sujeté por los hombros.

—Escúchame, Destiny: ya no quedan huevos. Ahí abajo hay un ser hecho de fuego que está a punto de llegar a este nivel, y si nos encuentra aquí nos matará. Lo sé porque es quien yo he venido a buscar.

Mis tono de voz hizo entrar en razón a la joven, que, muda de contrariedad, me ayudó a escapar del cementerio. Por su mente cruzaban cientos de ideas enfrentadas, pero algo le decía que ésta era la mejor opción. Eso me gustó: era una chica práctica.

Pocos minutos después corríamos codo con codo hacia la salida del laberinto de cloacas. El aire se llenaba de ceniza y se hacía irrespirable por momentos; estuvimos compartiendo la mascarilla de su traje hasta que salimos repentinamente al gran anfiteatro donde reposaba el Vagón Real de Buppa.

Estaba destrozado. El techo de la caverna se había desplomado sobre él, aplastando el vagón y el cambio de vías. A través del enorme hueco se podía contemplar el cielo, encapotado y surcado por las estelas de los transportes militares. Di gracias a los dioses y me aproximé a la montaña de escombros seguida por mi

compungida salvadora. Sentía algo de lástima por ella, pero no había tiempo de preocuparse por la rapiña.

Bajo el primer montón asomaba la pata de Huiss, cubierta de sangre verdosa. Lo reconocí enseguida, ya que aun en la muerte aferraba tenazmente un saco de piedras kilh, la moneda local. La emoción me embargó; había llegado a sentir aprecio por aquel viejo verde (literalmente) y presumido. Abrí sus dedos agarrotados y deposité en ellos el anillo de Buppa, como último tributo.

—Lo siento, amigo mío —susurré—. Ya no podré pagarte la deuda.

—¡Muchacha, por aquí! —urgió mi compañera. Había escalado hasta la cima de la montaña, por donde asomaba una esquina barroca y aplastada del vagón. Desde ella podía alcanzarse el borde de la sima.

Destiny usó su providencial cable para sacarnos de las cloacas. Cuando mis pies tocaron al fin la superficie del planeta sentí un gran relax; yo no estoy hecha para los lugares cerrados. Ese sentimiento pasó en cuanto miré alrededor.

La ciudad había desaparecido casi por completo. Sólo quedaban restos de edificios que se arracimaban en bosques de teas ardientes. La cercana refinería de alimentos había explotado, y una nube tóxica y oscura avanzaba hacia nosotros con rapidez.

—¿Dónde está tu vehículo? —inquirí con premura.

—Ahí —señaló. Junto a la sima esperaba posada una pequeña pero amenazadora nave-tanque, pintada con esquemas de camuflaje y un enorme cañón balístico surgiendo por la proa. Confieso que, pese a la singular profesión de mi rescatadora, jamás esperé que se moviera en semejante vehículo. Cuando llegamos hasta su panza y escalamos por la rampa de acceso, extendida como una lengua bífida, noté que el interior era menos marcial de lo que debería: había manteles estampados sobre las cajas de alimentos de la bodega.

Destiny corrió a los mandos y nos hizo despegar. El aparato trastabilló un poco pero retornó la horizontalidad con el primer impulso.

—Tienes un defecto en los estabilizadores —apunté. La joven me miró enfadada.

—Te he invitado a venir porque me das pena, no para que critiques, ¿está claro?

—Diáfano. ¿Puedo usar la radio?

—Claro. —Destiny se concentró en el vuelo. De un brusco acelerón nos colocamos en las capas exteriores de la atmósfera, navegando entre un banco de miles de transportes que salían del planeta. Un enorme bocado del disco planetario se había desgajado y arrojaba un surtidor de escombros al espacio. Casi la mitad del mundo se había desintegrado ya. Los veloces bólidos desaparecían de la vista huyendo como peces de la red.

—Activa *Aquario* cf22, código uno dos tres Sicsip. Ven a recogerme a las siguientes coordenadas —transmití por el interfono. Destiny parecía preocupada.

—¿Con quién hablas?

—Con mi nave. Se reunirá con nosotros en esta órbita dentro de muy poco. Estaba estacionada en la ciudad. —*Y ojalá esté perfectamente*, acabé para mis

adentros.

—¿Tu nave? —sonrió mi salvadora, con sorna—. ¿Qué es, una barcaza de placer para modelos de lencería?

—No exactamente —precisé, señalando un punto en la pantalla de detección. *Aquario* apareció a la vista en dos segundos, colocándose paralelamente a la nave-tanque. Sus contornos afilados y majestuosos, su mayor eslora y el suave rosa y plata de su fuselaje destacaban fuertemente contra el frío gris militar del cañón con motores que Destiny llamaba *Preciosa*. Las dos potentes máquinas Kerambeón que hacían las veces de impulsores refulgían con colores psicodélicos, como dos balsas de tecnología en la popa del navío.

—¿Ésa es tu nave? —La joven estaba anonadada—. Uauh.

—*Aquario*, prepárate para recogerme —instruí—. Destiny, ¿este chisme tiene garganta?

La piloto pensó rápida y concentradamente. Luego sacudió la cabeza.

—No creo que sea una buena idea. Mira.

A través de la pantalla del puente vimos cómo medio planeta se deshacía en coágulos de piedra, mientras en la otra mitad aún había luces encendidas de ciudades. Estaba a punto de desintegrarse.

—No hay tiempo para un trasbordo —decidía—. Dime a dónde quieres ir y que tu nave nos siga.

Sopesé su oferta con el ceño fruncido, pero decidí dejar para luego las preguntas.

—Está bien. ¿Conoces Marmolia, el planeta de los videads?

—¿Para qué quieres ir allí? Esos tipos están todos chiflados.

—Confía en mí. Comunicaré las órdenes a mi nave.

Los dos bólidos se colocaron en posición para el salto estelar. Destiny apretó dos botones de su consola y la computadora de a bordo, un modelo algo anticuado de C7000 con grafos pensantes, hizo crujir sus articulaciones y expulsó unos cálculos por el magnetómetro. Pensé en sugerir que fuera mi nave la que hiciera los preparativos para el salto, pero eso habría ofendido mucho a mi anfitriona.

Con un violento rugido de los impulsores, las naves se lanzaron entre dimensiones.

Lo que ven los esquizoides cuando sueñan por la noche

Con mi suerte, las cosas no podían salir así de bien. Ya era bastante infrecuente que una desconocida con buenas intenciones (O eso parecía, a pesar de su máscara de frivolidad y de mujer curtida en los peligros del espacio) apareciese para rescatarme cuando más lo necesitaba. Que tuviera nave propia, armada y potente, era un sueño hecho realidad. Que su sistema de navegación interdimensional funcionara sin problemas, demasiado pedir.

La situación empezó a torcerse más o menos aquí:

—¡Maldita sea, otra vez ese ruidito raro en el compensador fotohidromagnético!

Yo tuve la ligera sensación de que algo no estaba funcionando como debiera en esta parte:

—Ejem. Dime, Destiny, cariño, ¿qué significa exactamente... *otra vez ese ruidito raro*? ¿Es un eufemismo?

Y las cosas se fueron al cuerno exactamente así:

¡BANG!

—Mierda.

—¿Algo va mal, Destiny?

—Mierdamierdamierdamierda.

Como mujer perspicaz que soy, para entonces ya había adivinado que estábamos en apuros. Cuando navegas entre dimensiones usas algo llamado «pasillos de control», que son como nodos en los que la frontera que une dimensiones supernumerarias pierde algo de grosor y teje regiones más o menos permeables. Las naves no pueden traspasarlas, pero por alguna absurda ley de la física que nunca he entendido, a ambos lados de una capa separadora no puede haber más masa que al otro, o se correría el peligro de un desequilibrio cósmico (no me hagan mucho caso. Les remito a la Enciclopedia Galáctica, tomo veintiséis. Yo nunca he sido muy buena con las matemáticas). El caso es que cuando una nave se coloca a un lado de la barrera, la física de la osmosis hace que una réplica exacta aparezca al otro extremo. Entonces, el universo —que no puede permitir que haya dos objetos que sean el mismo coexistiendo en puntos diferentes de la Realidad—, se da cuenta de la metedura de pata y destruye uno de los dos. Si hay suerte, elige la nave que lleva más tiempo esperando junto a la barrera, ya que es la más antigua y la que mayor grado de entropía tiene. Y así es como tú pasas al otro lado. Teniendo en cuenta que por cada salto interdimensional hay que repetir esta operación unas cincuenta veces, no es extraño que en alguna de ellas algo vaya mal.

—Hemos perdido de vista la otra nave.

Miré a través de la pantalla de observación y, efectivamente, vi cómo *Aquario* lograba traspasar sin problemas la barrera y continuaba felizmente su viaje. Me alegré; sabía que estaría esperando al otro lado cuando yo llegase, con los maullidos de mi gata de Angora dándome la bienvenida y cansada de la conversación de la computadora.

Si llegaba.

—No te preocupes por ella —zanjé—. ¿Qué parte exacta del compensador se nos ha podido romper?

—Este... No lo sé. No entiendo mucho de mecánica.

La joven, concentrada en los mandos, no disfrutó de la mirada asesina que le lancé. La nave-tanque estaba dando tumbos tan exagerados que me dejé caer en el sillón del copiloto y me ceñí el cinturón de seguridad. El plexiglás era un mosaico de colores chillones mal combinados, explosiones de núcleos de brillo y oscuridad y pastosas resonancias psicotrópicas. La *Preciosa* atravesó centelleando una espiral de arco iris enredados en colmenas de color; resbalamos a través del espectro visible y chocamos contra las radiaciones infrarrojas levantando chispas de rayos X. Destiny no parecía muy preocupada.

—Generalmente, se trata de un problema de sobrecalentamiento. Si esperamos un ratito seguro que las placas del compensador se habrán enfriado como para poderlas activar de nuevo.

No le recordé la explosión que hacía unos minutos había sacudido la panza del bólido, provocando las alteraciones. El mecanismo de *Aquario*, único en su género por usar tecnología rellk, era infinitamente más sofisticado que el de la nave-tanque, pero también me había dado un par de buenos sustos. En esas ocasiones aprendí que una explosión en la sala de máquinas de tu nave es señal inequívoca de que algo no va como debiera.

—¡Allí! —señaló la piloto, jubilosa—. Parece un cuerpo bastante sólido.

Flotando a una distancia indeterminada había un... una... Bueno, digamos que era un cuerpo que no cambiaba de forma y densidad con la velocidad con que lo hacía el entorno, y que era lo suficientemente grande como para alojar la nave. Parecía una enorme cinta retorcida en forma de ocho, con los brillos de los volúmenes tan confundidos que lo que estaba al fondo aparecía también al frente. La sensación era mareante al principio, pero se estabilizaba a medida que nos acercábamos.

El sensor detectó una construcción en el centro de la isla, una especie de prominencia plateada con espiras que asomaba apenas unos metros de una almohada de niebla. La piloto la tomó como referencia de vuelo.

—¿Qué estás haciendo? —dudé, observando la construcción con desconfianza, pero la impulsiva Destiny ya maniobraba los controles de la nave colocándola en una secuencia de aterrizaje. Los sensores analizaban el terreno y mostraban zonas medianamente densas a la deriva sobre ríos que eran poco más que la luz que se

reflejaba en ellos. La nave se acercó a una de estas zonas de integridad y se dispuso a aterrizar.

Pregunté:

—¿Estás segura de lo que haces, Destiny?

Ella fue sincera:

—No.

La rampa de la nave-tanque se desenrolló como una persiana de titanio, anclándose a la tierra con sus dientes. El ordenador nos dio permiso para descender cuando comprobó que había suficiente gravedad para mantener nuestros pies en el suelo.

Yo fui la primera en salir. El haz de mi linterna barría la oscuridad con un efecto curioso: a los quince metros la luz se combaba irremediabilmente a la izquierda. Eso me hizo dudar de que lo que veía a través de la visera del traje estuviera realmente allí. Antes de dar un paso, tanteaba por si las moscas.

El entorno era difícil de describir. Estábamos seguras de qué era arriba y qué abajo, pero poco más. La llanura de colores surrealistas se extendía hacia un horizonte curvo, deshaciéndose en una neblina insustancial. Debía de tratarse de algún tipo de efecto óptico, ya que al aproximamos al horizonte de sublimación éste se alejaba (más bien huía de nosotras), otorgando solidez al terreno que descubría.

El suelo era esponjoso y las huellas tardaban mucho rato en desaparecer. Destiny iba detrás de mí, un poco asustada, pero se erguía y adoptaba una pose altiva cuando se percataba de que la estaba mirando. Me había permitido coger prestado del guardarropa de la nave el traje de presión, y ella llevaba además una pistola de rayos. Su fino cañón acabado en un cristal de cuarzita apuntaba siempre hacia donde quiera que se moviese.

A los pocos centenares de metros apareció la nube de niebla, de color rojizo y plateado; por su cúspide asomaba la punta de la extraña construcción que vimos al aterrizar. No se parecía a nada que yo hubiera visto antes, y en la vida de una esclava fugitiva se ven muchas cosas. Estaba hecha de un marfil sucio, como un tronco de árbol achaparrado que hubiera crecido dando vueltas sobre sí mismo. La base no era visible, pero por la anchura de la nube se intuía que medía casi doscientos metros de diámetro. A los veinte de altura el edificio culminaba en una flor de pétalos cerrados de un furioso carmesí con pistilos de alabastro. La niebla no se atrevía a tocarla. Miré a Destiny.

No hablamos hasta que nos introdujimos en la niebla, y entonces empleamos un volumen respetuosamente bajo (inútil, ya que nos comunicábamos por radio, pero tal era la sensación de respeto que la visión nos provocaba). Y lo hacíamos sólo para asegurar nuestra posición respecto de la nave.

Tras andar durante minutos interminables, llegamos a una abertura en la base del edificio. Parecía un sexo que se abriera ante nosotros dándonos la bienvenida. En

ningún lugar había esquinas, ángulos, cables o tecnología. Parecía casi orgánico, pero no me causaba miedo. Es más, una tibia sensación de seguridad me embargó desde que pisé el umbral. Destiny no habló, pero caminaba erguida. Juntas nos internamos en aquel templo alienígena.

Al cabo de un momento llegamos a una habitación cálida y esponjosa, sin muebles ni salidas más que aquella por la que habíamos entrado. El suelo estaba cubierto por una alfombra de raras plantas bulbosas, frágiles y cristalinas, que cascabeleaban musicalmente cuando nuestros pies las doblaban al pasar. Su polen era como purpurina lanzada al viento.

Al entrar en la habitación, el umbral desapareció. Miré a mi compañera y las dos nos lanzamos a golpear las paredes en un ataque de pánico, pero nada sucedió. Estábamos atrapadas, mas la sensación de tranquilidad persistía. Decidí entonces que, si no éramos dueñas de la situación, mejor sería no gastar fuerzas en vano.

—¿Qué haces, Piscis? ¡Ayúdame a abrir esta condenada puerta!

—Si no somos dueñas de la situación, mejor es no gastar fuerzas en vano —expuse, sentándome entre las flores. Destiny no respondió y continuó aporreando las paredes. Cuando trató de disparar su pistola de rayos, ésta no funcionó. Tuve que quitársela de las manos para que no la estropease en su rabia, pero al fin cedió y se acomodó a mi lado.

—¿Quién crees que nos ha hecho prisioneras? —preguntó, nerviosa.

—Imagino que no tardaremos en saberlo.

Se volvió hacia mí.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo estás tan segura?

—Nadie hace prisioneros si no espera obtener algún beneficio de ellos. Si hay alguien o algo inteligente tras estas paredes, estoy segura que pronto nos hará saber sus intenciones.

Mi compañera permaneció guardándose sus pensamientos unos minutos. Luego escuché en mi receptor:

—Oye, ¿eres la misma Piscis que reventó la Ciudad Prisión de Zhintra?

Arrugué la frente.

—¿Has oído hablar de eso?

No podía verlo, pero imaginé el rostro sonriente de la joven piloto tras los ojos de insecto de su casco.

—Todos los corsarios han oído hablar del espectacular escape de Piscis y los esclavos de Zhintra. Los dos últimos años la Guardia Púrpura de Mundo Joya nos ha estado persiguiendo a todos con más ferocidad que de costumbre, tratando de devolver al redil a la mayor parte de los evadidos —carraspeó—. Pero creo que a ti te buscan con especial interés. ¿Es cierto que eras una esclava de placer?

Mi silencio hizo que se arrepintiera enseguida de haberlo preguntado.

—¡Oh, lo siento! No pensé en...

—No te preocupes —la disculpé—. Estoy acostumbrada. Una vez me preguntaron si yo era un ser humano. ¿De verdad me buscan con más saña los Purpúreos que a los demás fugados? —Estaba gratamente sorprendida, aunque no sabía por qué. El casco de Destiny asintió.

—Sí. Ofrecen una recompensa por ti en todo el sistema de Mundo Joya. Al parecer el jefe del tugurio que destruiste estaba muy bien relacionado.

Temblé al recordar los atroces castigos sexuales a los que el alcaide Sverg solía someterme cada vez que tenía un mal día o, simplemente, porque le apetecía. Rechacé los recuerdos con un aspaviento.

—Aquel malnacido tuvo lo que se merecía —sentencié, cambiando de tema—. ¿Has tenido problemas alguna vez con la Guardia Púrpura, Destiny?

—En varias ocasiones. Ser corsario no es fácil, te lo aseguro, y menos aún si te dedicas al contrabando de sueños.

—¿Has traficado con sueños? —pregunté, sorprendida.

—¡Por supuesto! —La voz de Destiny se tomó orgullosa—. Los llevábamos encapsulados en pastillas rojas y azules. Combinadas provocan una profunda narcolepsia que induce visiones del futuro, o eso dicen. Yo nunca he llegado a ver nada más que rayas a topos... —La frase murió en un hilo de voz. Yo sonreí.

—Es que no todo el mundo aguanta bien los sueños. He oído que los Purpúreos pretenden acabar con el tráfico de todo tipo de narcóticos porque quieren el mercado para ellos solos.

—Bah, las drogas son cosa del pasado —decidió, cruzando las piernas como una niña—. Además, es malo para la salud. Ahora sólo quiero terminar de pagar a *Preciosa* y hacerme con un buen trato, uno de esos que te resuelven la existencia, aunque sea peligroso. La vida bajo la égida de Mundo Joya es demasiado difícil para estarse arriesgando mucho. —Eso la llevó a encadenar con otro pensamiento—: Por cierto, ¿qué demonios hacías en el inframundo de Jaruppa, con un anillo de claves en el dedo?

—Es una larga historia.

La joven hizo un gesto hacia la puerta cerrada.

—Tenemos tiempo, creo yo.

Sopesé por unos momentos la posibilidad de que estuviera mintiendo y en realidad fuese una agente doble de la Guardia Púrpura, pero rechacé la idea. En los primeros años de mi cautiverio (mi pretendida «infancia») conocí a muchos mentirosos capaces de todo por ganarse mi cuerpo, y desarrollé una destreza inmejorable en el arte de la infamia y el engaño. Tuve que hacerlo para sobrevivir, así que era capaz de distinguir una artimaña como si hediera. Creo que hay muy pocas personas en el cosmos capaces de tomarme el pelo, y Destiny no parecía una de ellas. Comencé:

—Todo empezó en Vermacroyd, un mundo desolado de la constelación del Cisne. No sé si lo conoces. —Hizo un gesto raro, medio afirmando medio negando—. Es

uno de los planetas que interesan a VHH, el emporio televisivo que posee la exclusividad de derechos de emisión en Mundo Joya y en Marmolia para los setecientos primeros canales. Mil millones de videads siguen su bazofia en directo veintiséis horas al día, veinticuatro en la Capital.

—Lo sé. Son zombies mentales.

—Bueno, pues yo estaba repostando combustible en Vermacroyd cuando tropecé de lleno con un estudio de combate móvil VH, lo que ellos llaman un Buletinador. Son estudios de televisión blindados y con capacidad de fuego para arrasarse media Marmolia, siempre detrás de la noticia, noche y día aun cuando éstos no existan —parafraseé—. Un incombustible hijo de perra dispuesto a exterminar a quien sea y a atravesar cualquier barrera con tal de conseguir algo que emitir en su franja horaria.

—Entiendo...

—No sé por qué estúpido motivo esa máquina se obsesionó conmigo nada más verme. Me persiguió a través de siete sistemas y dos nebulosas. Como no veía forma de quitármelo de encima, y sabiendo que mientras más dificultades le opusiera más espectáculo estaba generando, hice un trato con él.

Destiny se incorporó, metida en la historia.

—¿Con el Buletinador?

Sacudí la cabeza.

—No; con el tipo que estaba detrás, un ejecutivo de VHH llamado Formahl Berg.

—Uauh.

—Sí. Les dije que les concedería una jodida entrevista si me dejaban en paz. Lo último que quería era tener a media legión periodística detrás de mí.

—¿Y aceptaron?

Lancé un bufido.

—Bah. Me tomaron el pelo, como esperaba. Cuando acudí a la cita para realizar la entrevista tenían preparado todo un show. —Recordé los flashes de las cámaras, la cara de idiota integral del presentador y su perfecto tono de voz «para toda la familia». Era para vomitar—. Habían contratado a un viejo buscador de tesoros para que les hablara de algo llamado el Ra.

—¿El Ra?

—Es un antiguo mito de uno de los planetas exteriores, una especie de semidiós arquetípico que se alimenta de energía pura.

—Y te pidieron que lo encontrases, claro. Menuda tontería —se burló—. Que haya gente que aún crea en esas paparruchas. ¿Y tú qué hiciste?

—Encontrarlo.

Destiny dio un respingo.

—¿Cómo?

—Resultó que el tal Ra sí existía, pero no era un semidiós ni nada parecido. En realidad es... un ente insustancial que permanece en estado larvario mientras está lejos de una fuente calorífica, y cuando ésta aparece comienza a mutar.

—Ya entiendo —afirmó Destiny—. Eso es lo que viste en los túneles...

—Lo había encontrado en uno de los templos perdidos de su mundo de origen y un contrabandista me lo robó cerca del Cúmulo exterior, en el viaje de regreso. —Mi compañera bajó un poco la cabeza—. Le seguí hasta Jaruppa. Probablemente iba a tratar de colárselo a un comprador de las refinerías de alimentos. Ya sabes que uno de sus negocios paralelos son los zoológicos. Cuando llegó a tierra debió caer presa de los lagartos o se hundiría en una grieta tras un terremoto. El resto ya lo conoces.

—Y el ser despertó con la conmoción sísmica del planeta.

—Eso creo. Al aterrizar de pronto en un ambiente tan benigno sus ciclos vitales se activarían y empezaría a crecer.

—¿Qué tamaño tenía cuando lo encontraste?

Acerqué mis manos hasta encerrar un volumen equivalente a un maletín de viaje. Asombrada, Destiny iba a responder algo cuando nuestros captos hicieron acto de presencia.

Sonidos apenas traducibles como estertores agónicos y sus resultados

La pared se descorrió como una cortina y un ser penetró en el recinto. Parecía una estatua de sal, un cúmulo de flores de arena con aspecto vagamente humanoide. Aguantaba el equilibrio sobre un brazo y una pierna, y le sobraban dos cabezas y algo que no lograba identificar.

A través de la radio me llegó el nervioso hálito de la respiración de Destiny sobre el micrófono. Temiendo que hiciese algo disparatado, me incorporé lentamente y encaré la mirada —elegí un par de flores a la altura adecuada como sus ojos— de aquella cosa. La estatua cambió de forma, respetando los contornos pero haciendo fluir la vegetación de sílice por su superficie, y de repente escuché en mi auricular:

—No temáis. No voy a haceros daño. Os he mantenido encerradas aquí por precaución.

Destiny se situó detrás de mí disimuladamente.

—Ahora es más seguro permanecer aquí —explicó el ser, con voz de viento otoñal y playa con rompeolas—. Las Bestias están al acecho alrededor de vuestro vehículo, esperando para cazarnos.

Miré a Destiny. Devolvió mi rostro en un millón de destellos facetados.

—¿Qué... qué quiere decir? —murmuré—. ¿Quién es usted, y de qué bestias habla?

El ser emanaba una inexplicable aura de fortaleza y confianza, pese a que su aspecto sugería que podría destruirlo con sólo chasquear los dedos. Acaricié con el pulgar el seguro de la pistola lanzarrayos de mi compañera, aún en mi poder. Las flores rotaron de nuevo:

—Soy un marsul, habitante de Entrelugares.

—¿Entrelugares?

—Es el sitio donde no estáis.

—Uh... —No suelen faltarme las palabras, pero esta vez admito que estaba desconcertada.

—A Entrelugares no se puede ir; de él no se puede volver. Sólo podéis no estar en él, o no saber de su existencia.

—Ajá —asentí—. Y tú no vives aquí, ¿me equivoco?

—Es correcto.

—¿A qué bestias se refería? —intervino Destiny. Parecía preocupada, pero no por nosotros—. ¿Qué dijo antes sobre mi nave?

El ser transmitió:

—Las Bestias. Son habitantes de Entrelugares.

—¡Dijiste que no podía haber nadie en ese sitio, porque no existía! —protesté.

—Ellas pueden. Eso las hace poderosas. Vagan de un lado a otro del éter cósmico, acechando, comiéndose los duplicados de vuestras naves que abandonáis cuando atravesáis las barreras entre dimensiones.

—Creí que era el universo quien se encargaba de eso —divagué. Destiny se deslizó a hurtadillas hacia la salida, que permanecía abierta. Sin advertirlo, continué —: Y tú debes ser también una Bestia, si, eh... si no vives aquí, ¿no?

Las flores giraron horizontalmente.

—Negativo. Los marsuls también estamos hechos para flotar entre dimensiones, pero no somos Bestias. Ellas nos cazan y devoran mientras navegamos por el éter. Vuestra nave, al no proseguir su ruta, las ha atraído hasta aquí con la música de sus motores. Ahora esperan que salgamos para devorarnos.

Me apoyé contra la pared, desfallecida. Escapar de un planeta que se autodestruye, de las fauces de gusanos carnívoros y de una horrible bestia de energía para esto. Dije:

—¿Y no hay vía de escape posible? ¿Estamos condenados a perecer en este... — miré a mi alrededor—... lo que sea?

—No os preocupéis. Las flores os protegerán de los rigores de Entrelugares. Y las Bestias no poseen una paciencia excesiva. Si esperamos lo suficiente, terminarán por marcharse.

—¿Las flores?

Mi confusión se disipó cuando el vestido de pétalos de mi interlocutor se reveló como tal, deslizándose hasta el suelo con un rumor de castillos de arena deshechos. Debajo había un ser cuya fisonomía evocaba la de un cetáceo. Era ligeramente azulado, de piel tersa y plástica y con una boca grande y sin dientes. Mi imagen me venía devuelta desde distintos ángulos en su epidermis refractaria cuando se movía, aunque no devolvía todos los tonos: era como si se alimentara de los más cálidos y descompusiera los otros.

Ahora que la capa de arena no tamizaba el sonido de su voz, su siguiente frase me recordó el canto de las antiguas ballenas del espacio.

—Los marsuls utilizamos las flores cuando abandonamos el plácido contacto del éter y debemos refugiarnos en estas islas de concreción. Nuestros cuerpos se resecan si no reflejan los colores ancestrales de Entrelugares. —Pareció sonreír, o tal vez mojarse los labios—. Me llamo Ihln, y lamento que estéis presas aquí conmigo.

—Bueno, yo también, creo —dudé—. ¿Es normal que esas criaturas os asedien de esta manera?

—No es habitual —cantó Ihln—. Generalmente los marsuls viajamos en manadas, y sabemos dónde se encuentra cada uno por muy lejos que nos encontremos de los grupos principales. Pero a Ih y a mí nos sorprendió una tormenta de rayos gamma cerca de la novena dimensión. Nos separamos y quedamos a la deriva; los gamma interfieren con nuestro sentido de la refracción. —Su piel se contoneó, vanidosa—. Eso nos embriaga.

—¿Ih? —pregunté. En ese momento me fijé en un pequeño bulto que aparecía tímidamente tras mi interlocutor. Era un ejemplar de la misma especie, pero indudablemente recién nacido, con la piel muy rosada y reflectante, como si se protegiera de radiaciones que aún no estaba preparado para absorber. Me miraba tímidamente y con curiosidad, chupándose una aleta.

—Este es Ih, hijo de Ihl n y hermano menor de Ihl. Aún no ha alcanzado su etapa de máximo desarrollo, y es presa fácil y apetitosa para esos monstruos del éter.

—Oh... —exclamé tiernamente.

Aquel pequeño estimulaba mi sensibilidad; sentía unas ganas locas de correr hasta él y acariciarlo, estrujarlo contra mi pecho en un arrebato de protección como hacía con los peluches de mi casa-celda, antes de la rebelión. No me fijé en que mi amiga había alcanzado el umbral del orificio de la pared hasta que comenzó a cruzarlo.

—¡Destiny! —exclamé—. ¡No seas estúpida, vuelve aquí!

—¡Ningún monstruo se va a comer a mi *Preciosa*! —gritó por el intercomunicador, haciéndome daño en el oído, y salió corriendo hacia la salida. Intercambié una rápida mirada con Ihl n, y supe que no me iba a detener si corría tras ella. Él debía proteger al pequeño marsul de lo que estuviera esperando fuera.

En voz baja solté todas las imprecaciones e insultos que conocía mientras corría en pos de mi compañera.

Aplastando flores en estallidos de polvo, alcancé la salida del laberinto de pasillos tras vagabundear unos minutos. Destiny no estaba allí. Alcancé a ver en el exterior a la nave-tanque, varada aún en el esponjoso terreno de la isla flotante, pero ella había desaparecido.

La espesa niebla que hasta hacía poco rodeaba el edificio se había disipado, quedando reducida a una tenue cortina semitransparente. Los colores del cielo eran más violentos que a nuestra llegada, como si se estuviese desatando una feroz tormenta conceptual: nubes de rojos explotaban desde el corazón del espectro verde, púrpuras supurantes resbalaban sobre amarillos ácidos, fermentando en mezclas para formar violetas. La pantalla del cielo parecía superpuesta a mi visión, temblando y moviéndose conmigo a medida que giraba la cabeza.

Entonces las vi. Serpenteando entre las detonaciones cromáticas del firmamento: formas alargadas y difusas, como trazos sin dimensiones fijas. Eran serpientes huecas de decenas de metros acabadas en aberturas llenas de dientes afilados, paletas bidimensionales pensadas para revolver océanos de tinta. Se acercaban en espasmos, recorriendo centenares de metros cada pocos segundos. Calculé que las tendría encima en breves instantes.

Corrí hacia la nave. Su plataforma de descenso estaba cerrada. No había luces en su interior ni iluminando el casco; parecía tan muerta como el paraje en el que estaba encallada. El suelo estaba recubierto por una espesa capa de polvo, así que no podía distinguir ninguna huella. Ni siquiera podía verme los pies. Recordaba vagamente el

terreno que habíamos recorrido al venir, pero no si había grandes orificios ni dónde estaban.

Llamé repetidas veces a Destiny por la radio, pero no recibí más que estática. Ése fue el primer instante en que verdaderamente temí por su vida. Maldiciendo, salvé los metros que me separaban de la rampa. Cuando estaba a punto de llegar, y creyendo que las Bestias estaban aún a suficiente distancia, estuve a punto de morir.

Una de esas cosas, increíblemente rápida y ágil para su tamaño, apareció de repente deslizándose por debajo de la panza de la nave. Se desenroscó con un solo movimiento del tren de aterrizaje y saltó sobre mí. Grité, a sabiendas de que nadie me escuchaba, y enarbolé el arma positrónica, apuntando a su testa difuminada.

La serpiente mordió a escasos centímetros de mi brazo, chocando contra el tren delantero de la nave y dándome tiempo a esconderme detrás. Sus dientes chasquearon con una especie de fuego fatuo infernal, hiriendo las articulaciones de metal de la rueda. Me pregunté cómo podían aquellos seres translúcidos y sin masa causar esos estragos, pero sólo durante un momento: al siguiente tenía a las otras Bestias sobre mí.

La *Preciosa* estaba escorada de proa, como estrellada contra la superficie de la isla. Eso me daba un escaso margen de movimiento si me mantenía bajo el morro de metal. El enorme cañón de la torreta móvil permanecía estático, como el hueso principal de un arcaico dinosaurio guerrero. Las serpientes, ágiles pero demasiado grandes para introducirse en los huecos en los que yo me escondía, daban ciegas dentelladas en torno a mis piernas. Me deslicé como pude dentro de un minúsculo espacio que quedaba entre el morro de la nave y el ángulo de la rueda frontal, encogiéndome en posición fetal.

Todo mi cono de visión estaba ocupado por las fauces de estos adversarios. Uno se aproximó tanto al hueco, abriendo y cerrando la boca tratando de morder, que durante un instante todo lo que vi fue una enorme sima abierta en la que podría haber cabido perfectamente, llena de cuchillas y restos de éter condensado como nódulos de saliva. Levantando la pistola, apunté el cañón contra la profunda garganta irisada y apreté el gatillo.

El rayo atravesó limpiamente a la Bestia, explotando a su espalda. Pensé que no había surtido efecto (en mi cabeza las cosas acostumbran a funcionar así: el rayo golpea algo y lo destruye); pero algo sucedió. La cosa se retorció agónicamente y, con un espasmo, retrocedió. Las otras Bestias se acercaron a ella con curiosidad. Parecieron olerla durante unos instantes, analizando tan pintoresco suceso; probablemente nadie les había disparado con un rayo positrónico antes.

Aproveché la circunstancia y salí del agujero. Si lograba llegar a la plataforma de descenso, tal vez pudiera abrirla destruyendo el panel de mandos y provocando un cortocircuito. Podía llegar refugiándome en los otros vértices del triángulo de apoyo, aunque dudaba de que los trenes resistieran una embestida conjunta de los tres

monstruos. Lo peor vendría después, cuando tuviera que permanecer un largo y letal minuto al descubierto mientras trataba de establecer el enlace de circuitos.

Con las piernas temblando de pavor, me obligué a correr la distancia hasta el segundo tren. Tal vez los monstruos estuvieran demasiado ocupados con su compañero. Tal vez no.

Una serpiente me vio salir y atacó. Yo grité y le apunté con la pistola mientras corría. La diferencia de gravedad con mi estándar confundía a mis músculos. El ser abrió sus enormes fauces y se lanzó para matar. Yo disparé.

El rayo impactó levemente en su paladar y luego salió. Golpeó el casco de *Preciosa* tras recorrer el largo de la serpiente a escasos centímetros de su piel, pero sin tocada. Una explosión de chispas la iluminó desde atrás. La cosa abrió la boca.

Pero no me mordió. Estaba gritando de dolor. La miré anonadada, sin poder moverme del pánico que sentía, hasta que comprendí: en un increíble acto de volición levante de nuevo la pistola, bajé su intensidad hasta *aturdimiento* y apunté al casco cromado de la nave-tanque. Los otros dos monstruos me rodearon y se prepararon para matar. Apreté el gatillo.

Al no estar el rayo concentrado a su máxima potencia, en lugar de arrojar una descarga se podía disparar como un fino haz aturridor, no letal para los humanos. Pero servía a mis propósitos. El haz se mantuvo durante tres segundos, rebotando en diversos puntos del casco y en los motores. La panza de la nave se iluminó momentáneamente con una red de destellos positrónicos como una telaraña de luz. Las serpientes, de idénticos hábitos alimenticios que los descritos por Ihln, cribaron las letales radiaciones a través de su piel reflectante, quemándose por dentro.

Yo grité de júbilo, pero no conseguí más que confundirlas unos segundos: la serpiente a la que había disparado en mi carrera hacia la nave parecía haber asimilado la inusual longitud de onda y no estaba tan afectada. Pero esos segundos me bastaban, o eso creía yo. Alcancé desesperadamente la plataforma de embarque y busqué el panel de mando. Destiny había variado su configuración original, colocando un candado (físico, de acero) duro y voluminoso en las juntas del cierre. Blasfemé y aumenté la intensidad de la pistola; sólo necesitaba un disparo, y que los monstruos permaneciesen confundidos sin suministrarles radiación durante unos segundos más.

Pero no lo hicieron. Una de las serpientes se convulsionó, colocándose en posición de ataque por delante de la panza de la nave. Aterrada, vi en una graciosa dilatación del tiempo cómo su cuerpo de ofidio se contraía levemente, su boca se abría, sus diminutos ojos se clavaban en los míos...

Y explotó en un glorioso torrente de fuegos artificiales, que llovieron sobre mí como una lluvia bautismal de muerte.

Abrí los ojos (no recordaba haberlos cerrado) y la serpiente ya no estaba: se había volatilizado. Con un temblor, la torreta de la *Preciosa* pivotó unos grados sobre su eje, buscando el siguiente blanco: las otras Bestias seguían bajo la panza, fuera de

tiro. De pronto, la rampa de embarque se descorrió y escuché la voz de Destiny junto a mi oído:

—Sube, deprisa. Y deja de estropearme la nave.

Llena de júbilo me encaramé a la rampa, mientras la nave-tanque se desprendía del suelo en que estaba enterrada y se elevaba unos metros. Estaba a punto de desaparecer en sus entrañas cuando vi a Ihln.

Estaba saliendo del edificio neblinoso y se alejaba remontando el vuelo a través del éter, coleteando y sacudiendo sus aletas dorsales con gracia majestuosa. Ih, el pequeño delfín, le seguía a escasos metros, pero saltaba a la vista que le costaba mantener el ritmo de su padre. Por alguna razón, mientras nadaban no se tocaban ni se acercaban el uno al otro. Así se alejaron unas decenas de metros de la construcción hasta que las serpientes repararon en ellos. Consternada, vi cómo las dos Bestias que quedaban nos ignoraban —debían considerar a la nave-tanque como una presa muy peligrosa—, y se dedicaban a perseguir a los singulares cetáceos.

—¡Destiny! —llamé por el comunicador—. Avanza en vuelo rasante y trata de destruir a esas cosas.

—¿Qué? ¡No pienso arriesgar a *Preciosa* por unos malditos...!

—¡Destiny! —interrumpí. Algo en mi tono de voz no admitía cuestionamientos—. Luego te compensaré como quieras. Ahora ve detrás de esas cosas y destrúyelas antes de que les alcancen. ¡Ya!

El vuelo de la nave se tornó errático por unos segundos, pero luego (y yo diría que de mala gana, si eso se puede aplicar a una forma de volar) enfiló la misma ruta que los alienígenas. Di gracias en mi interior por la decisión de mi compañera, pero me preguntaba qué me pediría a cambio cuando todo terminase.

El cañón empezó a vomitar destellos de positrón, que causaban un efecto raro en aquel ambiente, y otra de las Bestias se volatilizó. Pero la última era demasiado ágil y eludía todas las descargas.

—¡Pasa sobre los marsuls! —instruí, asida a los tensores de la rampa extendida. La mitad de mi cuerpo colgaba en el vacío, sujeta a una extraña gravedad que cambiaba de eje. Mis manos sudaban.

Cuando la nave rebasó a la serpiente y se colocó junto a los marsuls, decidí dejar de preocuparme del monstruo. Si debía llegar y arrancarme una pierna, que lo hiciera; mi mente estaba demasiado extenuada para añadir preocupaciones a la difícil tarea del rescate. Llamando a Ihln por su nombre, extendí una mano y esperé a que el padre me lanzara al pequeño cetáceo.

Lo hizo, pero sin tocarlo, colocándose detrás y arrojándolo junto a una ola de éter de un coletazo. El bebé llegó hasta mis manos, que lo sujetaron con fuerza. Estaba resbaladizo. El padre se quedó rezagado, sonriendo con satisfacción, controlando cómo yo introducía al bebé en el interior del aparato. Luego la Bestia lo alcanzó.

No puedo describir lo que pasó luego porque giré la cabeza. Escuché unos ruidos horribles mezclados con sonidos desconcertantes, como el revolver de una cuchara

dentro de una lata de pintura o las sacudidas de un sonajero gigante. Pero el niño estaba a salvo. Destiny recogió la rampa y aceleró a velocidad de fuga.

6

Marmolla

Traté de llorar por la muerte de Ihlh, pero el cansancio acumulado de los último días, con la persecución y huída posterior de Jaruppa y las aventuras que no vivimos en Entrelugares, cayó sobre mí como una losa de forma que creí que me iba a desmayar. Sólo los huidizos ojos sin párpados del pequeño marsul me mantenían despierta: aquellos maravillosos ojos grandes y grises, voraces devoradores de luz e imágenes, que miraban emocionados en todas direcciones.

Las lágrimas al fin acudieron. Me tomé mi tiempo, gimiendo y dejándolas fluir. Iban cayendo una tras otra sobre la piel del bebé, que jugaba con ellas desviando su curso con sus aletas caudales como si manipulase diamantes líquidos y efímeros. Pobre de él, pensaba. No sabía si para las costumbres marsul era algo habitual el que un infante perdiera a alguien de su familia bajo las garras de voraces depredadores, pero si era así no quería aceptarlo: yo no había tenido padres, ni hermanos, ni nadie que viniera a rescatarme por la noche cuando necesitaba un hombro en el que apoyarme. Yo había nacido así, alta y hermosa como un ángel, desnuda y dispuesta como exigía el fin de mi creación. No lloré por aquel niño, en realidad; lloré por mí, y por todo lo que soñé haber perdido y jamás conocí. Era egoísta, pero cierto. Me sentí bien admitiéndolo, y cuando las delicadas extremidades natatorias del bebé me acariciaron como queriendo transmitirme parte de su calidez de ser etéreo, no pude más y me derrumbé.

Destiny comprendió mi sufrimiento y dejó que pasasen diez minutos antes de anunciar desde el puente:

—Piscis, estamos volando en medio de un banco de marsuls. Creo que deberías subir aquí y hablar con ellos.

—Está bien —convine, pero no había oído lo que me decía. Mis lágrimas corrían inofensivamente por encima de los globos oculares del bebé, que se divertía observando el mundo a su través. Me pregunté cuán deforme debía parecerle yo.

—Piscis, saben que tenemos al bebé. Quieren que se lo devolvamos.

—Está bien —repetí, y esta vez sí me puse en pie.

Subí hasta el puente, secándome los ojos con el dorso del traje espacial — comprobé que el pequeño podía flotar incluso en el ambiente artificial de la nave—, y eché un vistazo al exterior. Efectivamente, navegábamos en medio de un banco de marsuls excitados y nerviosos. Sus cantos exploraban nuestro casco con la precisión de múltiples equipos de sónar. Creo que en ese momento llegaron a saber más sobre *Preciosa* que la propia Destiny.

—Abre la compuerta —pedí—. Yo lo acompañaré.

La piloto asintió y nos despejó el camino cuando llegamos a la esclusa. Salí al éter y, de pie en el extremo de la rampa, contemplé cómo los familiares del bebé le recibían entre bellas escalas y entristecidos arpegios. Tuve ganas de volver a llorar, pero me contuve.

En realidad no sé cuánto tiempo permanecí allí, mirándolos hasta que se alejaron y desaparecieron en las nieblas que separan las dimensiones. No intercambiamos ni una palabra; el único mensaje que obtuve de ellos fue el gesto aquiescente de un viejo cetáceo, como dándome unas gracias cargadas de ambigüedad y amargura. Luego desaparecieron, y todo acabó.

—Los paneles del condensador ya están fríos, así que podemos continuar el viaje—me dijo Destiny cuando subí al puente—. Tengo ganas de abandonar de una vez este caleidoscopio de marras. ¿Tú no?

Pero yo ya estaba dormida.

Desperté sin mi traje espacial. Estaba en un camarote de la nave, minúsculo y funcional, tumbada en un catre. Por lo cuidado que estaba deduje que debía ser el mismo que usaba la capitana.

El traje colgaba de un perchero en un armario empotrado, junto a otras prendas de vestir de menor talla y mucho más estrambóticas. Sospeché que Destiny debía haber viajado mucho, más de lo que me había dado a entender. También había algo de comida en un panel adjunto y unas braguitas limpias al pie del catre. Agradecida, las cogí, comprobé su elasticidad con un par de tirones y, tras asearme un poco en un inodoro minúsculo, me las puse.

Mi primer impulso fue quedarme sólo con ellas y salir a recorrer los estrechos pasillos de la nave, pero me detuve; siempre ha sido una de mis aficiones preferidas andar libre de ataduras de ropa por las dependencias de mi nave. A *Aquario* no le importa, y de todos modos no está programada para sentir vergüenza o atracción sexual hacia los humanos. Pero *Preciosa* era propiedad ajena. Aquí yo era una simple invitada, y debía comportarme. Así que abrí el guardarropa y di rienda suelta a otra de mis manías: probarme vestidos.

Las medidas de Destiny eran bastante diferentes de las mías: de menor estatura, ancha de caderas, con espaldas robustas y un busto prominente y caído. Tuve que hacer volar la imaginación y complementar unos pantalones de trabajo de mecánico con una sudadera (de diseño zhintriano) que me quedaba holgada por el cuello y los hombros. Cogí uno de sus generosos sujetadores y me lo até a la espalda, reduciendo su radio. Resultaba incómodo: mis pechos flotaban en su interior como pelotas en una cesta.

Una vez vestida abandoné el camarote y llegué al puente. Destiny se afanaba en corregir la ruta.

—Hola —saludé, adormilada. Destiny me dedicó un gesto con la barbilla:

—Ah, ya estás despierta. ¿Has dormido bien?

—Sí, perfectamente. —Me desperecé con disimulo—. Gracias por las braguitas. He tenido que complementarlas con algo de tu guardarropa.

—No te preocupes, para eso está. —Frunciendo el ceño, me señaló la pantalla de radar—. Tenemos un problema.

—¿Aún no hemos llegado? —inquirí, preocupada. Pero vi que a través del plexiglás se disfrutaba de una magnífica vista de Marmolia, el planeta de los videads, en cuarto creciente. Su único satélite, Ohmius, aparecía lleno frente a su sol amaranto.

Un grupo de Medias Lunas, cazas de asalto extraorbitales en configuración de ataque, apareció por popa. Se colocaron al paio como halcones al acecho. Destiny los observó con desconfianza; había quitado el seguro de carga del arma principal, el cañón giroscópico, pero mantenía su mano lejos del disparador.

—Malditos cerdos. Ahora empiezan los problemas.

—¿Tienes permiso para navegar por este sector? —pregunté, temiendo la respuesta. La piloto asintió con fingida naturalidad.

—Claro que sí. Pero los aduaneros tienen una memoria extremadamente corta, te lo aseguro.

—¿Dónde está mi nave?

El ahusado perfil de *Aquario* no aparecía por ninguna parte. El radar, aparte de los cazas aduaneros y nosotros mismos, estaba limpio de contactos. Comencé a preocuparme: no era propio de mi nave el dejarse capturar por las buenas.

—Deben de haberla abordado en cuanto emergió a esta dimensión —meditó Destiny. Yo sacudí la cabeza con vehemencia.

—Imposible. Tiene un seguro de trampa disruptora. No podrían abrirla sin conocer la clave o destruirla, y esto... —recordé el carácter irascible de mi computadora—... les habría costado.

Se pusieron en contacto con nosotras por radio, sugiriéndonos un curso y unas coordenadas de aterrizaje si nuestros papeles estaban en regla. Destiny les comunicó la clave de acceso al sector más los datos de la nave, y comenzó el lento proceso de verificación.

—Debería estar aquí —me preocupé—. Si hubiera oído problemas habría salido por pies y venido a buscarme.

—No te preocupes —sonrió mi compañera—. Si lo que vi en la popa de tu nave cuando abandonamos Jaruppa eran dos máquinas Kerambeón, el servicio de Aduanas habrá querido confiscarlas, no destruirlas. Tu nave debe estar en algún astillero de la capital.

Destiny estaba en lo cierto. Las máquinas Kerambeón eran tecnología rescatada de una civilización perdida. Muy pocas industrias eran capaces de reproducir los complejos algoritmos y la densidad de circuitería que requería su manufactura. La mayor parte de las Kerambeones conocidas se encontraban en Mundo Joya y en los

planetas más ricos, como Marrnolia. Sus prestaciones iban desde la manipulación instantánea de materia a nivel molecular, con lo que se podía obtener prácticamente cualquier objeto o sustancia a partir de materia inerte, al control de flujo de enormes cantidades de energía para motores estelares. Yo conocía al menos tres superdeconstructores galácticos de la Guardia Púrpura que usaban esa tecnología.

Pero lo que sí era muy infrecuente era usar las máquinas en su variante de *impulsores* de energía. Ése era un secreto que el doctor Valnius, el inventor de *Aquario* y erudito en tecnología rellk, se había llevado a la tumba: en lugar de gastar enormes cantidades de energía reorganizando los enlaces moleculares de la materia, añadiendo y quitando partículas ionizadas para lograr cambios cualitativos en su composición, las máquinas de mi nave sólo generaban potentes efectos de reacción; alteraban la región de espacio que las circundaba y transformaban toda la materia de su interior en impulso focalizado en una dirección. Eso propulsaba la nave a velocidades fantásticas dentro del espacio normal, y era un secreto muy codiciado por las escasas personas que conocían su existencia. Yo había construido una carcasa de metal para proteger los impulsores cuando *Aquario* permanecía en tierra, evitando miradas indeseadas. Pero quien había visto una máquina Kerambeón una vez solía reconocer casi cualquier variante posterior.

Y Destiny lo había hecho.

—Tenemos permiso para aterrizar —me dijo, satisfecha—. Les he contado que venimos a una convención de maniqués publicitarios para presentar nuestro trabajo.

—¿Maniqués? —me extrañé—. ¿Y de dónde vamos a sacar nosotras maniqués?

Destiny me miró descaradamente de la frente a los pies, con una sonrisa pícara.

—Vamos, nena. ¿Con ese palmito? Seguro que eres capaz de pasar por cualquier cosa.

Me sonrojé. Destiny tenía razón, mi cuerpo artificial había sido creado siguiendo patrones de perfección según la moda de hacía doce años, pero la profesión de maniqué era peligrosa. No todo el mundo conocía mi cara, pero si lo que Destiny me había contado en Entrelugares era cierto, seguro que habría una foto mía en todas las comisarías de este planeta. En los mundos exteriores podía pasar por una ciudadana más, pero aquí...

—Está bien —concedí—. Pero vayamos con cuidado.

La nave-tanque penetró en el planeta como un ascua de luz, extendió los alerones para vuelos en atmósfera y descendió a siete mil pies. Rebasamos el terminador del amanecer justo unos segundos antes de que éste alcanzara la capital, Alexandreta, bautizada así en homenaje a un antiguo mito televisivo, el gladiador Alex Primero el Exterminador.

La ciudad en sí era impresionante: dos mil kilómetros cuadrados de bloques colmena de diseño estándar y docenas de pisos de altura, todos semejantes. La simetría irregular de sus calles se planificaba por distritos, no a escala humana. Desde el aire se adivinaban trazados repetitivos en el mapa de avenidas y callejuelas, pero

para notar la semejanza a ras de suelo un peatón tendría que desplazarse al menos dos o tres kilómetros.

Los barrios se disponían según racimos de bloques cuyas salidas convergían, pero entre ellos las líneas rectas no duraban mucho: cada veinte o treinta metros había una esquina; nada de líneas curvas salvo para delimitar los distritos. Eso convertía la ciudad en un gigantesco laberinto por el que circulaba un caudal asombrosamente pequeño de ciudadanos. Al verlo, me dio la impresión de que los urbanistas que levantaron semejante castigo a la Naturaleza hicieron planos basados en la premisa del divide y vencerás; el aislacionismo como bandera y la adicción masiva a los medios de comunicación de los videads transformaban la ciudad en una colmena donde la gente apenas salía a la calle, a menos que fuera absolutamente necesario. Tampoco vi a nadie caminando por los tejados de los edificios.

—Deben ser una pandilla de agorafóbicos —supuse—. Encerrados en sus casas-fortaleza toda su vida, dudo que conozcan el aspecto de su ciudad a más de un par de barrios de distancia.

—Allí está el astro puerto —cortó Destiny. Me sorprendió su tono hosco.

Preciosa sobrevoló la pista, un ancho anfiteatro llano excavado en el centro de un inmueble, y se posó con suavidad sobre un 17 anaranjado. Ambas nos preparamos, yo agregando algo más de pompa y surrealismo a mi combinación, ella enfundándose en un uniforme de camuflaje, y salimos a respirar el aire de Marmolia.

Pese a la polución que generaban las refinerías de alimentos, semejantes a las de Jaruppa, el contraste con el oxígeno enlatado de la nave nos distendió los pulmones y me hizo sentir viva.

A los diez minutos habíamos solucionado el papeleo (nadie me reconoció, lo cual me pareció sorprendente a pesar del maquillaje) y me dejé conducir a las calles por la ex contrabandista.

Noté que Destiny se movía con soltura por el trazado de la ciudad; sabía a qué distancia del centro de la calzada debía mantenerse, en qué puntos había terminales con mapas interactivos, qué canal de paseo coger para ir en una determinada dirección... Muchos detalles sutiles sobre los que no pregunté.

—Tu nave debe estar en alguno de los hangares de la Guardia Lunar destinado al aprovisionamiento de cazas —explicó—. Esas bases se encuentran en la periferia, pero no se puede acceder a su interior si no es con un permiso especial. Yo conozco a alguien de Defensa que nos podría indicar dónde la han escondido, pero no nos ayudará a entrar.

—¿Tienes contactos con la milicia de este lugar? —Mi nueva amiga era una caja de sorpresas.

Salimos del distrito del astropuerto y nos perdimos en las entrañas de la ciudad. Destiny me había advertido de que probablemente no veríamos mucha gente, y así fue: las calles se dividían en dos secciones, una calzada para vehículos rodados en tres partes de su anchura total y una cuarta parte para paseantes. No había tiendas ni

carteles ni centros comerciales. Las interminables fachadas de cemento blanco se sucedían unas a otras como lisos farallones de piedra, con sus contornos resplandecientes al sol de la mañana. Casi no poseían ventanas; sus fachadas ciegas y lisas se rompían cada varios metros con alguna salida de ventilación aislada o una tímida saetera. Como no había un bullicio mundano que provocara sonidos, daba la impresión de una ciudad dormida, una urbe fantasma llena de secretos.

Los grupos de peatones eran escasos, siempre caminando juntos o hablando en corrillos. Tanto hombres como mujeres vestían sayos largos hasta los tobillos y de colores pardos, indistinguibles unos de otros salvo por las líneas de costura. Sobre la frente y los ojos portaban monitores de frente opaco que iluminaban sus ojos con un brillo fantasmal. Una compleja circuitería surgía de las sujeciones en la espalda y el cuello y aureolaba sus cráneos rapados con hermosos arabescos de transistores. Los videads estaban constantemente enchufados a la Red de emisiones con esos aparatos portátiles, pero también hablaban entre ellos y esquivaban obstáculos al andar, por lo que deduje que una parte de la visión frontal también debía desplegarse en pantalla para su seguridad.

Me fijé en la importancia de las mascotas: muchos paseantes llevaban perros atados y los mantenían cerca al cruzar los pasos de peatón. Pero no sólo había animales; en una ocasión nos cruzamos con una anciana con un monitor de diseño rocambolesco, lejos de la moda imperante, que iba con una niña de unos quince años. Ésta caminaba al extremo de una cadena dorada que acababa en un collar de seda atado en torno a su cuello. La joven vestía unas ropas gastadas que la cubrían como una monja por delante y mostraban toda su espalda hasta el nacimiento de los glúteos. Su cabello era largo (unos dos metros de coleta anudada) y pintado en vivos colores. Cuando ya había desaparecido de nuestra vista me di cuenta de un detalle: la esclava no tenía monitor, y sus ojos nos habían observado al pasar.

—¿Cómo podemos localizar a tu contacto, Destiny? —pregunté, observando un ojo espía automático que sobrevolaba las calles.

—Vive cerca de aquí. Es una militar retirada amiga de la familia.

—Así que la conoces desde hace tiempo. ¿Es de fiar?

Destiny guardó silencio hasta que llegamos a la escalera de entrada a un bloque.

—Aquí es. Iré yo delante —dijo, y comenzó a escalar peldaños.

La mejor forma de negociar (Uno)

La terminal que el Director de Emisiones Formahl Berg eligió para que soportara su imagen durante la entrevista era parca y funcional, alejada del glamour de los habituales modelos Visualcrom de tercera generación. El protocolo exigía que cuando se firmara un volante de derechos con un invitado de peso, el acto se llevara a cabo dentro de las oficinas del Centro. No deseaba darle ninguna otra satisfacción.

La planta cuarenta y cuatro estaba especialmente atestada. Los embajadores veldars habían llegado y esperaban en un salón del ala sur. Y ya se habían producido los primeros altercados.

Uno de los veldars había destrozado una terminal secretaria, una joven de pelo rizado, porque le había sobresaltado. El bárbaro estaba apoyado en ella cuando la secretaria se iluminó y empezó a hablar, todo luces y música, y al instante siguiente había clavado un hacha de doble filo en su tubo catódico.

—Malditos animales —susurró mientras se deslizaba veloz por los pasillos alfombrados. Sus ruedecillas hacían ruido al chirriar en los giros. Le hacía falta un buen engrase, o un cambio total de soporte.

Llegó al ala sur abriéndose paso entre cámaras, terminales y cuadros de iluminación nerviosos. Todos esperaban apiñados junto a las puertas del salón Tricolor.

—A ver, déjenme pasar, por favor.

Se abrió camino como pudo y al final encontró a un guardia de seguridad.

—¿Va todo bien? —preguntó. El guardia tenía los brillos saturados por la sobrecarga de tensión.

—Uno de ellos se ha subido a la barra de bebidas y está tratando de forzar el bar.

—¿Y el camarero no ha intentado impedirselo?

—Está tratando de forzar el bar con el camarero —especificó el hombre, rabioso. Berg sintió que sus electrolitos volvían a descentrarse.

—Está bien. Abra la puerta.

—Pero, señor...

—¡Ábrala! —ordenó el ejecutivo. Su subalterno obedeció y descorrió las hojas dobles de fibra de vidrio que limitaban el salón. Al otro lado apareció gradualmente una estancia principesca, decorada con las más exquisitas filigranas traídas de los mundos del Límite, tapizada con alfombras de seda destilada a partir de infusiones de gusanos, cuadros de personajes famosos de la industria de la televisión y ganadores célebres de concursos televisados. La mayoría de los veldars se estaban poniendo morados con el aceite de los jarrones en espera de que sus compañeros violentaran el bar.

Cuando el ejecutivo entró, se detuvieron un segundo, y luego prosiguieron los chistes donde los habían dejado. Un bárbaro especialmente corpulento, de músculos fibrosos y marcados como tatuajes en la piel, se acercó a Berg con una sonrisa en los labios. Era el jefe, Gonvar Kan.

—Buenos días, mandamás —saludó, despiezando cruelmente las palabras—. Nos ha hecho esperar.

Formahl Berg aguantó el tipo. La sola presencia de un veldar ponía en peligro a cualquier otra especie que hubiese en los alrededores. Parecían humanos en su forma más elemental, pero el tinte de su piel era asombrosamente pálido, como si por sus venas no circulase sangre alguna, y el agresivo verde sin pupilas de sus ojos sólo sugería violencia. Ésa era la única pasión que verdaderamente colmaba el espíritu de un veldar. Ante tales hechos, el ejecutivo resolvió aparcarse su ira unos minutos.

—Lamento la espera, señor Kan, pero los asuntos de la Compañía...

—Me importa un bledo su Compañía —atajó el bárbaro, sin subir la voz. El cableado del ejecutivo vibraba internamente del miedo que le producía aquel ser tan primitivo—. Hemos venido a hacer un trato, y no nos vamos a quedar más tiempo del necesario. Su mundo es un estercolero y apesta a cabra degollada.

—Bueno, es cierto que el férreo y a la vez protector cemento blanco de Marmolia no se puede comparar a los majestuosos cirros de nubes de su país natal, que...

—Es un estercolero —repitió Kan.

La imagen del ejecutivo tragó saliva.

—Tiene razón, señor; es un sucio estercolero.

—Y apesta a cabra degollada.

—Y apesta a cabra degollada —repitió Berg. El bárbaro soltó una sonora carcajada y le propinó un golpe amistoso en la pantalla que dejó al ejecutivo pivotando. Luego se sentó entre sus hombres como un león rodeado por su manada.

—Negocie —ordenó.

—Les he pedido que vinieran porque estamos preparando un Especial para el día de Renovación de Emisiones, dentro de doce ciclos. —Muy rápido—: Los sondeos de mercado no son muy halagüeños últimamente y tenemos que ofrecer al público algo directo, rudo, ya me entiende. El trato que les ofrezco es que participen en el programa a cambio de una recompensa en la moneda que ustedes elijan o...

—Ra.

—¿Perdón?

—El Ra. Sabemos que lo robaron de los templos del Sol a los vasallos de Rilah. Para nosotros es una pieza cultural muy codiciada. Lo queremos... A menos que le hayan perdido la pista.

El ejecutivo activó los paneles de las cristaleras exteriores y éstos se transformaron en pantallas. Toda una pared del salón se convirtió en un mosaico de imágenes que mostraban una cámara subjetiva deslizándose por unos túneles. Muchos lagartos y humanos enfundados en trajes ignífugos corrían desesperados en

pos de una enorme criatura de fuego que dormía plácidamente junto a una grieta. Parecía una operación de recuperación cara y a gran escala, con el logo de la Compañía danzando en una esquina.

—Lo volvimos a capturar en cuanto la actividad sísmica cesó —explicó Berg, orgulloso—. Ahora viaja en un tanker biohazard hacia aquí, bien custodiado por nuestros científicos.

—Eso formará entonces parte del pago —y añadió—: Otra cosa más; un blindado espacial. Uno de esos Buletinadores suyos, armado hasta las clavijas y con varios quintales de munición. Con capacidad de asalto en áreas civiles y transmisión de datos vía satélite. Quiero disfrutar de mis propios espectáculos.

Formahl tembló. Un Buletinador. ¿Acaso quería aquel psicópata montarse sus shows privados a costa de la Compañía? ¿Y qué clase de parrilla emitiría una emisora pirata en manos de seres como ellos? No, era demasiado peligroso. Nada plausible ni realista.

—Es que no podemos...

El cabecilla de los bárbaros aplastó una botella de champán con la mano, ignorando las esquirlas.

—Creo que se podría arreglar. —Bien visto, el plan era perfectamente plausible y realista. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?—. Este... ¿Lo quiere en colores vivos?

El bárbaro sonrió.

—Muy bien —siseó, inclinándose hacia Berg—. ¿Qué tenemos que hacer?

La ascensión pareció interminable. Destiny no había querido llamar la atención usando uno de los escasos ascensores y tuvimos que arrastrarnos a lo largo de treinta pisos y unos cuatrocientos escalones. El contacto de mi compañera resultó vivir en el último, y como la escalera daba al exterior, al menos pude disfrutar de la vista.

Marmolia me seguía sorprendiendo. Allí arriba hice balance de algunos detalles que pasé por alto en el nivel de la calle, como la sorprendente homogeneidad de la altura de los bloques; todos los edificios comunes acababan bruscamente a una cota determinada, en amplias terrazas vacías circuladas por enormes tuberías y racimos de cables eléctricos, que en muchas ocasiones servían para abastecer varios edificios con el mismo tendido. Esto creaba un sistema arterial de abastecimiento que enmarañaba toda la ciudad, partiendo de los centros claves como centrales de energía, refinerías de alimentos o un tipo de edificios elegantes y afilados, rematados por agujas de cristal, que salpicaban el mar de hormigón como islas de vanguardismo.

Iba a preguntar a Destiny por la finalidad de tales construcciones cuando, milagrosamente, la escalera acabó. Delante se abría un corto pasillo con vistas al exterior, flanqueado por una ramificación de los cables que bajaban de la terraza. Sólo había dos puertas, una a la mitad y otra al extremo. Hacía tiempo que el brillo de

sus pomos y niquelados había pasado a mejor vida. Destiny ignoró la del centro del pasillo y se dirigió a la otra. Pegó el ojo a la mirilla, atisbando en busca de sombras, y comenzó a tocar una clave (a mí me parecía algo aleatoria) con los nudillos.

Mientras esperaba, me asomé a la baranda. Treinta pisos a plomo, acabados en una acera limpia como el mármol. Giré la cabeza. Hacia arriba no quedaba mucho espacio: el racimo de cables, de casi dos metros de grosor, descendía por la fachada y desaparecía dentro de ésta tras rebasar nuestro nivel. Me pareció interesante el detalle de las terrazas vacías, y pensé que para gente que vive su vida encerrados en un habitáculo viendo la televisión y jamás sale de su bloque de viviendas, quedar repentinamente expuesto por encima del mar de cemento, contemplando cómo éste se extiende hacia un horizonte plano, y sentir el viento en el rostro debía ser una experiencia aterradora.

—Cuidado —susurró mi amiga—. Aquí viene.

Escuché unos pasos al otro lado de la puerta, rápidos y sigilosos. Un segundo de silencio y nuevos golpecitos, esta vez de respuesta. Destiny sonrió y volvió a tamborilear en la puerta con los nudillos. Me parecía estúpido, pero me crucé de brazos y esperé con calma a que acabaran. Al rato oímos descorrerse varios cerrojos pesados y la hoja se abrió. Una cabeza de hombre apareció por un extremo.

—Vamos, pasad —invitó, vigilando la escalera—. No os quedéis ahí.

Destiny pareció confundida, pero me agarró del brazo y nos introdujimos en el apartamento.

Era una estancia diminuta y caótica, que reunía varias funciones domésticas a la vez. Vi una cocina... y lo que nacía a su lado parecían muebles de despacho, convenientemente encajados para hacer sitio a las piezas del lavabo. La habitación apestaba a formol y estaba escasamente iluminada. El componente principal de la casa era un monitor de televisión, limpio y cuidado, que ocupaba un lugar preferente junto al inodoro. Estaba encendido.

La persona que nos había permitido pasar era un hombre de mediana edad, calvo y con marcas del monitor portátil en el cuello y los hombros. Vestía una horrible bata a cuadros y unas polainas de conejo. Pequeño y encorvado, parecía tener su lugar ideal en la decoración de la casa, entre otros cachivaches. Cuando estuvimos dentro pasó tres pestillos y dos candados, y se volvió hacia Destiny con una sonrisa.

—¡A mis brazos, hermosa! —exclamó, apretujando a Destiny con pasión. Mi amiga parecía confundida, y me dirigió una mirada desconcertada. Yo escribí en mis labios: *¿Qué ocurre?*, pero no me respondió. Estudió con atención los ojos de nuestro anfitrión, como reconociéndolos a medias.

—¿Susan? —preguntó. El hombre asintió, emocionado.

—¡Sí, soy yo!

—Pero, ¿qué te has hecho? —se asqueó mi amiga, liberándose de su abrazo. El hombre se abrió la bata.

—Me he hecho la cirugía estética. ¡Tratamiento corporal completo y garantizado por seis años, más un plus de tolerancia a la diabetes! ¿Te gusta?

Mi amiga y yo nos cubrimos los ojos con la mano, sonrojadas. Atisé algo diminuto y alargado que colgaba fláccidamente entre sus piernas, en medio de una frondosa mata de pelo, pero preferí esperar a que se cubriese de nuevo antes de abrir los ojos.

—¿Qué? —balbuceaba Destiny—. ¿Co... cómo? ¿Por qué? ¿Para qué?

—Bueno, deja que me presente; ahora soy Rudolf, y trabajo instalando cajas de corriente. Es un trabajo muy tranquilo y bien remunerado. Y —bajó la voz— me sirve para fiztruchar mejor, ya me entiendes —guiñó un ojo. Si mi amiga entendía algo, sus cejas elevadas no lo demostraban lo más mínimo.

—Destiny —llamé. Ella se recompuso.

—Oh, sí. Espera. Bueno; Susan, eh... Rudolf, te presento a Piscis. Piscis, ésta es la amiga de la que te hablé, quiero decir...

—No te preocupes —zanjó Rudolf—. Es normal que la gente que conocía mi vida anterior se sorprenda la primera vez. Estoy acostumbrado.

—Pero, ¿por qué...?

El hombre se sentó en el inodoro, invitándonos a ocupar el diminuto sofá central.

—Es cuestión de principios. Tu amiga...

—Es de confianza, no te preocupes. ¿Por qué, por el amor de Dios, te has hecho semejante barrabasada, Susan?

—Llámame Rudolf, por favor. Es más cómodo. —Carraspeó como un varón—. Me lo hizo un comerciante de órganos en el Zoco de Irsaláh, hace dos años. Cobró una pasta, pero los resultados saltan a la vista. —Me guiñó un ojo con picardía.

—¿Y lo de la instalación de cajas?

—Las cosas se pusieron duras por aquí cuando te fuiste, Destiny. La organización cada vez cuenta con menos miembros y estamos peor comunicados. Hace por lo menos tres meses que no nos colamos en las ondas, porque los traspondedores los tiene mi primo, que antes se ocupaba de la violación de códigos de los emoticones, y aún no me los ha devuelto. —Su rostro reflejó una profunda depresión.

—¿Organización? —pregunté. Fue Destiny quien respondió:

—Hay un movimiento de resistencia contra la programación conductista de varianza Skinner por el método Stravinsky, que es el que utiliza la Compañía. Está formado por gente que se ha dado cuenta de la terrible manipulación que conlleva el modo de vida de los videads, y pugna por sabotear las emisiones.

—Esos malnacidos engañan a la población, nos explotan desde que nacemos y prometen un mundo idílico de paraísos transmitidos por cable, pero en realidad sólo nos roban nuestra humanidad —expuso Rudolf, viviendo cada palabra—. Nos estabulan como ganado en estos bloques de cemento y nos dan diversión y comunicación social fáciles, radiándolas entre los 100 y los 500 megaherzios. Sus telenovelas mantienen una ilusión de vida social entre bastidores, pero en realidad no

hay nada. La gente que aparece sonriendo y ganando dinero a espaldas en los concursos se convierten en ídolos de masas, pero no tienen dónde gastarlo. Hay 1.126 canales, controlados por el duopolio de VHH, Austin Motors y varios consorcios independientes, y todos quieren su cuota de mercado. Es un infierno en la Tierra —escupió. Miré a Destiny.

—Susan... Rudolf —corrigió— era cabecilla de la resistencia cuando yo trabajaba con ellos. Pasé un par de años saboteando las antenas del distrito 529 —recordó, con una sonrisa. Parecían estar hablando de buenos tiempos.

—Pero te fuiste. Y nunca me llamaste para darme siquiera una explicación.

Destiny bajó la vista.

—Fue una decisión forzada, Rudolf. Me buscaban, ya no podía ocultarme bajo ninguna identidad. Era excesivamente peligroso, y tenía otras prioridades. No había forma de que pudiera quedarme sin que me descubrieran.

—Ya, como nosotros. —La voz de Rudolf adquirió un tono amargo. El abundante vello de su pecho asomó por la abertura de la bata—. Huiste, cariño. Lo mires como lo mires, ésa es la verdad. Nos dejaste tirados... si es que los otros rumores no eran ciertos.

Destiny se envaró, las mejillas iluminadas por la vergüenza. Sus ojos se humedecieron.

—Eso es una calumnia —silabeó—. Fue un rumor que extendió Ana, del 340. Ella me odiaba, y tú lo sabes.

—Pero hubo gente que te vio entrar en el Palacio de Gobierno en varias ocasiones, y que conste que no te estoy acusando de nada —acusó Rudolf, haciendo aspavientos. Destiny parecía tan confundida que tuve que intervenir:

—¿Palacio de Gobierno? ¿Es uno de esos edificios con forma de aguja?

—Sí, bueno —tartamudeó Rudolf—. Hay varios que sirven en realidad como centros de emisión para su bazofia, pero en lo que llamamos la cúpula central tienen un ala que dedican al papeleo. Ya sabes, toda la inmensa burocracia que conlleva una empresa que debe transmitir entrevistas, concursos y documentales instructivos 26 horas al día, 340 días al año.

—Corrió un rumor poco antes de mi partida —resumió Destiny, con la voz afectada—, sobre mi presunta traición a la resistencia. Alguien vino con el cuento de que me había visto entrar varias veces en el Gobierno con material delator. —Le tembló un poco la entonación—. Entonces hubo algunas redadas especialmente cruentas y algunos amigos desaparecieron. Ni siquiera se molestaron en teletransmitir sus ejecuciones para la población. No querían darles publicidad para que la gente no supiera que existía un movimiento.

—Creyeron que les habías traicionado —afirmé. Rudolf se movió incómodo sobre el inodoro.

—Exacto. Nadie pudo probarlo nunca, pero...

—¡Por supuesto que nunca pudieron probarlo! —terció Destiny.

—... Pero ya nunca pudiste volver a gozar de la confianza de la administración. Poco después de la desastrosa redada, esta bella contrabandista puso pies en polvorosa. —Sus ojos se enternecieron—. Si te sirve de algo, amiga mía, yo también hubiese hecho lo mismo. En semejantes circunstancias, la huida no es una opción cobarde.

Un tenso silencio flotó un minuto en el ambiente. Lo rompió Destiny, secándose las lágrimas con la manga.

—He vuelto para pedirte ayuda. Pero si me la vas a negar...

—Yo no he dicho eso —puntualizó Rudolf. Sus miradas se sostuvieron un momento, y hasta yo me relajé cuando Destiny comenzó a exponer mecánicamente su plan:

—Esta chica ha perdido su nave, una maravilla que los aduaneros de la Guardia Lunar deben de haber requisado. Tendría que estar escondida en alguno de los hangares del distrito 400.

—¿Una rosada con dos motores Kerambeón en la popa? —preguntó Rudolf. Mi compañera y yo nos quedamos anonadadas.

—¿La conoces? —pregunté ansiosa.

—La resistencia aún mantiene sus canales de información —explicó con altivez—. Esperad un segundo.

Ante nuestras caras asombradas, el cabecilla de la resistencia se levantó del inodoro y abrió su tapa. Cogió una vieja radio de un estante y pegó el altavoz al desagüe. Manipulando el dial, hizo reverberar unos chasquidos de estática por el caño.

—Alfa 356 código 12, responde —llamó, muy serio—. Alfa 356 código 12, active transpondedor hiposoelectrico, cambio. —Ruido de interferencias.

De repente otros chasquidos resonaron surgiendo del caño, reverberando en las tuberías, empalmes y canalillos tras las paredes. Rudolf se inclinó, introduciendo toda la cabeza en el inodoro, y lanzó un grito que nos asustó:

—¿ALFA 356, ESTÁS AHÍ?

La respuesta tardó unos segundos en llegar. Empezó como un temblor tras las paredes que la propia taza del water moduló como la membrana de un altavoz. Pudimos distinguir la voz de un hombre:

—*Te oigo, líder. Informa 356 reportándose sin novedad.*

—¡MUY BIEN! ¡ESPERA INSTRUCCIONES!

Destiny y yo nos miramos.

—Ya está —sonrió Rudolf—. Éste es mi contacto en la Guardia Lunar. Él nos podrá decir a dónde se llevaron tu nave.

—Este... ¿Es un sistema de comunicación fiable, Rudolf? —pregunté. Él pareció ofendido.

—Pues claro. ¿Quién demonios crees que puede estar perdiendo el tiempo con la oreja pegada a una tubería de desagüe?

Lógico.

—QUIERO QUE ME DIGAS DÓNDE ESTÁ LA NAVE DE LOS KERAMBEÓN —gritó por el inodoro—. A DÓNDE SE LA HAN LLEVADO. ¿COPIAS? Leches, qué cansado es este sistema.

—*Te copio, pero hay malas noticias: cruzó la frontera esta mañana, rumbo al desguace. Creo que la van a desmontar para recuperar las máquinas.*

Rudolf se mesó la pelusilla que le crecía en el mentón.

—Oh, oh...

—*Y eso no es todo; he oído que el propio Formahl Berg está interesado en quedársela para su colección. Si te interesaba, ya puedes ir despidiéndote de ella. El hangar 22 es inexpugnable, corto.*

—¡GRACIAS, ALFA 356! ¡CAMBIO Y CORTO! —Rudolf se volvió hacia nosotras—. Ya lo veis. Es imposible recuperarla. Lo siento, pero otra vez será.

—¿Cómo? —reaccioné—. ¿Qué significa imposible? ¿Qué es eso del hangar 22?

—Está emplazado dentro de la fortaleza central de emisiones —intervino Destiny—. Es el cuartel general de VHH. Intentar entrar es un puro suicidio. Esos muros están más vigilados que la mayoría de los cuarteles que conozco.

Me puse en pie, enfadada.

—No me digáis que nada es imposible. Odio esa palabra. Seguro que hay alguna forma de hacerlo. ¿Se ve desde aquí la fortaleza?

Rudolf volvió a colocar la radio en el estante.

—Sí, Piscis, pero ni siquiera la resistencia ha podido franquear nunca esos muros.

—Eso es porque no lo habéis intentado con suficiente entusiasmo —sonreí—. Enséñamela.

Salimos de nuevo al pasillo (nuestro anfitrión lo revisó primero mediante un extraño periscopio conectado a la mirilla de la puerta), y nos asomamos a la baranda. Sobresaliendo justo por encima del bloque vecino refulgía con las luces de la mañana un pico dorado, erizado de antenas de transmisión y parabólicas truncadas.

—Allí está —dijo Rudolf, en voz baja. No cesaba de mirar nerviosamente a la escalera—. Ése es el Palacio Catódico; en él se encuentran las oficinas de los ejecutivos y el radioemisor central. Nuestro objetivo desde hace años.

—¿Por qué miras tanto hacia la escalera?

—¡Sssshhh! —siseó, haciendo gestos para que bajara el volumen—. Nunca se sabe cuándo la Guardia Lunar decidirá poner en marcha otra redada.

—¿Y qué harás si ocurre? —Miré a mi alrededor—. Aquí no hay más salidas que ésa.

Rudolf iba a replicar, pero cerró la boca meditabundo. Luego se concentró en la torre.

—Hay tres anillos de defensa. El primero es administrativo: los permisos para ingresar en el edificio los expide directamente la administración de la Compañía, y son para empleados y personas de total confianza. —Torció el gesto—. Hasta ahora

no hemos podido lograr una falsificación de los pases suficientemente convincente. El segundo anillo lo forman los Guardias Lunares con sus tanques y ametralladoras. Es un poco menos tolerante pero está al servicio del anterior. Generalmente no disparan sobre uno hasta que la administración comprueba la identidad del intruso y los motivos por los que está allí.

—Sí, pueden pensar que es un invitado sorpresa a uno de sus asquerosos espectáculos de realidad —terció Destiny.

—¿Y el tercer anillo?

Mis contertulios se miraron.

—Ése es el más peligroso.

—En efecto —confirmó Rudolf—. Se trata de una tormenta de emoticones.

Arrugué la frente.

—¿Una qué?

—Una nube de emoticones —dijo Destiny—. ¿Cómo explicado?

—Hace dos décadas estuvo de moda un concurso llamado *Quien no corre vuela*, que consistía en aguantar una serie de emociones inducidas mediante la estimulación de las zonas del cerebro adictas a las ondas UHF de los monitores —contó el cabecilla—. Pero el experimento salió mal, y pronto las invitaciones para asistir al programa decayeron.

—No podían controlar la intensidad de las emociones —continuó Destiny—. Los concursante experimentaban estados de euforia seguidos de profundas depresiones e histerismo. Al principio se suicidaban una o dos semanas después de haber participado, y así nadie se enteraba. Pero pronto comenzaron a destrozarse a sí mismos en directo, y el índice de audiencia...

—¿Bajó? —pregunté. Destiny levantó una ceja.

—¡Qué va, aumentó! Pero hubo polémica y enfrentamientos con las organizaciones en Pro de la Moral, las APMs.

—Eso fue antes de que las declarasen ilegales y recluyeran a sus integrantes en campos de concentración —escupió Rudolf.

—Pero se dieron cuenta de que habían dado con un arma terrible y destructiva. Los emoticones son descargas concentradas de emociones activas: ira, miedo, odio, celos, vergüenza, amor...

—¿Amor?

—El amor puede ser una pulsión infinitamente más destructiva que el odio —se defendió mi compañera. Yo no repliqué.

—Ninguno de nuestros hombres ha logrado penetrar el escudo de emociones —se lamentó Rudolf—. Y lo hemos intentado con los métodos más revolucionarios: inducción mental, abstracción prana-bindu, cogorzas letales... nada funcionó.

—¿Lo habéis intentado muchas veces? Pero, ¿no había que sortear dos anillos defensivos antes de llegar a ése?

—Bueno, es que construimos un túnel y pasamos por debajo —se excusó Rudolf.

Parpadeé. Iba a preguntar algo cuando noté la vibración. El cabecilla, paralizado en un rictus de terror, balbuceó:

—Oh, Dios mío. La redada. Lo van a hacer de nuevo.

Y entonces explotó la pared

Fue la que soportaba el estante sobre el inodoro. Se vino abajo en una nube de polvo y fragmentos de estanterías, a través de la cual vimos el brillo intenso de un ojo carmesí. Unas ruedas articuladas al extremo de brazos de titanio atravesaron el agujero y se clavaron en la moqueta, destrozando el sofá.

El Buletinador introdujo su corpachón de seis metros en el piso de Rudolf, aplastando su sistema de reverberación analógico-acústico integrado (el water), y encuadrándonos en plano general con sus cámaras de 40 milímetros.

Yo fui la primera en reaccionar. Cogí a Destiny por el brazo y la arrastré al vano de la escalera, pero no pude seguir: un grupo de soldados sudorosos escalaba los últimos pisos empuñando fusiles térmicos.

Maldije en silencio y analicé rápidamente la situación. Piso treinta, todas las salidas ocupadas, soldados armados hasta los dientes y una máquina con ínfulas de director de cine. Genial. De un salto me asomé por la baranda y contemplé la caída a plomo hasta la calle.

—¡Estamos atrapadas! —gritaba Destiny.

—¡Yo no tengo nada que ver! ¡No quise romper aquella antena de microondas con mi escopeta! —sollozaba Rudolf, recuperando unas formas muy femeninas en esos momentos de tensión. El Buletinador se acercó a la puerta del apartamento, contrayendo sus extremidades en un movimiento antropomórfico, y se dispuso a salir al pasillo.

Mordiéndome la lengua, agarré a mis compañeros y eché a correr por el pasillo. Éste rodeaba en semicírculo la última planta del bloque, pero sólo tenía un acceso a la escalera y las puertas del ascensor estaban protegidas con un candado de seguridad. Corrimos hasta el otro extremo, simétrico a la porción donde vivía Rudolf, y dimos contra otra puerta cerrada. Los soldados no tardarían en llegar.

—¡Abran, ábranos la puerta, por favor! —chillaba Destiny, golpeando la puerta con los puños.

—¡Destiny, tu arma! —grité. Mi compañera, con el pulso tembloroso, desenfundó la pistola positrónica y apuntó con ella a la cerradura. Con renovadas energías, apretó el gatillo, cubriéndose la cara por si explotaba en astillas.

Pero el arma no disparó. Un tímido brillo centelleó un segundo al extremo del cañón y el arma quedó en silencio.

—¡Maldita sea, no te descargues ahora! —gritó—. Ahora no, no, maldito trasto asqueroso.

Hasta nosotros llegaba un estruendo de paredes aplastadas y ladrillos desmenuzados: el Buletinador avanzaba a trompicones por el estrecho pasillo. Los

soldados, extenuados por la carrera escaleras arriba, esperaron a que pasara por delante del acceso. El ascensor, cargado con más hombres, comenzaba a abrirse cuando el furioso estudio de televisión andante aplastó las puertas en su empeño por atravesar cuanto antes el pasillo. Yo me permití una media sonrisa.

Estábamos teniendo suerte, pero no duraría. Le quité a Destiny la pistola y la empujé hacia la baranda.

—Por aquí, es nuestra única posibilidad. Encárgate de que Rudolf nos siga.

—¿Qué? —Estupefacta, Destiny me vio saltar al otro lado de la baranda, hacia el vacío.

Por aquel lado del edificio también colgaban racimos de cables que llegaban desde la azotea, bajaban unos metros por la fachada y desaparecían luego en el interior del último piso. Procurando no mirar abajo, aparté mis pies de la baranda y me balanceé, tratando de alcanzar el anillo de metal que los sujetaba. No llegué: había demasiada distancia. El mazo de cables bajaba aún casi dos metros y luego se curvaba hacia dentro.

Gruñendo, mordí la pistola de Destiny para que no se me cayera y me balanceé con más ímpetu. No podía llegar, pero aún había una posibilidad de...

No. Evité pensar en lo que iba a hacer, porque me habría echado atrás. Cerré los ojos, conté hasta tres, y justo cuando la masa metálica del Buletinador dobló la esquina del pasillo, me lancé al vacío.

Fueron los cuarenta centímetros más aterradores de mi vida. El grito horrorizado de mi compañera me acompañó durante el escaso medio segundo que estuve suspendida en el aire, volando hacia los cables, y se extinguió cuando mis manos se aferraron al anillo de sujeción.

Había descendido los dos metros de margen que me daba el cableado en mi salto, y debajo no había absolutamente nada. Cometí el error de mirar por reflejo y casi me desmayé: abajo (pero que *muy* abajo) corría el geométrico trazado de la calle, con apenas un grupito de transeúntes, unos vehículos que avanzaban con mucha parsimonia mientras sus ocupantes veían la tele, y un par de ojos espía volando unos metros por encima de sus cabezas. Haciendo acopio de fuerzas, esperé unos segundos mientras me afianzaba al anillo. Sentí que mis dedos se enfriaban y enrojecían por el esfuerzo de sostenerme. Gimiendo, me encaramé y cabalgué verticalmente sobre el racimo de cables, rompiendo uno a golpes con la pistola. A un metro escaso, Destiny me contemplaba alucinada.

—¡Agárrate a esto! —ordené, lanzándole el extremo del cable partido como una liana.

No sé cómo lo hicimos, pero unos minutos después los tres estábamos en la terraza, jadeando y recuperándonos de la impresión.

—Eso... —balbuceó Destiny—... ha sido... ha sido...

—Increíble —coroló Rudolf.

—Estúpido —corrigió ella, mirándome a los ojos—. Increíblemente estúpido.

Entonces se acercó a mí y me abrazó con fuerza durante unos segundos, como si el calor de mi cuerpo la depositase con más fuerza en la realidad. Yo, que aún trataba de recuperar el aliento, sonreí y le di unas palmaditas en los hombros, agradeciéndoselo.

—Debemos damos prisa —sugirió Rudolf, con un gesto femenino adueñándose de su mano derecha—. Me parece que no hay conexión directa entre la terraza y los pisos, pero tienen fuerza aérea —y señaló varios ojos espía que sobrevolaban inquietos la torre central de transmisiones como moscas en torno a la lumbre.

—A mí me preocupa más eso —indiqué, asomándome por el alféizar. El Buletinador había salido al exterior del edificio, anclando sus patas acabadas en garfios que circundaban las ruedas, y escalaba lentamente la fachada como una araña de cromo.

Corrimos como almas que lleva el diablo, alcanzando el final del bloque y usando la madeja arterial de cables como puente para pasar al siguiente. No vimos a nadie en el inmenso mar de cúspides de edificios color mármol. Pero el Buletinador, incansable, nos seguía de cerca.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Destiny, corriendo a mi lado.

—Tenemos que despistar al Buletinador —expliqué—. Luego intentaré entrar en el Palacio Catódico para recuperar mi nave, y zanjar de una vez mi «contrato» con Fomahl Berg.

—¿Aún sigues queriendo entrar? —jadeó Rudolf, alcanzándonos—. Destiny, he conocido mucha gente loca de remate en mi vida, pero tu amiga bate todos los récords.

—Sí, es algo que me dicen muy a menudo —sonreí. La sombra del Buletinador se extendió sobre el asfalto del callejón como una mancha de aceite. Paró dos veces, rastreando las fachadas circundantes y las saeteras de los primeros pisos, y se puso en marcha de nuevo.

Tras sobrepasar nuestra vertical, sus miembros se contrajeron concentrando cinética en los actuadores, y cruzó la calle de un salto, afianzándose con los garfios de sus patas en el bloque de enfrente.

Los tres fugitivos salimos de debajo de un container de basura, asomando tímidamente las cabezas. Luego las volvimos a esconder.

—Vamos —susurré—. Con mucho cuidado.

—Atchís —estornudó Destiny. Le di un coscorrón.

—¡He dicho silencio! —Miré a la calle—. ¿Dónde vamos ahora?

Rudolf señaló el edificio de enfrente.

—Allí está el laboratorio. En el bloque anexo viven los científicos que nos proporcionan el material para inducir interferencias en la señal de televisión, pero el bloqueo militar nos cierra el paso. Es mejor no arriesgarse e ir directamente al labo.

Hice recuento de las distancias.

—Oye, Rudolf —dije—. ¿Te has fijado en que todos los de la resistencia vivís en bloques colindantes?

—Claro —se defendió él—. ¿Cómo se puede coordinar un movimiento de resistencia popular si no es con tus vecinos?

Me guardé mis comentarios y eché a correr por los callejones. Destiny y su amigo me seguían a corta distancia. Sorteamos varios grupos de videads que paseaban zigzagueando por la acera y llegamos a la entrada del edificio del laboratorio. No se diferenciaba prácticamente en nada de la torre en la que habíamos estado antes. Enfrente de ésta, un cordón militar aislaba el bloque de Rudolf; los hombres adoptaban poses altivas e interrogaban a los asustados vecinos mientras una multitud de cámaras y ojos espía filmaban la escena sin perder detalle. La horrenda máquina que nos perseguía había desaparecido de la vista.

Tras un minuto de desconcierto en que esperamos una distracción de los guardias en su vanagloria televisiva (a saber cuántos de ellos se estarían viendo a sí mismos en directo en sus pantallas), nos deslizamos delante de sus narices al interior del edificio.

Corrimos escaleras arriba. Nos apelotonamos escaleras abajo. Rudolf se confundió de pasillo y nos llevó rumbo al ala equivocada. Pero al fin, sumergiéndonos en un sótano húmedo y gris y lleno de polvo, irrumpimos en el laboratorio clandestino.

Era un cuartito de no más de nueve metros cuadrados, lleno a rebosar de probetas, medidores, agujas esterilizadas de un palmo de longitud, monitores portátiles desmontados y puzzles a medio acabar. Un televisor proyectaba destellos de baja resolución sobre un anciano ataviado con una bata que dormitaba en una mesa llena de herramientas de cirujano. Cuando entramos, el hombre reaccionó, volvió hacia nosotros sus cejas lampiñas y sonrió.

—¡Rudolf, qué alegría verte! —exclamó, y abrazó cariñosamente a nuestro guía.

—Zonppapas, te traigo nueva carne para el Movimiento —dijo éste, pletórico. El viejo nos examinó de arriba abajo, y una expresión lasciva descubrió sus dientes. Rudolf se apresuró a corregir—: ¡No, no! No son prostitutas. Esta vez vienen a unirse a la cruzada.

—Oh. —El anciano pareció un poco decepcionado, pero al instante recobró la compostura. No perdía de vista mis caderas—. Está bien. ¿Han pasado por el rito de iniciación?

—No, pero...

—Rudolf... —amenazó Destiny.

—... Pero no creo que haga falta. En mi opinión, y viendo su arrojo en la batalla y su talante inquebrantable frente a la adversidad, son dignas de ingresar en la gloriosa Resistencia de Marmolia.

—En la asociación de vecinos —corregí.

—¿Perdón?

—Nada. Que cuándo vamos a atacar. Mi nave puede estar siendo desmontada en estos momentos, y quiero estar allí si eso sucede. Tengo que entrar en el palacio, y debo hacerlo *ya*.

El viejo me miró con admiración.

—Qué ímpetu. Me recuerda a una chica que conocí en mi juventud, cuando...

—Basta ya —interrumpió Rudolf, colocándose junto al monitor encendido—. Zonppapas, activa el sensoespía.

El anciano se sentó frente al televisor y manipuló diestramente sus diodos y resistencias, cambiando el patrón arborescente de los circuitos para que filtrase una determinada longitud de onda. Poco a poco, entre la niebla de estática apareció una imagen: la muralla de un castillo vista desde fuera, rodeada por una nube de energía que hacía destellar misteriosas gotas de lluvia sin equivalente en el exterior.

—Son rayos cósmicos —apuntó Zonppapas, tratando de dar nitidez a la visión—. Centellean cuando atraviesan el campo de emoticones.

—¿No es eso un tanque G2? —señaló Destiny. Toda una esquina del cuadro estaba oscurecida por la sombra del blindado. Rudolf asintió.

—Sí, pero está delante de nuestro punto de salida —circundó con el dedo una diminuta mancha en la imagen justo tras las orugas del tanque—. Ésta es la boca de salida del alcantarillado, la que usamos para rebasar el cordón militar. Desde aquí a la frontera de la nube no hay más de una docena de metros, fáciles a últimas horas de la noche, cuando los soldados están cansados y ninguno se molesta en controlar el perímetro.

—Pues entraré por ahí —decidí, entrecerrando los ojos. Había algo que no me gustaba.

Zonppapas sonrió y se deslizó hacia la esquina del sótano donde se amontonaban las agujas esterilizadas.

—Esto —explicó, cogiendo una—, son punzadores jaruppanos inductores de sensaciones. Se usan en sensoterapia para estimular determinadas zonas de los centros nerviosos y generar, mediante sutiles aportaciones de energía eléctrica, estados de emoción controlados.

—¿Emoción?

—Ajá. Lo que hacen los emoticones directamente sobre el glándulo linfotalámico fungiosforme superior. —Yo parpadeé—. Pero concentrado en los nodos de dendritas que forman racimos importantes en tu columna vertebral. Inducimos emociones controladas que puedan invertir el influjo de los emoticones.

—¿Contrarrestándolo? —pregunté. El anciano sacudió la cabeza.

—¡Eso es del todo imposible! Una vez generado un estado de sensaciones, debe fluir hacia alguna parte. No hablamos de fuerzas mecánicas que se puedan disipar alegremente en forma de luz o calor. —Comenzó a pasear en círculos por el sótano con aire meditabundo—. No, el problema de los sentimientos humanos es que no pueden *no servir* para algo.

—O sea, que hay una sobrecarga nerviosa —meditó Destiny. Zonppapas torció el gesto.

—Más o menos. Los cob... ejem, los valientes soldados que lo han intentado hasta ahora...

—Los que han sobrevivido —puntualizó Rudolf, de fondo.

—Los que han sobrevivido —Zonppapas emuló el tono afeminado de su jefe—, han contado que, literalmente, no sabían por qué se sentían tristes, alegres o deprimidos en un momento dado, y a un nivel de profundidad inusitado.

—¿Inusitado?

—Romper el influjo de cuatro mil kilowatios de emoticones concentrados no es tarea fácil, preciosa —se burló el anciano—. Hace falta inducir una enorme cantidad de estimulación en los centros nerviosos para generar un flujo sensorial contrario. Si la potencia de la contraemoción es correcta y logramos dirigida en el sentido adecuado, lo cual viene dado por el tipo nuclear de la fuerza inducida por el enemigo y su porcentaje de espín al cuadrado —hizo cuentas con los dedos—, al final podríamos poner a un ser humano en Ohmius. Garantizado, en caso de que sepa qué hacer con todos sus sentimientos.

—A lo mejor no es necesario que vayas tú, Piscis —dijo Rudolf, contemplando el monitor—. ¿Teníamos alguna incursión prevista para las tres?

Zonppapas consultó su reloj de pulsera y se acercó al monitor.

—¡Por las estrellas, lo había olvidado! ¡Teníamos un voluntario esperando para el mediodía!

—¿No dijo que la mejor hora de incursión era de madrugada? —le susurré a Rudolf.

—Mientras se digiere la comida también es buen momento —contesté—. Lo importante es pillarles con la guardia baja.

En la imagen, la tapa de alcantarilla se descorrió, y por ella vimos surgir un joven con el torso desnudo y atravesado por largas agujas. Éstas iban conectadas mediante finos alambres de cobre a una batería con antena que portaba en el cinturón. El joven hizo una señal más o menos en nuestra dirección, como si supiera que le observábamos, y se lanzó a correr hacia la niebla.

—Mira que les tengo dicho que no hagan eso, que nos pueden descubrir —graznó Rudolf—. Pero no sé qué manía les entra, que todos se creen que están en un concurso.

Observé cómo el joven sorteaba sin problemas el terreno hasta la niebla, y cómo penetraba en ella con pasos inseguros. Inmediatamente sucedió algo: multitud de entes de luz se aglutinaron como coágulos cancerosos en el plateado de la nube y cayeron sobre él. Zonppapas manipulaba unos diodos de su mesa de control, enviando señales de radio a la batería que cargaba el audaz soldado. Como si en sus manos sostuviera una batuta, el anciano comenzó a orquestar una sinfonía de

descargas eléctricas controladas en los centros nerviosos del joven, que trastabillaba a cada paso. Los rayos cósmicos llovían sobre él como ascuas de luz candente.

—Sólo tiene que caminar veinte metros. Es el ancho de la nube —explicó Rudolf, sin parpadear—. Si logra rebasar ese punto, los emoticones perderán su fuerza.

—Si llega —precisó Destiny, cruzando los brazos.

El joven rebelde avanzaba paso agónico tras paso demencial, y parecía que iba a conseguirlo. Los fantasmas emocionales volaban sobre él y trazaban círculos, y yo los imaginé susurrándole secretos terribles, provocando turbación, náusea... lo que me producían a mí las historias de miedo en las frías noches de Zhintra.

—Lo está consiguiendo... —susurró Destiny. En la pantalla, el joven hacía titánicos esfuerzos por ganar cada metro. Las expertas manos de Zonppapas bailaban con suma precisión en la consola de diodos, infligiendo diferentes pasiones: humor, ira, desprecio, un directo de miedo seguido por una finta de celos edípicos... La lucha era cruenta, y el campo de batalla las neuronas del soldado.

De repente el joven se derrumbó, lanzando gritos silenciosos (no nos llegaba banda de audio). Rudolf se inclinó sobre la pantalla. Los emoticones se reunieron en una bandada letal con forma de cuervo y se lanzaron a picotear al soldado. El joven gritó, y sus ademanes sugerían rechazo hacia algo o alguien, amor desesperado un segundo después, decepción extrema por algún revés de la vida experimentado en breves segundos. Incapaz de escapar al tormento de emociones desatadas, el rebelde se desclavó una de las afiladas agujas de un palmo de longitud, y la elevó sobre su cabeza.

—¡No! —gritó Rudolf, aferrando el televisor.

El soldado, los ojos desorbitados de pura confusión (más profunda y verdadera que ninguna otra emoción que yo hubiera sentido en mi vida) miró un segundo hacia nosotros, más allá de la nube. Por acto reflejo, elevé mi mano en señal de saludo al valiente que no podía verme. Luego se atravesó el pecho con la aguja.

Destiny no pudo contenerse y corrió al baño. Rudolf y Zonppapas guardaron un minuto de sepulcral silencio, mientras en la pantalla unos robots de limpieza entraban en la nube a recoger el cadáver.

Fui yo quien rompió el silencio, hablando alto y claro para despejar las dudas:

—Muy bien. Ahora me toca a mí.

En una situación desesperada, el plan más absurdo es el único con posibilidades de triunfo

—¿Es que no has visto lo que le ha ocurrido a ese hombre? ¿No ves que es imposible penetrar por ahí?

Destiny me seguía por la habitación mientras yo meditaba con nerviosismo. Me fijé en que, en momentos de tensión, sus ojos nunca parpadeaban, como si temiera perderse algún momento crucial de la acción.

—Esta niña tiene razón, jovencita. —Zonppapas parecía más apesadumbrado que nunca—. La técnica de la contrarreacción emotiva no ha funcionado.

—¿Y por qué no ha funcionado? —presioné. El anciano chasqueó la lengua.

—¡Pues porque hay que forzar las inducciones hasta más allá de los cuatro mil doscientos kilowatios! ¡Ningún ser humano aguantaría toda esa potencia de sentimientos focalizada en unos segundos! —Enterró el rostro entre las manos—. Es imposible. El conflicto con el cerebro en esas condiciones provoca shocks nerviosos. Ni siquiera estando dormida podrías atravesar la barrera. ¡Las pesadillas te matarían!

—Es una empresa ardua —lloró Rudolf, súbitamente preso de un ataque de culpa por sus niños—. Creo que deberíamos disolver este estúpido movimiento de resistencia popular. Ya está costando demasiadas vidas.

Destiny se apiadó de él y le ofreció su hombro. Rudolf lo aprovechó, no sin antes sonarse la nariz con un pañuelo. El científico murmuraba:

—Si pudiéramos encontrar un descargador somático para toda esa energía... pero no existe. ¡No hay ninguna emoción que no genere una sobredosis de ansiedad!

—Hay una —sentencié, tras unos segundos. Todos me miraron. Disfruté de esa pausa dramática mientras comprobaba las agujas hipodérmicas. Si iba a llenarme el cuerpo de ellas, prefería que estuviesen limpias.

Destiny se puso en pie.

—¿Qué quieres decir?

Zonppapas frunció el ceño.

—¿En qué estás pensando exactamente, jovencita? Ya te he dicho que ésta no es la manera correcta de enfocar el problema.

—Eso es porque creéis, con toda razón, que no se puede generar un estado anímico no orientable, que sea causa y finalidad en sí mismo —comencé a quitarme las botas—. Para que el cerebro no tenga que preocuparse de su origen ni destino.

—¿Y lo hay, acaso? —indagó el anciano, desconfiadamente. Yo sonreí y me acerqué a susurrarle algo al oído. Al principio, los demás le miraron expectantes sin que nada ocurriera. Luego Zonppapas arqueó sus níveas cejas y sus mejillas se sonrojaron tanto que yo creí que iba a estallar en carcajadas. Me clavó su mirada

pávida, y poco a poco una débil sonrisa fue ganando terreno en su rostro a la perplejidad.

—Podría funcionar... —susurró. Los otros cruzaron miradas interrogativas.

—¿Qué estás tramando ahora, Piscis? —inquirió Destiny. Yo me saqué una bota con determinación.

—Como tú ya has sido mujer una vez —dije, dirigiéndome a Rudolf—, no creo que te ofendas mucho por ver esto.

La tapa de alcantarillado cedió tras unos empujones. La escasa luz no dirigida que escapaba de los focos del perímetro perfiló nuestro semblante. Habíamos esperado a la hora ideal, de madrugada, y casi no había estrellas en el cielo. La nube de emoticones estaba siendo castigada en silencio por una borrasca de rayos cósmicos.

—Despejado —anunció Destiny en voz baja desde su atalaya en lo alto del túnel. Justo debajo de sus pies, Rudolf me ayudaba a destaparme la sábana que me había cubierto durante el recorrido por las alcantarillas. Reí en voz alta.

—¿Qué te ocurre? —se preocupó Rudolf. Yo le quité importancia con un ademán.

—No es nada; es sólo que... Pensaba en que de un tiempo a esta parte no hago más que vagabundear entre las ratas.

—Debe ser porque estás hecha para ello —punteó Destiny, despejando el acceso—. Vamos, tienes que salir ya. Todas las patrullas están lejos.

—Vale. ¿Me copias, abuelo? —pregunté por el auricular que llevaba en el oído. La ofendida voz de Zonppapas me llegó bañada en estática:

—Te he dicho que no me llames así, Piscis. Soy un científico respetable.

—Claro que sí, abuelo. Preparada para salir, cambio. —Miré a Destiny—. No te toco porque...

Destiny observó los racimos de agujas que se clavaban en los puntos meridianos de mi anatomía. Ahora no llevaba nada más que las bragas que Destiny me había prestado en la nave, un cinturón con el que sujetaba la batería de alimentación de las agujas, y las botas de mi traje espacial. Sendas colas de aves del paraíso hechas de agujas resplandecientes atravesaban suavemente mis pechos, caderas y muslos, algunas rodeaban mi cuello y otras surgían de mi espalda. Sólo el moverme me producía ya un tipo de sensación que, lo lamento, no tengo ni idea de cómo explicar. Es como... si de alguna manera... En fin.

Destiny me acarició el brazo en una de las zonas libres.

—Lo sé, cariño. Anda, que tenemos el tiempo justo.

Renqueando (porque cada vez que un pincho rozaba con las paredes del tubo un cosquilleo inclasificable me recorría la espalda), escalé los peldaños y asomé la cabeza por la alcantarilla. La nube de emoticones esperaba ocupando casi todo mi ángulo visual, como un destino aterrador e ineludible. Por encima, ojos espía aislados

volaban erráticamente controlando el perímetro. Uno se acercaba peligrosamente a nosotros.

—Voy allá. ¿Preparado para la fibrilación, abuelo?

—Listo —gruñó Zonppapas por la radio. Armándome de valor, aspiré con fuerza y me lancé corriendo al interior de la nube.

Su frontera era permeable y cálida, como una cortina vaporosa de ralentización del tiempo. En cuanto me absorbió, mis manos comenzaron a dejar estelas. Vi burbujas surgiendo de mis fosas nasales y boca; el aire pintaba sus contornos con fragancias de amapolas y lirios, exhalando alientos de desesperanza al reventar las burbujas.

Los vi con el rabillo del ojo: eran como fantasmas al acecho, revoloteando juguetones en bandadas de luces, mirándome con ojillos de tiburón desde las profundidades de la niebla.

Los emoticones me observaron calculando posibilidades. ¿Era yo un enemigo? ¿Qué clase de tortura mental me infligirían despiadadamente durante los próximos minutos? Es posible que se hicieran estas preguntas mientras caían sobre mí en torbellinos, fragmentándose y fundiéndose como cardúmenes de vapor, acariciando desde la distancia mis sentidos con púas de sonidos ultradensos.

Los primeros en llegar embistieron con arietes de celos y vergüenza. De repente me encontré odiando a todo el mundo, a la zorra de Destiny por entrometerse en mi vida, al extorsionador de Formahl Berg por haberme metido en este embrollo, al científicucho inútil y engreído de Zonppapas por el dolor que me producían sus putas agujas...

¡No! Traté de serenarme. Aferrando el intercomunicador con ambas manos, como si fuera un ancla al mundo real, grité:

—¡Zonppapas, la energía! ¡Ahora!

Empezó como un cosquilleo agradable en la base del cuello, que aumentó en intensidad hasta quemar en la punta de los nervios. Arrugué el entrecejo de dolor, luego una serie de latigazos calientes escalaron desde mi vientre por la columna, vértebra a vértebra, acariciando los músculos y lamiendo los centros nerviosos. Imaginé manos que acariciaban con la destreza de un cirujano mis pliegues, provocando terremotos de éxtasis, tormentas de pasión, hecatombes concentradas de estímulos. Imaginé al anciano manipulando como un director de orquesta mis centros de placer, sumergiéndome en una vorágine controlada de sensaciones sexuales y placenteras.

Comencé a olvidar a los emoticones.

El medidor de la batería temblaba al borde de los cuatro mil kilowatios, y ascendía. Los fantasmas de vapor se concentraron mostrando una rudimentaria inteligencia, golpeando mi cerebro con esquemas de cobardía, lanceando mi orgullo con alabardas de terror. Pero me mantuve firme: mi mente era una gloria plateada y brillante de éxtasis sexual. Los latigazos provenientes del vientre eran cada vez más

violentos y continuos, taladrando mi inconsciente con acordes exabruptos; casi olvidé que era yo quien debía caminar en última instancia, ganando metros a la nube. Haciendo un esfuerzo titánico, obligue a mis piernas, pedazos de mármol en tensión que colgaban del torbellino de fuego, a que se adelantaran en ritmo secuencial. Cada vez que las movía, los tendones chillaban. Los oídos astillaban los sonidos, mis ojos mezclaban los colores en espirales psicodélicas. Oí por el intercomunicador, a cien años luz de distancia:

—¡No lo está consiguiendo! ¡Los emoticones la presionan con fuerza!

Mi mente vagaba en busca de la venganza, en alas de la urgencia de la responsabilidad. Mi hija, ¿había tenido yo alguna hija? ¿Dónde estaba ahora, a quién lloraría por la noche esa zorra de Destiny y su presunción de tener la mejor nave del mundo sin siquiera tener las más elementales nociones de mecánica, y ese maldito?

—¡La estamos perdiendo, hay que aumentar la potencia por encima de los cuatro mil quinientos kilowatios! ¿Qué? ¡Ya sé que es peligroso, nadie te ha preguntado!, profesor Zonppapas con sus ínfulas de creador que no sabe distinguir una aaaahhh sí, sigue así, esa sensación cálida en el vientre que dejan los cantos de los peces Zaish, sus hermosísimos cantos de sirenas espaciales, conduciendo a los viajeros a costas perdidas...

—¿Piscis, me oyes? ¿Estás bien? Estoy aumentando la potencia a miles de orgasmos por segundo y el cielo que explota en nubes de color.

El sudor baña la piel reaccionando con la energía de los electrodos. Veo sables asesinos que se yerguen enhiestos atravesando mi humanidad, mi feminidad, batiendo y golpeando a un ritmo endiablado en el interior del cerebro, arañando una rapsodia en el envés de mi frente. Canto notas extrañas, canciones olvidadas de mi niñez, recuerdos de las violaciones y los malos tratos y las vejaciones a que mis carceleros me sometían pero que me gustaban, sí, las cuerdas y los metales y el amor de las máquinas y mis compañeras que gritaban pidiendo, suplicando auxilio hasta que yo las liberé, me alcé de entre los muertos y los castigué con el fuego de mi ira amén por el amore de patemostrasal salid salidromisan de la nube caer caerr caerrrr hacia delante ahacia sarta soid otse se osollivaram... y caí al suelo. La presión cedió. Casi no podía mover los miembros, de lo agarrotados que estaban los músculos.

Respiré con dificultad (¿cuánto hacía desde la última vez?), y el aire pareció entrar en combustión al penetrar en mis pulmones. Tosí y temblé presa de furibundos estertores.

Había salido de la nube.

Miré a mi alrededor en cuanto tuve ojos para ello. Las alarmas sonaban, y unas formas difusas se agrandaban por un extraño efecto de la óptica mientras se acercaban. Dios, estaba fatal.

No sé exactamente cómo, pero al minuto estaba escondida en una esquina de cemento de la muralla interior. Un angosto pasillo no vigilado penetraba en sus

entrañas, desapareciendo en la oscuridad. Volví a recordar que debía respirar cada poco tiempo, a ser posible de manera automática, si mi cuerpo aún recordaba cómo.

Me arrastré túnel adentro, y en una esquina solitaria me extraje las agujas de la piel: estaban quemadas por la punta, los cables aún calientes, y segregaban gotitas de sangre de las perforaciones. Contemplé con pena mi antes perfecta piel, ahora llena de diminutos agujeros rojizos.

—En fin —jadeé—. Ya me preocuparé después de los masajes de crema hidratante.

Tiré el manajo de cables al suelo y continué caminando. Lo primero era procurarme ropa. Traté de comunicar con la base, pero la radio había pasado a mejor vida junto con la batería. Antes de abandonarla eché un rápido vistazo al voltímetro: estaba congelado en el extremo del medidor, entre los cinco mil y cinco mil cien sensokilowatios.

Asustada, corrí alejándome de aquel lugar.

—Ya está dentro —anunció Zonppapas con satisfacción. Destiny y Rudolf se inclinaron sobre la pantalla, pero ésta no mostraba más que interferencias.

—Sabía que funcionaría —sentenció Rudolf, sacudiendo el puño como si quisiera aplastar el aire. Destiny parecía preocupada:

—¿Y ahora qué? ¿Cómo se las va a arreglar ella sola en la central de VHH, en sus condiciones?

Zonppapas elevó el mentón con seguridad.

—Créeme, Destiny: una mujer capaz de hacer polvo una tormenta de emoticones a base de encadenar orgasmos de cinco mil kilowatios es capaz de eso y de más. Mucho más.

Entre bambalinas

Llevando su cigarro a un cómodo ángulo en la comisura de sus labios, Fonnahl Berg ajustó su sincronía y se dispuso a contemplar su más famoso y genial invento: el Laberinto. Se trataba de un concurso interactivo de tres horas de duración en el que los participantes eran encerrados en un dédalo de paredes de plástico y techo de cristal, a través del cual eran espiados por las cámaras. El objetivo consistía en encontrar una salida, atravesando un portal de oro que el ganador podía llevarse consigo. El público decidía en qué punto del recorrido surgían las trampas y los enemigos que harían más emocionante la prueba.

A Berg le impresionaba la crueldad de los televidentes que participaban desde sus hogares: cuando se les entrevistaba para determinar sus gustos y perfiles de personalidad (en un esfuerzo por vaticinar cómo afectarían sus decisiones al programa), mostraban su parte más dulce y encantadora, todo entrega y nerviosismo de debutante. Pero una vez en directo, con sus identidades superpuestas en pantalla, no vacilaban en castigar a los sufridos concursantes con las más variopintas maldades y vilezas, como si descargaran una ansiedad contenida y letal en miembros de su propio colectivo.

En la pantalla, tres videads, trío matrimonial en la vida real, luchaban por sortear un foso de caimanes haciendo girar una rueda de madera desde el interior, corriendo sobre los peldaños mientras los hambrientos reptiles mordisqueaban la suela de sus botas. Berg aspiró una bocanada de humo y sintonizó su antena extensible en llamada local.

—Bhura.

—Le escucho, señor —dijo la encargada de continuidad desde la pecera de control, al otro lado de la línea.

—Es un buen momento para la publicidad. El más viejo del trío parece que se va a caer al agua y aún estamos en horario para todos los públicos. Prepare una batería promocional de catorce minutos e inclúyala si ese inútil pierde pie. —Las volutas de humo se deshilvanaban en torno a sus sienes dentro de la carcasa del monitor—. Si se lo comen, hagan caso omiso durante una hora e incluyan un resumen al inicio del siguiente bloque. —Sopesó la estrategia, y fue dictando—: Nuestro entrañable participante se encuentra bien tras su decisión de tomar una ruta alternativa al foso de los caimanes, tal como se vio en el bloque anterior. Sigán con nosotros para el terrorífico desenlace y bla bla bla. ¿Lo tiene, señorita Bhura?

—... terrorífico desenlace, sí, señor. —Y desconectó.

Berg admiró la tenacidad de los concursantes atrapados en el Laberinto. Como había predicho, el más viejo de la triada familiar resbaló y se sumergió en las agitadas

aguas con un gracioso splash. Una danza salvaje de olas y burbujas dio buena cuenta de él mientras las cámaras pasaban a infrarrojo, dispuestas a capturar toda la violencia desatada bajo la superficie en esos escasos segundos de terror. Convenientemente editada para poder apreciar toda la fuerza de su espontaneidad bajo distintos encuadres, se emitiría en la franja horaria de adultos, en torno a la medianoche.

En una esquina de su mesa de edición privada, operada mediante servos, parpadeaba una luz naranja con el boletín de novedades. Berg atisbó de reojo algo relacionado con una intrusión en el perímetro, pero lo archivó para más tarde.

No quería perderse el momento en que resbalara el concursante joven.

Me perdí al poco de entrar en el enorme edificio. Su trazado desigual y ordenado por utilidades me confundió porque, debo admitirlo, desconozco casi por completo el funcionamiento de la industria del espectáculo.

Me deslicé cautelosa por túneles de ventilación y salidas de emergencia. Con el concepto «camerino» en la mente, pensando que allí encontraría ropa con la que ocultar los rastros de las agujas de Zonppapas. Así llegué a un trastero donde se amontonaban fregonas, cubos y útiles similares, junto a un providencial uniforme de limpieza. Di gracias al cuerpo de funcionarios por su sentido de la previsión y, vestida con algo lleno de tubos de plástico y parecido al celofán morado, me arriesgué a caminar libremente por los pasillos.

Durante los primeros minutos de mi exploración creí que, gracias a algún tipo de magia secreta e incomprensible, había cambiado de ciudad, de planeta y hasta de realidad. Casi no hubo transición: en un instante abandonaba los pasillos dedicados al personal de mantenimiento por una salida de emergencia, al siguiente caminaba por un mundo de cartón piedra poblado de las más fantásticas criaturas. Vi un skregg omnívoro de Vermacroyd avanzando hacia mí con aire de estar buscando su cena, y luego se marchó frustrado porque yo desconocía la hora exacta. Me bajé de la escalera a la que me había subido en un acto reflejo para comprobar que ésta acababa en el vacío, truncada a medio arco, y por el extremo inexistente surgían insectos que descendían de la nada.

Tras unos minutos de desorientación comprendí que allí todo era falso, una serie de simulaciones perfectamente fieles a sus modelos para el ojo no entrenado: los insectos se arrastraban por un diminuto túnel de espejos que jugaba con la luz haciendo que los reflejos encajaran en un mosaico de transparencias. Sólo noté el truco al mirar desde un ángulo forzado. Probablemente, pensé, el skregg también sería un timo. Y esa sirena que se coloca bien la cola en el tanque de nieve derretida y que necesita una mascarilla para respirar. Aquello era un enorme circo, una farsa orquestada según patrones indescifrables.

Éste es el lugar donde se fabrican los sueños de los videads, pensé. Y yo me encuentro en la trastienda del taller.

Nadie parecía fijarse en mí más que para hacer alguna alusión a la profesión que revelaba mi traje (¡Eh, a ver si limpiamos esto con más ganas, que se ven todas las manchas!) o para lanzarme piropos aislados desde grupos de extras aburridos. Yo ponía cara de inocente y de tener algo urgente que hacer en ese momento y apresuraba mi marcha.

Tras abandonar una zona especialmente bulliciosa, encontré un mapa fijado a una pared. El dibujo corría desapareciendo por los márgenes a medida que presionaba el marco. Busqué una ampliación en detalle de los pasillos que llevaban a los hangares, y descubrí que había siete. Resoplé. No había imaginado que la central de transmisiones fuese tan grande. El kilométrico edificio tenía más de cincuenta plantas y era extenso como un crucero de batalla de la Guardia Púrpura. Si la escala adjunta al mapa estaba representada en metros, calculé que tardaría casi veinte minutos en alcanzar el hangar más cercano, si no encontraba obstáculos en el camino.

Me puse en marcha y al poco rato de deambular entre bosques de tramoyas (que yo recuerde, jamás llegué a ver ningún escenario), arribé a un ascensor custodiado por dos guardias de seguridad que charlaban distendidamente. Tenían monitores portátiles pegados a la cara y las mejillas surcadas por rastros de imágenes concatenadas. Me miraron al acercarme. Yo bajé la vista y, con la mayor naturalidad, pulsé el botón de llamada. Ninguno de los dos me detuvo.

Subí hasta un piso marcado con un signo con forma de árbol, y de pronto estuve vagabundeando por pulcros pasillos pintados de un blanco tan immaculado que mi sola presencia constituía un pecado.

Unos pasos me sorprendieron a escasos metros de un cruce de pasillos en estrella. Me aproximé pisando de puntillas y, refugiada tras una esquina, contemplé a unos hombres cruzar la intersección. Su piel era tan pálida que de haber estado desnudos me habría costado distinguirlos del fondo. Sus ojos eran piedras de jade que brillaban de manera salvaje.

Sentí miedo. Los guerreros no se detuvieron. Uno de ellos, el más corpulento, cargaba un maletín que casi fue mi perdición: al verlo, tuve que sofocar un grito con las manos.

Era el maletín que contenía al Ra. El mismo que aquel cerdo contrabandista de los Cúmulos me había robado en las inmediaciones de Jaruppa. ¿Qué hacía allí? ¿Y quiénes eran sus portadores?

Decidí seguirles a poca distancia. El traje de celofán hacía un ruido espantoso, así que esperé hasta que desaparecieron de mi vista y les seguí por el ruido de sus pisadas. Cruzamos varias intersecciones más, y de pronto el sonido de sus pasos cesó.

Mi corazón latía deprisa. Recordaba a los veldars por los cuentos de cuna que a veces me leía mi matrona en Zhintra y que me provocaban largos periodos de insomnio. Los veldars y su País que Cae, cimentado en los estratocúmulos de un

planeta gaseoso; los veldars, guerreros y sanguinarios, expertos en toda clase de estrategias de guerra y tortura y altamente cotizados como mercenarios en guerras sin motivo ni cuartel. Eran exactamente como me los había imaginado.

Y ahora podían estar esperando al otro lado de la esquina, a escasos metros, en total silencio y preguntándose qué era todo ese celofán que les seguía desde hacía rato. Pasé un miedo infernal, imaginando todo tipo de desenlaces crueles para esa situación que debía resolverse en escasos segundos. Si no continuaba y doblaba la esquina, sabrían que era una espía. Si daba unos pasos más y me interrogaban, el temblor de mi voz delataría la verdad. ¿Qué hacer?

Al fin decidí avanzar; respiré hondo, froté bien mis muslos al andar para acentuar que era yo quien parecía una cascada de papel maché andante, y doblé la esquina.

No había nadie allí.

El pasillo terminaba bruscamente en una puerta cerrada, blanca como el resto. Volví a respirar.

Los guerreros habían cruzado la puerta y por eso ya no les oía. Pero en mi vacilación había dejado transcurrir unos segundos preciosos, y no era probable que pudiese volver a retomar el rastro del veldar del maletín.

¡Maldición!

Despotricando, apreté el botón de apertura de la puerta. Crucé el umbral y mi expresión cambió radicalmente.

Me rodeaban paredes circulares de metal bruñido, un par de sillas ergonómicas y dos técnicos en maquillaje. Junto a ellos esperaba un aparato que me miraba con expresión ceñuda. Era un mueble plateado de mi altura, ancho y estilizado, sostenido por ruedecillas de mesa de oficina y con un monitor encendido en la cúspide, en el cual parpadeaba la expresión ofendida de un hombre que fumaba un puro. No había ni rastro de los veldars.

Los presentes me contemplaban en silencio. Tragué saliva. Detrás sentí que la puerta se cerraba y un pestillo aseguraba mi permanencia.

El hombre del puro (la terminal entera que proyectaba su imagen) rodó unos centímetros hacia mí, y una cámara que emergía como un tumor de su costado hizo girar sus lentes. Aquel hombre me intimidaba. Aparentaba unos cuarenta años bien llevados, poseía uno de los mentones más categóricos que había visto nunca, y el poco pelo que le quedaba lucía estratégicamente engominado para ocultar una generosa calvicie. Su boca carnosa y elegante emitió humo y sonidos bien modulados:

—Vaya, vaya, vaya. Así que ésta es la intrusa que rompió nuestro cordón de emoticones.

Faltaba la risa, la risa de malo que había visto en las películas. El resto, incluidas las películas, estaba allí.

—Ha sido un craso error llegar hasta aquí, muñeca. Creíste que serías capaz de burlar nuestro sistema de vigilancia y te equivocaste. Ahora pagarás por ello.

—¿Cuánto tiempo lleva espiándome? —pregunté. Él rió.

—El suficiente.

Y rodó otro par de centímetros. Noté que una corbata carísima rodeaba su cuello como una serpiente de seda.

Entonces reconocí su voz; era la misma con la que había cerrado el trato sobre el Ra en Vermacroyd: Formahl Berg. Me alegré en cierto modo de tenerle al fin frente a frente, aunque fuese en imagen.

—¿Por qué estás aquí? —Sus ojos me taladraban desde las líneas 90 a 120—. Supongo que no habrás burlado uno de los sistemas de seguridad más caros de Marmolia para nada. Exijo una explicación.

Elevé mi mentón, más hermoso pero menos contundente que el suyo.

—La Guardia Lunar requisó mi nave sideral cuando penetraba en las fronteras de su espacio cislunar. Fue una salida no prevista de Entrelugares.

—¿De dónde? —se extrañó el ejecutivo. Yo chasqué la lengua.

—De ningún sitio, olvídalo; mi nave acabó el salto interdimensional con problemas y ustedes la requisaron ilegalmente. El tratado de protección para los navegantes privados de la Ley Comercial, sección dieciséis, barra veintidós ce, me protege. Quiero que me la devuelvan... por favor —agregué, sorprendida ante mi propia vehemencia.

El ejecutivo compuso una sincera expresión de candidez. Todos mis sentidos por encima del quinto aullaron de inquietud.

—Pero, preciosa —sonrió—, si no es nuestra intención apropiarnos de ella. Ni lo es ahora ni lo ha sido nunca. Es tuya por derecho, aunque te equivocas. —Yo iba a protestar pero él levantó una mano que quedaba fuera de campo y me detuvo—. No es el apéndice veintidós, sino el veintiuno. Deberás estudiar algo más de leyes si quieres conservar tus derechos en el espacio del Emporio.

Mi intuición femenina, esa que siempre me ayuda cuando tengo problemas, estaba mirándome a los ojos con absoluta cara de perplejidad. Me atreví a preguntar:

—Entonces... ¿están dispuestos a devolvérmela?

El ejecutivo asintió con aire paternal.

—Eso es.

—¿Y podré irme de aquí en ella?

—Ajá.

—¿No han intentado desmontada para apropiarse de los motores?

En este punto sus ojos se afilaron.

—Precisemos, antes que nada, la existencia de... una ínfima traba legal, por llamarla de alguna manera no excesivamente ofensiva —carraspeó—. No puedes pretender colarte sin permiso en nuestras instalaciones, cometiendo hasta catorce delitos punibles registrados en nuestro Código Penal, y pretender irte con las mismas. Comprenderás que es más una cuestión de marketing que de interés personal, pero si dejamos que ese sutil detalle pase por alto, otros miembros de esa «resistencia» que

tanto se las da de resultar peligrosa podrían atreverse a intentarlo. Me dejé caer en una de las sillas. De inmediato los maquilladores se pusieron a trabajar en mi cara. Estaba tan cansada que les dejé hacer.

—Comprendo —dije—. Y debo pagar una multa, ¿no?

El ejecutivo inclinó el puro.

—Bueno, digamos que es algo parecido.

Unos motores ocultos chirriaron y las paredes se elevaron, descubriendo una sala de tabiques plásticos de la cual surgían siete caminos en semicírculo. El techo era de cristal transparente, y por encima se movían cámaras sujetas a brazos mecánicos. Conté una docena, corriendo por un andamiaje invertido de raíles y apuntándome con sus ojos sin párpados. Una agradable musiquilla acompañaba los preparativos. Por la longitud del andamiaje en perspectiva, adiviné que el recinto era grande, tanto como para contener mi nave.

—¿Qué significa esto? —protesté.

—¿Cuál es tu nombre, preciosa? Es para las estadísticas.

—Piscis.

—Okey, Piscis, vamos a ver. El mecanismo del juego es sencillo. Tienes tres horas para atravesar el laberinto y llegar a una de las cuatro posibles salidas del otro extremo. Tres de ellas tienen trampa, así que deberás buscar pistas a lo largo del recorrido que te permitirán dilucidar cuál de ellas es la correcta. Tienes comida en algunas esquinas y pasadizos secretos que te ayudarán a sortear algunos callejones sin salida. Y, por favor, no hagas lo que algunos y te sientes de brazos cruzados esperando que se agote el plazo: los cazadores te encontrarían enseguida y se nos acabaría el espectáculo.

No podía creérmelo, pero ya incluso estaba maquillada. Miré una de las siete entradas al laberinto.

—En confianza, te diré que pocos jugadores han despertado tanta expectación en las encuestas de audiencia como tú —chupó el cigarro con orgullo—. ¡Doce coma veintitrés puntos por encima del umbral Rosch en sólo veinte minutos! ¡Qué récord! No sabes lo bien que lucen los carteles promocionales con el numerito de la intrusión a través del campo de emoticones. Tú tienes talento, chiquilla, créeme.

—No pienso participar en ningún espectáculo absurdo —negué categóricamente. Su expresión se endureció un poco.

—No te preocupes, es la clásica reluctancia de los principiantes. Pero ya verás cómo en cuanto estés en el meollo sólo piensas en las pruebas y te olvidas de todo lo demás.

—He dicho que podéis olvidaros de mí.

El ejecutivo meneó tristemente el puro.

—Ay, pequeña, es una lástima que pienses así. De todas formas, como profesionales que somos, disponemos de métodos psicológicamente probados para estimular el espíritu de participación.

Una puerta distendió sus hojas en iris y dos veldars entraron en la antesala del laberinto. Uno iba armado con una espantosa sierra mecánica de doble filo, y el otro cargaba con dos rosales de cadenas enredados en sus brazos, las espinas reluciendo bajo la luz concentrada de los focos. En cuanto entraron, varias cámaras rotaron sobres sus ejes y ejecutaron desplazamientos elegantes en torno a los alienígenas; éstos elevaron sus armas en triunfo y el de la sierra arrancó los motores al tiempo que subía el *crescendo* de la música. Me di cuenta de que ya estábamos en el aire.

El veldar de las cadenas, arrastrado por la emoción, desplegó sus látigos de acero y destrozó las sillas de los maquilladores, y a los maquilladores. Su compañero, para no ser menos, hendió los soportes de los paneles con diestros sablazos de su sierra y el decorado se desmontó en un efecto dominó de paneles derribados y estallidos de circuitos de corriente. El ejecutivo chasqueó la lengua, contrariado.

—Muy bonito —gruñó—. Si todos nuestros invitados tuvieran esa clase de fervor, el negocio se nos hundía en la miseria.

Los veldars, emocionados, estaban comiéndose lo que quedaba de los maquilladores para entusiasmar a su público. Yo aparté la vista.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Diez minutos antes de que empiecen a perseguirte. Procura hacerte un mapa mental del complejo para que no malgastes tiempo volviendo sobre tus pasos. Y recuerda: lo importante, lo que prima sobre todo lo demás, es el espectáculo. El resto es secundario —su cigarro brilló con intensidad—. El puro espectáculo.

—No voy a seguir las reglas de tu juego —amenacé mientras me colocaba en una de las salidas—. Voy a recuperar mi nave y a salir de este maldito planeta de chiflados, y me importa un bledo si eso es bueno o no para vuestra audiencia.

—Vamos, vamos, Piscis —repuso Berg—. No te entretengas. Los diez minutos han empezado a contar ya.

Le dirigí una última mirada cargada de odio, preguntándome en qué parte exacta del complejo estaría el cuerpo físico de aquel hombre despiadado, y salí a la palestra a luchar por mi vida.

11

Menos cuatro, menos tres... (un signo con dos dedos), (un signo con un dedo)

No corrí mucho antes de encontrar la primera dificultad: un foso de aguas engañosamente plácidas que sustituía un tramo de casi diez metros de pasillo, con una rueda de madera en la que un humano cabía perfectamente.

Entendí lo que se esperaba de mí. Gruñendo, me coloqué en el interior de la rueda y traté de caminar. Fue imposible: necesitaba de un peso mayor que mis sesenta kilos para hacerla rodar sobre el agua. Comencé a balancearla, aferrándome con las manos a los travesaños, primero hacia delante y luego hacia atrás. La rueda vibraba ganando inercia, pero aún no se movía.

De repente sentí un golpe desde abajo que separó el ingenio de la orilla; los caimanes asomaron la testa y mordieron con saña los travesaños que penetraban en su elemento. Asustada, escalé hasta apoyarme en los radios superiores, pero la rueda empezó a girar. Con la descompensación de peso me vi dando vueltas, avanzando unos metros foso adentro, mientras los feroces animales trataban de irrumpir en el interior de mi extraño vehículo. A más de uno tuve que apartado de un puntapié con mis botas de caucho, conservadas de mi incursión en el almacén de mantenimiento.

Los metros que distaban de la orilla opuesta iban disminuyendo, y con ellos la integridad estructural de la rueda, que se deshacía en astillas con cada dentellada. Corrí como un ratón en una trampa, buscando un equilibrio entre mis esfuerzos y la mecánica. Entonces el primer veldar, aquél que portaba ovillos de cadenas hilvanados en torno a sus brazos, apareció en el pasillo.

Me paralicé.

Se encontraba en la orilla contraria a mi destino, gracias a los dioses, y me miraba con una mezcla de frustración por haber llegado a mitad de la maniobra y de satisfacción porque la caza se complicaba. Sólo había un vehículo, y yo me ocuparía de que no retornara a su orilla.

Con un esfuerzo más llegué al extremo del foso. Reí en voz alta mientras saltaba del vehículo a tierra. Un reptil trató de zamparse mi pie derecho, surgiendo de las aguas encabritadas a medio salto; incapaz de volver atrás, apoyé la bota en su nariz coriácea y la usé como plataforma para impulsarme hacia delante. La anonadada expresión del guerrero me acompañó mientras rodaba a salvo en el extremo opuesto del pasillo.

Excitada, con torrentes de adrenalina fluyendo por mis venas, me levanté de un salto y le dirigí un gesto obscuro al frustrado veldar, que esperaba al otro lado con sus cadenas prestas a descuartizarme.

El energúmeno torció el gesto y me congeló la sonrisa en la cara cuando lanzó una de sus cadenas como un látigo, aferrando el extremo de la rueda y tirando de ella en su dirección.

Comprendiendo su plan, aferré con ambas manos el ingenio, empujando en dirección contraria, pero el guerrero era musculoso y poseía más fuerza en un solo brazo que yo en todo el cuerpo. Poco a poco, la rueda comenzó a rodar en su dirección, con los eslabones de la cadena temblando peligrosamente cerca de mis manos. El veldar enseñó los dientes, y su sonrisa no me pareció muy distinta de la de los reptiles que esperaban ansiosos el desenlace.

Sabía que si me limitaba a correr por los pasillos, aquella bestia acabaría por alcanzarme. No, si quería vencer debía aprovechar los accidentes del terreno en su contra.

Decidí dejar de tirar y comencé a empujar lateralmente; primero a la derecha, luego una plegaria y a la izquierda, y de nuevo a la derecha. El veldar frunció su poblado entrecejo al ver que la rueda, ancha pero con un ángulo de flotabilidad escueto, ganaba impulso en los vaivenes. Tiró con fuerza de las cadenas, cansado de jugar, y me arrastró con él. Solté un grito de pánico y mi cuerpo quedó acostado sobre la parte exterior de la rueda; ésta continuó su giro y yo me elevé hasta casi chocar contra el techo de cristal del Laberinto. Al otro lado de éste, una cámara articulada se acercó en un dramático travelling hasta casi pegar su lente al cristal, ante mi aterrada expresión de impotencia.

Creo que fue al pensar en los millones de zombies videads que estarían disfrutando en familia del espectáculo cuando decidí no darme por vencida. Si querían mi sangre, se llevarían un chasco.

El veldar continuaba tirando hacia sí, lo cual me daba al menos dos segundos más de arco antes de que la rueda me sumergiese en el agua por el lado contrario. Afianzando mis dedos entre los travesaños me descolgué por un lateral, mi cuerpo esbelto extendido cuan largo era hasta casi tocar el agua. El chapoteo de las bestias manchaba el pantalón de celofán.

El guerrero, cansado de la demora en el cobro de su presa, tiró hacia sí con fuerza. Yo me convulsioné, desnivelando el centro de equilibrio de la rueda.

El vaivén hizo que ésta cayera de mi lado, yendo a trabarse entre la pared y el ancho del pasillo, menor que su diámetro. Durante unos segundos quedó trabada con mis botas dentro del agua. Mi visión casi trabajaba a cámara lenta, absorbiendo cientos de detalles en un frenético procesamiento de las probabilidades, cuando un caimán saltó fuera del agua en pos de mi pantorrilla.

Vi piernas flexionándose, botas chorreando cascadas de agua y sangre (probablemente restos no filtrados de algún incauto anterior) y las fauces de la bestia que mordieron en vacío a escasos milímetros de mi carne, desgarrando la tela de los pantalones. La cámara que maniobraba sobre nuestras cabezas acercó el zoom, ávida de hemoglobina.

No sé cómo, logré encaramarme a la estructura. Ahora los caimanes quedaban bajo ésta. Noté que las cadenas del veldar, con la inclinación de la rueda, habían quedado atrapadas entre los travesaños. El guerrero también lo vio, tirando de ellas sin lograr desengancharlas.

Por primera vez contemplé la ligera posibilidad de salir viva con algo de confianza. Pero el veldar no estaba dispuesto a concedérmela.

Flexionando sus poderosos músculos, saltó hacia mí, rebasando la mitad del foso y chocando contra la rueda en un encontronazo que hizo peligrar el delicado equilibrio que la mantenía atascada. El guerrero quedó colgando a menos de un metro de mí, clavando sus uñas en la madera y escalando lentamente. Sus cadenas colgaban como una madeja de trenzas de metal. De fondo me pareció escuchar una música animada que daba ambientación a la escena.

Escalé lo máximo posible hasta quedar situada justo encima de él. No serviría de nada: el bruto estaría en la cúspide del ingenio en segundos. Miré desesperada en todas direcciones, buscando una salida, pero fue inútil. El veldar me susurraba palabras en su lengua mezcladas con saliva.

De pronto estuvimos frente a frente, encaramados en lo alto. Yo a la izquierda, él a la derecha. Varias cámaras nos enfocaban, absolutamente inmóviles.

El bruto se arrastró hacia mí, y yo retrocedí, comenzando a descolgarme. Volvía a descender hacia el agua, hacia los caimanes. El guerrero iba recogiendo las cadenas haciendo molinillos con las manos mientras gateaba. De reojo, vi a los reptiles esperando con sus fauces entreabiertas.

—No puedes escapar, hembra —escupió en mi idioma—. Sólo retrasas lo inevitable. O son ellos o soy yo. —Señaló a los reptiles y se acercó unos centímetros. Yo colgaba literalmente del extremo de la rueda, cerca del punto en el que confluían sus cadenas—. Y te aseguro que me preferirás a mí. Antes de matarte puedo hacerte pasar un rato muy agradable...

—Creía que los de tu especie se lo hacían entre ellos cuando no tenían ninguna prisionera a mano —susurré, con sorna. Era plenamente consciente de mi rodilla apoyándose en sus cadenas.

El insulto a su hombría fue demasiado para el veldar, que cubrió de un salto el último metro que le separaba de mí. Yo me lancé hacia atrás y quedé colganda de sus cadenas. El bruto aulló de furia, apresando mi cabellera con una tenaza hecha de dedos pálidos como la muerte. Apreté los dientes de dolor, y balanceé la estructura.

La rueda, gracias a nuestro peso combinado, completó el giro que la mantenía atrapada con un golpe seco. Las cadenas atrapadas del veldar quedaron repentinamente libres y colgaron, sus extremos hundiéndose en el agua. Yo utilicé su último instante de tensión y salté; fue un salto a la desesperación, a la muerte, a todas las cosas horribles que podrían pasarme si no lograba alcanzar la cercana orilla. Y, lo que es peor, a perder mi nave y a mi querida gata de Angora.

Pero la alcancé.

Y rodé un metro hacia el interior, sobre la rugosa superficie del pasillo, lejos de los caimanes. El veldar no tuvo tanta suerte: emitiendo rugidos de furia animal, trató de encaramarse de nuevo a los travesaños superiores, pero las bestias mordieron las cadenas, tirando de ellas como si fuesen extremidades de algún ser vivo. El guerrero se aferró de tal manera que por un momento pensé que ni siquiera la fuerza combinada de todos los reptiles podría arrancarle de allí.

El travesaño se rompió.

El veldar me miró mientras caía, y sus ojos no expresaban miedo, sino sorpresa. Luego desapareció en un caos de olas y sangre.

Formahl Berg contemplaba la colmena de pantallas que seguían el espectáculo con los restos del cigarro puro en sus labios. Lo que veían sus ojos era increíble.

Sabía que un intruso capaz de sortear las defensas exteriores de su palacio y llegar andando hasta los platós centrales debía ser alguien excepcional, pero en el fondo siempre había confiado en que el Concurso podría con ella. Era la fuerza de la costumbre: nadie sobrevivía para llegar al final del laberinto y descubrir que, efectivamente, las supuestas salidas eran meros decorados. ¿Para qué iban a construirlas de verdad, si nadie llegaba jamás hasta ellas?

Ahora se encontraba en su despacho, rodeado por los administradores de las secciones de Marketing y Nuevas Ideas (el puesto al que iban a parar todos los recomendados y los hijos de los directivos), chupatintas corruptos y enmohecidos que no entendían la Cadena como una forma de vida, sino como un medio para enriquecerse y asegurarse su vejez en algún paraíso digital. Berg los odiaba, y odiaba especialmente a Andhal Kreyne porque el joven ansiaba su puesto.

—Parece que esta vez ha acertado de pleno en la elección del participante, Berg —dijo éste, acercando su terminal a la de control.

—¿Tú crees? —murmuró Formahl, circunspecto. En la colmena, decenas de Piscis corrían al unísono esquivando murallas de fuego que surgían del suelo, agotando los cruces que la separaban del desengaño final. Desengaño para ella y para toda la población de Marmolia, futuros concursantes que basaban su interés en la creencia de que en verdad existía una salida del Laberinto.

—Los índices de audiencia jamás fueron tan elevados —señaló Kreyne, vigilando los marcadores. Sobrepasaban los niveles críticos por mucho—. Este simpático concurso suyo, el Laberinto, pasará a la Historia como el primero en aguantar por encima de la zona roja más de cinco minutos seguidos. Toda una hazaña —concluyó. Berg trataba de no hacerle caso, pero en el fondo le gustaban sus palabras.

—Sí, siempre que esa zorra no llegue hasta el final del recorrido.

—Aaahhh... —sonrió Kreyne, rodando hasta él—. Toda hazaña conlleva un índice de riesgo igual de importante que el premio a alcanzar. Es lo primero que nos enseñan en la escuela de Comercio y Publicidad.

Y a ella debería volver, iba a decir Berg, pero se contuvo. Alguna de las vetustas alimañas que pululaban por allí era familiar de aquel jovenzuelo, y un tipo de familiar muy bien situado.

—Me gustaría asistir a ese momento cumbre de la televisión en que nada menos que una escoria rebelde —y aquí Andhal arrastró bien las palabras— haga polvo el concurso más seguido de VHH. ¡La Cadena vencida por un inconformista, y siguiendo sus propias reglas! ¡Qué pintoresco!

—El proyecto que usted presentó a la Comisión de Espectáculos hace cuatro años era ambicioso y espectacular —recordó el jefe de Protocolo y Marketing de la sección M, un anciano sin dientes y encías arañadas de tanto consumir pastillas—. Y el programa del Laberinto se ha convertido en un éxito sin precedentes. Pero, tal y como mis colegas y yo señalamos en su momento, la no inclusión de un final alternativo para el remoto caso de que un concursante ganara era una locura.

—¡Era planificación! —estalló Berg. Los demás callaron, atónitos—. Las fórmulas de ahorro más elementales que los catedráticos como ustedes elevan como pendón de su clase. Ustedes deberían saberlo mejor que nadie: en este negocio no hay riesgos calculados, sólo mala gestión de las conclusiones.

Los viejos se miraron. Andhal sonreía, refugiándose en un segundo plano. La tormenta de crítica interna estaba a punto de estallar, y la carrera de Berg y de la mayoría de sus colaboradores dependía de que alguna de las retorcidas trampas interactivas del Laberinto detuviera a la espectacular concursante.

—La mala gestión es lo que va a acabar con usted —amenazó el jefe de Protocolo, ofendido por la salida de tono de Berg—. Si esa mujer aguanta media hora más y llega al final del camino, no será la única que lo haga.

Berg se giró sobre su eje y, con un chirrido de rueditas, colocó su terminal enfrente de la maestra. Tras unos segundos, dijo sonriendo:

—Creo que no será necesario llegar hasta esos extremos, señores. Nuestra arrojada concursante está a punto de llegar al final... de su carrera. Pero he disfrutado con la conversación, de verdad. Ahora tengo claras algunas cosas de las que antes dudaba —sentenció, mirando con furia a los presentes. En la pantalla, la joven uniformada como una encargada de la limpieza, que corría a toda velocidad probando caminos, estaba a punto de darse de bruces contra el segundo guerrero veldar.

Me lo encontré de sopetón al doblar una esquina. Grande, musculoso y con un enorme apéndice en forma de sierra mecánica de doble hoja que cayó sobre mí con furia justiciera.

Me aparté de un salto y la sierra hendió media pared. Luego noté que ni siquiera estaba en funcionamiento. El bruto la había mantenido en silencio para no anunciar su presencia, pero ahora, teatralizando un poco sus movimientos, tiró de la correa de ignición. La máquina rugió.

Temblé de miedo. Aquellas hojas gemelas parecían capaces de cortar hasta mi alma.

—Permanece quieta un segundo —aconsejó—, y no te dolerá.

Retrocedí, presta a salir corriendo, pero una idea cruzó mi cabeza abotargada. Me llevé las manos a los pechos y comencé a frotarlos. El veldar se detuvo, mirándome suspicaz. Sus sentidos entrenados para detectar todo tipo de estratagemas y trucos dieron la alarma de inmediato.

—¿Qué haces, hembra?

—Cosas de mujeres —susurré, deslizando mis dedos con infinita suavidad en el espacio entre mis piernas. El veldar abrió sus viciosos ojillos de cerdo con asombro. No miraba mis piernas, pero podía sentir su libido confiriéndole algo de color a la palidez de sus mejillas.

Me retorcí contra la pared, gimiendo y adoptando las posturas más exageradamente eróticas que conocía. Aunque me parecían absurdas, sabía que a los machos, y no sólo a los humanos, les encantaban. Mis dedos frotaron el celofán que cubría mi entrepierna, impregnándolo de sudor y restos del agua del foso. El tejido se cuarteaba y formaba fallas de pliegues que subrayaban el sensual movimiento de mis muslos. Tuve que concentrarme un poco para conseguirlo, pero al fin logré que mis pezones se irguieran enhiestos como espadas, marcando la tela de la camiseta como dos volcanes en erupción.

El bruto miraba asombrado, con su sierra mecánica girando inútilmente en el aire.

Si este plan funcionaba, me juré a mí misma que acabaría bailando una danza india.

Formahl Berg estaba perdido en sus pensamientos, cavilando sobre el futuro que le esperaba si su programa acababa en escándalo, cuando el controlador pseudo-inteligente de vigilancia de obscenidades activó la alarma. Volviendo a la realidad, se inclinó junto con los viejos sobre la colmena de monitores y, horrorizado, comprobó lo que la concursante, su concursante, elegida por él para protagonizar un programa en una franja horaria no restringida, estaba haciendo frente a las cámaras.

No hizo falta que los escandalizados directivos le espolearan; Berg extendió su antena telescópica y llamó al control de realización.

Si ustedes piensan que poner cara de tonta delante de un energúmeno de ciento cincuenta kilos que enarbola una sierra mecánica y tratar de excitarlo sexualmente es fácil, vayan quitándoselo de la cabeza.

Los dedos me dolían de frotarlos contra el celofán del traje. Mis pechos estaban rojos de la pasión con que me los estrujaba —au—, no conseguiría aguantar mucho más la sonrisita boba e ingenua que aureolaba mis dientes perfectos. Pero, al menos,

el bruto seguía quieto, admirando el espectáculo. La sierra mecánica, aún activa, vomitaba humo y gruñidos de combustión como una metáfora del infierno.

Pero había algo raro: él sólo se fijaba en mis pechos, no en mis calculados esfuerzos de más abajo, lo cual no correspondía con la actitud que yo esperaba de un hombre.

Estaba a punto de cambiar de estrategia y pedirle que me ayudase a desnudarme, cuando ocurrió: una alarma sonó en el plató y una voz anunció fin de publicidad en menos doscientos segundos. Los ejes que soportaban las cámaras se desconectaron y colgaron flácidos de los raíles del techo, aunque algunas seguían enfocándome.

El veldar, confundido también, miró un segundo a las cámaras como buscando su público; en el mismo segundo me tuvo encima de él. Me bastó un golpe para derribarlo: por fortuna, la situación de sus puntos débiles resultó ser similar a la de los machos humanos.

Gimiendo, el bruto cayó al suelo con los ojos casi saliéndose de sus órbitas. Me incliné y recogí con ambas manos la sierra mecánica. Pesaba una tonelada, y sólo las vibraciones del motor ya hacían castañetear mis dientes.

Ese fue un momento de indecisión horrible. Nunca me ha gustado matar, nunca he querido dañar a nadie ni provocarle lesiones graves, pero si dejaba que se recuperase, me perseguiría al fin del mundo para matarme y recuperar su honor. No quería asesinarle, y no podía permitir que fuera tras de mí en el futuro.

Llegué a una decisión salomónica: de un tajo, hice que las hojas de la sierra pasasen a través de la carne de sus dos piernas, sin llegar a perforar tanto como para dañar alguna arteria importante. El bruto chilló de dolor y yo casi me hice eco de él al ver tanta sangre (verde, por cierto, pero en aquel momento no me importó).

El veldar se retorció en el suelo, incapaz de alcanzarme, y yo eché a correr.

Enfilé hacia un nexo de pasillos que había sorteado hacía poco. Uno de ellos se extendía en línea recta hasta un callejón ciego en el extremo del Laberinto. Lo sabía porque los raíles de las cámaras acababan justo encima. Sierra en ristre, preparada para destrozar cualquier cosa que se me pusiera delante en ese momento, corrí por los túneles. Tuve que atravesar algunas trampas cortándolas por la mitad o saltando sobre ellas, pero ahora que tenía un arma ya no me intimidaban tanto. Las cámaras, de nuevo en funcionamiento, se turnaban para perseguirme en veloces panorámicas y seguimientos dignos del mejor artista cinematográfico, y yo sentí ganas de encaramarme a las paredes y descargar mi furia sobre ellas (y sobre todos los videads amorales que se ocultaban detrás), pero sabía que era inútil.

A los pocos minutos alcancé mi destino. El callejón moría en una pared llana, sin aberturas, decorada con un cartel que rezaba sarcásticamente *Por aquí no es*.

Jadeando de cansancio, miré a la cámara y hendí la pared de lado a lado. El polvo de cemento me hizo estornudar, pero estaba contenta: aquello sólo podía significar que había topado con una pared maestra del plató.

Tras perforar unos minutos, la última resistencia cedió y el plató adyacente apareció ante mis ojos con una calidad de iluminación diferente.

Apagando la sierra mecánica, me introduje en la abertura, no sin saludar antes a la cámara cordialmente.

Camino alternativo y atajos imprevistos

El rumor de un arroyo cercano despejó mis sentidos. El aire era fresco, lleno de fragancias de flores. Jardineras de plantas desconocidas dibujaban suaves colinas pequeñas y amontonadas, totalmente irreales. Un soto de árboles de ramas azules y frutos cantarines me sonrió al pasar. Por el cielo vagaban nubes pintadas con los rubros de un niño, abombadas y esponjosas y cuajadas de arcoiris.

—¿Dónde demonios estoy? —pregunté retóricamente. Un gato me sonrió desde uno de los árboles.

—Quieta ahí —ordenó dulcemente, con una amplia sonrisa de cuento. Me acerqué cautelosa. Era una monada, con sus franjas rosadas y verdes y su rabo de pompón.

—¿Quién eres, monín? —pregunté, acariciándolo. Su piel era suave como la seda.

—Quieta ahí —repitió. Yo me extrañé. «Quieta ahí» no era la clásica frase de los cuentos.

Entonces me volví y a través del agujero vi que un grupo de veldars, acaudillados por el gigante blanco al que había visto portar el maletín del Ra, corría en mi dirección enseñando los dientes.

Enfadada, corté la rama que sostenía al gato y seguí corriendo mientras éste se pegaba un tortazo contra el suelo. Su voz me acompañó unos metros:

—Quieta ahí, intrusa, quieta ahí. Rodarán cabezas. Rodarán cabezas.

Corrí y corrí, pero al horizonte nunca llegué. Topé con un decorado silueteado de colinas siempre verdes y un camino que serpenteaba hasta el sol poniente, pero que no me dejaba pasar más allá. A la derecha un puentecito de mazapán sorteaba graciosamente un arroyo cantarín. Lo crucé y entré en el huerto de una casita de puerta muy pequeña y ventanas enormes pero cerradas.

Como no había nadie cerca, y los guerreros veldars habían entrado ya en el mundo mágico arrasando los árboles y al gato, me puse en cuclillas e intenté abrir la puertecita. Una voz inocente y vieja como el tiempo llegó desde el mismo pomo.

—¿Sí?

—¡Abran, por favor! ¡Me persiguen los veldars!

—¿Y quién eres tú, que solicitas asilo en esta noche tempestuosa? —demandó. Respirando entrecortadamente, miré al cielo despejado.

—¿Qué importa quién soy? ¡Ábrete de una vez, maldita puerta!

Ofendida, la puerta cerró su propio pestillo y permaneció en silencio. Toqué varias veces en la campanilla, pero nadie contestó. Por encima del hombro vi cómo los sanguinarios veldars señalaban hacia el arroyo y corrían en pos del puentecito de mazapán. Uno de ellos tenía la cola del gato colgando de su boca.

—¡Abre, maldita seas! —grité, aporreando el pomo duende. Entonces recapacité; tal vez ésa no fuera la forma correcta de pedirlo. Cada mundo debía tener sus propias reglas, inquebrantables hasta en un plató de televisión.

—Puertecita, puertecita —temblé, tratando de serenar el pulso—. Soy una bella y desamparada princesa que pide auxilio en aquesta casita tan... mona —arrugué la frente, horrorizada por mi falta de elegancia.

—¿De quién estás huyendo, princesita? —preguntó dulcemente la puerta.

—De... una caterva de monstruos sanguinarios. —Dios santo.

—¿Y de dónde vienen esos monstruos? ¿Son acaso sicarios de Baal, el Demonio del Fuego, devorador de princesas y pesadilla de los protectorados de Leonia?

—Eh... sí. De ése.

—No temáis, hermosa beldad, pues el destino nos tiende su mano amable y ya oigo que está próximo, todo oro y hierro, pendones y blasones, el desfile de los paladines. Esperad y consultaré con el príncipe. Él medirá vuestro valor con una prueba de sangre y noble abolengo que...

—¡No hay tiempo! —interrumpí—. Mira, puerta, digo puertecita linda; necesito que abras tus hojas ahora mismo porque... porque... me he pinchado el dedo con una rueda envenenada y si no estoy acostada en una cama con dosel antes de cuarenta y cinco segundos, bien tapadita y arropada, caeré en un sueño tan profundo que no me va a despertar ni un batallón de excavadoras. —Ya sé que no es un argumento de primera, pero el primer veldar estaba comiéndose el puentecito mientras los otros saltaban por encima.

Sorprendentemente, coló.

—Entra pues, bella damisela, y disfruta de la paz del santuario que...

Sin hacerle caso, me arrastré con uñas y pies por el escueto espacio entre las jambas, remolcando la sierra. Si hasta a mí me parecía estrecho, a un veldar no le cabría ni el cuello a través del mismo orificio.

Ese pensamiento me acompañó en el viaje al subsuelo a través del angosto túnel. A medida que descendía, y no fueron demasiados metros, iba escuchando sonidos de picos y vagonetas, el ambiente de una excavación. En breve llegué a una pequeña caverna llena de enanitos mecánicos que cavaban la roca. Unas columnas de hormigón descendían del edificio de arriba y se clavaban profundamente en el subsuelo; eran los cimientos del estudio central.

Los enanitos, pintorescas marionetas con gorritos cónicos de vivos colores, no notaron mi presencia. Tenían montado todo un sistema de bombeo de agua para ablandar la tierra y unas tuberías de drenaje. Había siete tipos diferentes de enanos, distribuidos según funciones: los más robustos cavaban, otros manejaban las mangueras, los más ligeros corrían de un lado a otro solucionando problemas de intendencia. Evidenciaban una silenciosa escala de mando que funcionaba como un mecanismo de precisión, picando y drenando y volviendo a picar.

Aproveché que nadie reparaba en mi presencia para hacer balance. Estaba hecha un asco. Cansada de correr, sucia, escondida en una cueva de gnomos y arrastrando una sierra mecánica robada a un psicópata tullido. Los tendones del brazo me dolían de sujetarla en alto y las perforaciones de las agujas de Zonppapas, que pedían a gritos gasas y alcohol, comenzaban a escocer. Era fantástico.

Además, toda la base del plan para recuperar a *Aquario* se había ido a la porra: de alguna manera me habían descubierto y hecho participar en un grotesco programa de televisión homicida. Y, ¿qué pintaban los veldars allí?

Supuse que la presencia de los bárbaros era la clave de todo. Podía imaginar los motivos por los que Berg me estaba utilizando para recuperar la reliquia y traerla a Marmolia, pero... ¿por qué dársela a los veldars? ¿Qué querían ellos de un ser termoempático y eminentemente destructivo para su entorno? ¿Acaso pretendían usarlo como arma?

No. Mi proverbial sexto sentido me comunicaba que allí había fuerzas en operación más siniestras de las que imaginaba. Quizás la inclusión de los bárbaros en el demente concurso fuese parte del pago que Berg les había exigido por los derechos de explotación del dios arquetípico...

Otro detalle que llamaba la atención era la dicotomía morfológica de los habitantes de Marmolia. Fuera del Estudio Central todos parecían humanos, caminaban sobre sus pies y hablaban con sus bocas. Pero en el amurallado universo del plató había cientos de terminales móviles que parecían más humanas que los humanos que andaban entre ellas, y desde luego ostentaban rangos superiores. Como miembros de una raza adaptados a un biotopo de características concretas y predefinidas. Era un misterio.

Sentí que una dulce modorra invadía mis sentidos al son de martilleo de los picos contra la piedra. El murmullo de los chorros de agua a presión, la cadencia de los grumos de arena al desprenderse de la pared. Poco a poco mis párpados se cerraron.

Un dolor agudo en la pantorrilla me despejó.

Tenía un enanito delante, uno de los del gorrito simpático de color amarillo. Sus ojillos de muñeca me miraban fijos, sin parpadear, mientras alzaba su pico para golpear de nuevo.

Me revolví en el estrecho espacio entre las rocas. ¿Qué significaba aquello? Varios gnomos se acercaban despacio, paso tras paso, sus picos y mangueras en ristre. Tuve que apartar de un empujón al que estaba delante para que no volviera a atacar. Los demás continuaban su avance imparable.

El bombeo de adrenalina volvió a situarme en la realidad: aquellos no eran gnomos de verdad, sino horribles máquinas creadas por los sicarios de Berg para ampliar sus ya vastos y surreales dominios de cartón piedra. Debían de haberles puesto en alerta sobre mi presencia. ¡La puerta! Esa maldita entrometida. Nunca debí haberle contado esa parte del cuento...

Otro picotazo. Solté un chillido y me levanté, hundiendo mi preciosa cabellera en la humedad suspendida del techo. Aparté de un empujón a un mudito psicokiller y estudié las salidas: por el túnel de regreso a la superficie ni hablar, los veldars aún estarían haciendo gala de su habitual paciencia y tenacidad en la caza. Las mangueras de los obreros surgían del otro extremo del túnel, un pasadizo angosto y húmedo que se perdía en la oscuridad, suficientemente ancho como para permitirme pasar si iba en cuclillas.

No lo pensé dos veces. Propiné una serie de golpes con la sierra a los obreros que me interceptaban el paso y me arrastré intercalando *auchs* y *oughs* por el estrecho conducto, preguntándome por enésima vez qué demonios tenía yo en común con los topos.

Las mangueras venían de un enorme sótano lleno de tanques de agua y bombas de presión que hacían un ruido horrible, como uñas de metal rascando paredes sucias de óxido.

El túnel se ensanchó de pronto y me alegré de poder alzar la cabeza, pero había algo inusual: obreros, sí, y humanos, que marchaban de un lado a otro con lentitud cargando trastos o moviendo ignotas palancas. Todos vestían unos uniformes grises sin insignias y lucían turbantes enrollados en la cabeza. Pero... ¿por qué no había luz?

Del techo colgaban lámparas de flúor aisladas, pero todas estaban apagadas. El único brillo que llegaba hasta mis ojos procedía de los fuegos de una enorme caldera al final de una cinta mecánica donde se incineraban escombros. Racimos de cadenas terminadas en garfios colgaban aquí y allá de las vigas maestras, sujetando ramilletes de cables, cubos con agua sucia u otras cadenas.

Los obreros se movían siguiendo pautas bien definidas. Lo noté mientras me descolgaba del agujero por una tubería; andaban siempre por el centro de los pasillos, girando en ángulos muy cerrados en mitad de cada intersección. Cuando dos o más se encontraban en direcciones opuestas, siempre se apartaban dando un paso a su derecha, para luego volver al centro del camino. Hombres y mujeres, la mayoría jóvenes, y todos parecían ciegos. Anduve entre temples y hornos recocidos procurando no tropezar con ninguno de ellos, pero enseguida noté que sabían que estaba allí. Olfateaban, captaban el sutil perfume de mi sudor, oían la cadencia de mis pasos sobre los tubos. Y el celofán: debía desprenderme de aquellas ropas o jamás pasaría desapercibida.

El brillo de la caldera no alcanzaba a iluminar las paredes, así que no sabía si había alguna salida de aquel lugar de pesadilla. Corrí por los pasillos a mayor velocidad hasta que choqué con uno de los trabajadores. Era un joven de unos veinte años, apuesto y más bajo que yo, que enseguida se volvió extendiendo sus manos. En ese momento las vi como garras frías y espantosas tendidas hacia mi cara. De un

salto, escalé un puente de tuberías elevadas y repté sobre ellas, pero la sierra resbaló. Hizo un ruido espantoso al golpear el suelo de chapa.

Me paralicé. Sabía que había quebrantado la armonía de un silencio casi religioso. En aquel universo de movimientos predefinidos y gestos calculados, un error así debía suponer una catástrofe.

Eché a correr por encima de los tubos. Por dondequiera que pasara surgían rostros de obreros confundidos que elevaban sus narices y manos hacia mí, tratando de identificar al extraño causante de tanto caos.

Al poco llegué a las proximidades de la gran caldera. El intenso brillo resultaba insoportable para mis ojos ya acostumbrados a la oscuridad. No había puertas cerca, ni en las paredes ni en la enorme y bulbosa maquinaria.

Junto a ésta entreví los nichos: eran construcciones de chapas remachadas al abrigo del calor de los hornos, con la lógica arquitectura desquiciada y ultrafuncional de un grupo de ingenieros invidentes.

Salté de nuevo al suelo y me dirigí a una de sus entradas. Los nichos eran madrigueras comunicadas por orificios en las paredes de metal y con puertas de goma que filtraban el calor y los gases de las tuberías. Dentro había algunas mujeres amamantando niños, salas vacías sin apenas muebles y más pasillos. Por debajo de una altura de un metro y poco, una cintura, todo era espacio y limpieza.

Cuando rebasé el primer umbral, rogando por que todos los hombres y mujeres sanos estuviesen fuera trabajando, me llevé un susto de muerte: encima de una mesa con restos de comida había un perrito de orejas peludas y rizadas.

Fue la impresión de ver un animal en aquel lugar, algo incongruente hasta la desesperación. El perrito ladró y fue a esconderse en un montón de sacos. Justo a su lado había un ropero de dos hojas. Lo abrí, sorteando a la mujer que amamantaba al unísono a dos bebés, y sonreí al palpar trajes de faena y perchas vacías.

Agarré uno y comprobé que correspondía con mi altura. Destrabando el celofán, empecé a doblar el uniforme de limpieza en pliegues, descubriendo la piel. Hice un plisado con las perneras del pantalón, otro con las mangas y, abriendo el cierre de plástico que sujetaba la pieza en torno al cuello, descubrí el pecho.

Fue entonces cuando sentí la mano. Me paralizó su contacto frío y rugoso, de piel cuarteada pero amable en su caricia. La matrona, pensé, y dejé que bajase mi traje a la altura de la cintura.

Mientras su diestra enrollaba el celofán en dobleces de reflejos, la zurda me liberaba del apretón del cinto.

Mis esforzados ojos no podían casi distinguir las formas tan adentro del nicho. A un quejido de uno de los bebés le siguió un arrullo y el susurro de una nana. Pero dos manos continuaban trabajando sobre mí, bajándome los pantalones con ademanes femeninos y acariciando mi ropa interior, la que me había prestado Destiny en la nave. Creo que no distinguí el momento en que más manos ansiosas se sumaron a las primeras, palpando todo mi cuerpo con pasión de entomólogo, como si yo fuese un

organismo extraño difícilmente catalogable para sus estándares de cuerpos musculosos y curtidos en el trabajo en las calderas. Noté la abrupta avaricia de dedos masculinos pulsando zonas que les eran desconocidas, la suavidad de unos pechos de mujer recorriendo mi espalda, mejillas apretadas contra mis nalgas, lenguas reseca que limpiaban espacios entre los dedos de mis pies.

Me apoyé en el ropero jadeando; los gases se me acumulaban en los pulmones, haciendo difícil el respirar. Inhalé el sudor de cuerpos jóvenes tan cercanos a mí que se movían piel contra piel. Bajo mis párpados cerrados pasó el aroma de un niño, su piel fresca y sonrosada acariciando mis pechos en busca de rastros de calor maternal.

Me sentí caer, caer a un pozo de sensaciones indefinibles, a un océano de manos que tocaban explorando amablemente cada centímetro de mi piel; sin prisas, sin hacerme daño, sin exigir más de lo tolerable. En un instante indeterminado el contacto se volvió recíproco, las sensaciones fluyeron vivamente en ambos sentidos: alguien colocó sus labios cerca de los míos, la humedad de su lengua (¿era hombre o mujer, joven o viejo?) compartiendo el espacio de la mía, media docena de lenguas lamiendo cada rincón de mi rostro, enfriando su rubor. Mis dedos notaron una flor húmeda y de pétalos ardientes, y la acariciaron con ternura, llevando luego su perfume a mi extasiado sentido del olfato.

Pronto empezaron a tocarme también por dentro; primero dedos, luego algo cálido y tubular, llenándome de una manera que yo nunca había conseguido por mí misma. El torbellino de sensaciones, desconectadas de la visión y de la urgencia por conocer motivos, me arrastraba con la fuerza de huracanes de ansiedad. El embate se volvió cadencial, rítmico, inyectando calor en un crisol de sal fundida, removiendo círculos de baños salinos alimentados con la secreción de mis poros. No me gustaba, yo prefería la paz del desconocimiento primordial, pero el latigazo de calor que subía del vientre me arrancaba gemidos de las cuerdas vocales y hería la solemnidad de aquella ceremonia silenciosa. Me sentía una profanadora, una violadora de secretos inconfesables, hendiendo con mi sucia falta de elegancia aquel mundo perfecto de gestos e intuiciones.

—*Basta.*

13

Orfismo

No fue más que un susurró, pero bastó para cortar la intensa concentración de los participantes en aquella danza erótica como un sable afilado.

En escasos segundos me vi libre de aquellas presencias, libre de sus caricias y perfumes. Y el frío invadió mi desnudez. De inmediato comencé a vestirme, enfadada por el brusco parón en tan singular cortejo. Dos brazos me ayudaron a ponerme el uniforme de faena de los trabajadores, pero sus movimientos eran rápidos y útiles: me ayudaban de verdad a ponerme la ropa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz estruendosa—. Los inspectores no tienen permiso para bajar hasta finales de semana.

—Es que no soy una inspectora —aclaré, bajando tanto el volumen que temí que no me oyera.

Me oyó.

—¿Que no eres una inspectora? ¿Y entonces quién demonios...?

Me tocó las sienes con dedos fuertes y velludos, buscando los implantes comunes en los videads. Aún no habíamos salido del nicho, pero su silueta de anchas espaldas y brazos imponentes se recortaba contra la puerta de salida, dejándome ver que era un trabajador obeso y barbudo, de voz grave pero agradable, y que olía tan mal como el resto. Sus dedos presionaron mis sienes y mi cuello, y se apartaron cautelosos.

—¿De dónde vienes tú, que careces de los implantes y no estás ciega como nosotros? —preguntó. Yo temblé, buscando rápidamente una excusa. Lo de la princesita y la rueda envenenada no colaría de nuevo. Lo mejor que podía hacer era arriesgarme con la verdad, puesto que nada más sonaba convincente.

—Soy una... soy extranjera. No pertenezco a la clase de los videads, sino que vengo de fuera.

—¿De Mundo Joya? —Esa pregunta me sorprendió. Algo en aquellas personas atrapadas en su cueva sugería aislamiento completo del mundo exterior.

—No, de Zhintra. Me llamo Piscis.

El hombretón meditó unos instantes. Luego me acompañó fuera del nicho.

—Piscis de Zhintra, ¿eh? Debes haberte perdido como nunca para haber llegado hasta aquí abajo, muchacha.

—No lo sabe usted bien.

—He oído rumores en las tuberías —susurró, afilando los ojos—. Rumores que hablan de una intrusa capaz de reventar el campo de emoticones y escapar del Laberinto de la Muerte del director Formahl Berg.

—Ah... ¿sí? —inquirí, sorprendida. La cara que pondría Rudolf cuando le contara que, en efecto, sí que había gente que se pasaba el día con la oreja pegada a

las tuberías.

El gigante asintió.

—Los tubos hablan de una mujer excepcional que tiene el honor de encabezar el ranking de enemigos públicos más buscados de Marmolia desde hace varias horas. Todo un logro.

—Vaya si lo es. —Desde luego no lo esperaba. Eso complicaba las cosas sobremanera. Y pensar que yo sólo había venido a buscar mi nave.

Las risas del trabajador acabaron en una desproporcionada palmada de compañerismo en mi espalda.

—¡Jo, jo, jo! Pues bienvenida seas. Cualquier enemigo público número uno es recibido aquí abajo con los brazos abiertos.

Salimos a pasear entre los hornos.

—¿Tienen ustedes contacto con la resistencia? —pregunté.

—Depende de con cuál.

—¿Cómo?

El hombre sonrió.

—Ante todo déjame presentarme. Me llamo Henry; soy el calderero jefe.

—Encantada. —Me besó la mano, sorprendiéndome con su exquisitez.

—Yo también pertencí a un movimiento de protesta en mi juventud, pero éramos más puntuales en nuestras exigencias. No nos gustaban cierto tipo de programas y luchábamos por abolirlos. Pero los índices de audiencia estaban en nuestra contra, y eso en Marmolia es lo único que realmente importa: cuánta gente esté pendiente de lo que haces o dices, aunque sea una mentira.

—Pero tú tienes rastros de implantes —le palpé las sienes y delante de sus orejas. Noté los habituales nodos de conexión para terminales portátiles.

—Son antiguos ya. Quemados por los Lunares. —Un escalofrío le hizo temblar al recordarlo—. Hay formas mucho más sutiles de tortura que un cable candente, sobre todo cuando estás tan necesitado de recuperar la vista.

—Pero tú no estás ciego —señalé, pasando una mano por delante de sus ojos. Él la detuvo con precisión.

—Tú estás ciega. Yo estoy ciego, aquí todos lo estamos —dijo resignadamente—. Cuando ya no puedes volver a contemplar la realidad como antes —se palpó los implantes—, con su perfecta resolución, sus colores de alta densidad, su encuadre lógico y áureo desprovisto de la aleatoriedad de la Naturaleza... entonces se puede afirmar que estás verdaderamente ciego.

Le contemplé en silencio mientras rodeábamos la caldera, empezando a comprender la psicología de una gente a la que se le había presentado el mundo de una forma lógica y reglada desde su nacimiento, y el infierno de los «ciegos» al comprender que, en la vida real, no todos los encuadres están preparados para ocultar lo políticamente incorrecto.

Detrás de la caldera apareció una puerta como por ensalmo, su contorno apenas insinuado en las sombras de la pared.

—Espero que sepas disculpar a mi gente —dijo Henry—. Están tan desesperados por suplir el flujo de estímulos de la televisión que el sexo les sirve de válvula de escape.

—No te preocupes. —Me sonrojé—. No estuvo tan mal, después de todo. Ejem. ¿Sabes cómo puedo llegar hasta mi nave? Está en uno de los hangares de algo llamado el distrito cuatrocientos —cavilé un momento—. ¡No, espera! ¿Puedo acceder desde aquí a las tuberías de desagüe de la ciudad?

Henry asintió, extrañado.

—Claro, por los sótanos pasa todo el caudal energético e hidráulico de los barrios colindantes a la Central.

—¿Todo el fluido eléctrico, incluido el de las antenas de transmisión?

—Sí, los generadores que alimentan los servos de alineación con los satélites los controlamos nosotros. Pero nos tienen muy vigilados para que no haya problemas. ¿Por qué?

Le guiñó un ojo.

—Confía en mí, Henry. Vamos a introducir en esta cultura un concepto revolucionario: la interceptación de mensajes cifrados.

Destiny había terminado de hacer sus necesidades en el baño del laboratorio cuando una voz surgió de entre sus piernas. Se sobresaltó tanto que tiró el rollo de papel higiénico dentro de la taza.

Alguien o algo había pronunciado su nombre.

—¡Destiny! —volvió a gritar el inodoro. La joven contrabandista sacó con dos dedos el rollo mojado de papel y metió la cabeza dentro de la taza. Parecía una voz de mujer muy lejana.

—¡Destiny!

La voz de Rudolf hizo que su cabeza chocara contra la taza.

—¡Ay!

—¿Qué ocurre? Te he oído gritar.

—He oído que alguien pronunciaba mi nombre.

—Claro, he sido yo.

La joven tiró el rollo de papel a la basura.

—No, idiota. Alguien me llamó desde el interior del inodoro. Por las tuberías —aclaró. La habitual paranoia del cabecilla de la resistencia hizo acto de presencia:

—¿Desde las tuberías? —Introdujo su cabeza dentro del water. La voz reverberó hueca—. ¿Estás segura?

—Destiny, ¿estás ahí?

—¡Piscis! —dijeron a la vez. Rudolf se colocó en posición para transmitir.

—AQUÍ ESTAMOS, PISCIS. INFORMA, CORTO.

La respuesta tardó unos segundos en llegar.

—No os puedo decir dónde estoy por la seguridad de la gente que me acompaña, pero me encuentro bien. Voy a tratar de llegar hasta mi nave y luego iré a recogeros. Estad atentos para subir por donde vosotros sabéis. Y cuidado con el Buletinador; aún debe rondar por ahí cerca.

Destiny puso los brazos en jarras.

—¿La gente que la acompaña? —comentó. Rudolf volvió a desgañitarse:

—¿DE QUÉ GENTE HABLAS? ¿DÓNDE ESTÁS?

—En un lugar muy... oscuro. Escuchad, creo que ya he descubierto el secreto de VHN. Voy a tratar de llegar hasta la antena central para interrumpir las emisiones. Eso creará el caos necesario para que podamos escapar.

Destiny miró a Rudolf, preocupada.

—No te preocupes, cariño. Te devolveré el favor que me hiciste al rescatarme de las cloacas de Jaruppa. Tú sólo permanece atenta al cielo.

La contrabandista se ajustó bien los pantalones y cogió su traje de vuelo. Rudolf oyó que la puerta se abría y alguien entraba unas bolsas en la habitación; Zonppapas había regresado de hacer la compra.

—¿A dónde vas, chiquilla? —preguntó.

—A buscarla. No permitiré que le hagan daño.

—Hola, ya he llegado —saludó el científico, guardando las cosas en la nevera—. No sabéis cómo estaba el tráfico hoy. Había casi seis coches al mismo tiempo en cada carril... Pero, ¿qué haces, Destiny? ¿Vas a salir? Te he traído tus compotas.

—Guárdalas en una bolsa de viaje —decidió la joven, saliendo por la puerta—. Nos las vamos a llevar.

—¿Ésa es?

—Yo no puedo asomarme o me quemaría los ojos. Si la ves grande y redonda, es la que buscas.

El gigantesco plato de la antena principal de comunicaciones parecía una luna en cuarto menguante desde mi posición, un domo de acero tatuado por una red de nervaduras de titanio y repetidores coaxiales. Estaba escoltada por un batallón de antenas de menor envergadura orientadas hacia todos los puntos cardinales, rotando suavemente con el pausado ritmo de los satélites. Pero ninguna le hacía sombra a la majestuosidad de la principal. Sin duda, había dado con mi objetivo.

Cerré la tapa del respiradero y bajé a la oscuridad con mi nuevo amigo. Henry meneaba la cabeza, indeciso.

—Lo que intentas hacer por nosotros es loable, Piscis, pero creo que no servirá de nada.

—Ten confianza, hombretón. —Le di una palmada en el hombro, más animada—. Todo gigante tiene su punto débil. Si sólo pudiera llegar hasta esa antena, seguro que me las arreglaría para inutilizarla con las manos.

—No es eso a lo que me refiero.

Enigmático, el trabajador me llevó de vuelta de la atalaya a los túneles. Habíamos recorrido un espacio equivalente a la mitad del Estudio, unos cuatrocientos metros, en apenas siete minutos. Me sorprendí de la facilidad de movimientos de aquella gente, los Ciegos, los residuos de la sociedad de la imagen, condenados a trabajar en las tramoyas de la fábrica de sueños. Henry decía que les vigilaban, pero nunca supe cómo, ya que no vi guardias ni robots ni cámaras en ningún rincón del submundo. Nos movimos por cañerías, lianas de cables de tensión y delgados intersticios entre tabiques falsos. Reptamos por entre vigas de techos de cartón y saltamos huecos de ascensores que parecían caer hasta el infierno. Tuve una fuerte sensación de déjà vu.

—¡Dios mío! —exclamé, mientras nos deslizábamos por el interior de una tubería. A través de una rejilla de aireación acababa de ver algo maravilloso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Henry, unos dos *arf* delante de mí. Yo no podía contestar.

La tubería estaba tendida a lo largo del techo de un hangar atestado. Justo debajo, rodeada de personas y robots de mantenimiento, enganchada por cables que herían su perfecta pintura, estaba *Aquario*.

—¡Es mi nave! —exclamé, casi con lágrimas en los ojos.

—¿Tu nave?

—¡Mi nave! ¡Es ella, esa preciosa, linda, maravillosa, increíble y expertamente afinada muestra de la tecnología de nuestra era! ¡*Aquario*!

—Oye, por casualidad no tendrás algún asunto raro con ese trasto que te haya rayado las neuronas, ¿no?

Le golpeé para que siguiera arrastrándose. Debíamos salir del tubo inmediatamente e ingresar en el hangar.

En la siguiente rejilla hice otro alto, para desesperación de Henry, que parecía preocupado por estar tan lejos de su zona. Pero yo tenía que ver.

Examiné los motores. Por fortuna la nave estaba orientada hacia nosotros por la popa: las máquinas Kerambeón estaban intactas. Expulsé una vaharada de alivio. No habían podido desmontadas por las buenas, pero aquello que estaba aparcado junto al fuselaje parecía una enorme grúa-sierra, con un disco dentado de varios metros de diámetro colgando peligrosamente del extremo de su brazo metálico. Si esos salvajes pretendían hacerle algo a mi preciosidad... La antena de transmisiones estaba destrozada. Por eso no había podido comunicarme a distancia con el ordenador. No parecía un accidente: la habían seccionado cuidadosamente, extrayendo el cableado. Como no podían puentear el código de la señal, habían tratado de descubrir las pautas de voltaje de la recepción. Por el aspecto de la escotilla de acceso (continuaba sellada herméticamente), tampoco por esa vía habían tenido éxito. Pensé en *Peluche*, mi gata,

y en lo asustada que debía estar ante los ruidos en el casco y los zarandeos de la estructura.

Debía llegar hasta ella cuanto antes.

—Henry, ¿estamos muy lejos del acceso a la antena principal?

—En realidad, no —dijo mi guía—. Lo que ocurre es que no podrás llegar en línea recta.

—¿Y por qué no?

—Porque en medio se encuentran las dependencias de los ejecutivos. Es una fortaleza dentro de la fortaleza. Nadie puede llegar hasta ellos, ni siquiera los guardias de seguridad.

—¿Ah, no?

Henry salió de la tubería y me ayudó a bajar al suelo. Estábamos en un callejón sin salida, con una esclusa en el suelo que deduje que debía comunicar con otro puesto de mantenimiento. Eso marcaba la frontera del reino de las tuberías y los hombres ciegos.

—El Palacio Catódico se considera territorio seguro. Nadie puede entrar en él si no es un ejecutivo, un invitado o una prostituta, y... —Me miró.

Yo reí musicalmente.

—No voy a hacer lo que piensas, Henry. —Le besé en la mejilla—. Gracias por todo; por traerme hasta aquí, por ayudarme en los túneles y presentarme a tu verdadera familia. Espero volver a verte de nuevo algún día.

El hombretón me dedicó una de sus escasas sonrisas y peinó mis cabellos hacia atrás.

—Piscis. Qué nombre tan extraño.

—En realidad es un alias —aclaré. Me gustaba cómo trataba mi pelo—. Mi verdadero nombre es Marionette, pero nunca lo uso. Prefiero que me llamen Marion.

—Marion —repitió, y me besó en la frente—. Es un nombre muy bonito.

Se inclinó y abrió la esclusa, comprobando que el cuarto de intendencia estuviese vacío. Luego me despejó el paso.

—Suerte, Marion. Prometo no revelar nunca a nadie cómo te llamas.

—Adiós, Henry. Y espero que algún día puedas conducir a tu gente fuera de la caverna.

El hombretón rió sin humor.

—Somos nosotros los que hemos escapado de todas esas sombras chinescas. El problema es que nadie más de fuera lo aceptaría; la única forma de convencerles para que vean la luz de sol es derribar el techo de su mundo de sueños, y hoy por hoy, eso no es posible.

Me dedicó un último adiós y cerró la esclusa. Yo caí de nuevo en el nivel real de aquel mundo de pesadilla, pero esta vez no me cambié la ropa: si había que presumir de algo, que fuera de estar ciego.

Una proposición indecorosa

Como dijo Henry, había dos maneras de entrar en el Palacio Catódico: una, perteneciendo a la selectísima y exclusiva rama de los ejecutivos o de sus protegidos. La otra, como una de sus habituales prostitutas.

Yo elegí la primera.

Al Palacio se accedía por medio de tres puentes, uno de marfil para la gente de condición social elevada, otro de oro para agasajo a los invitados, y uno de plata para los que poseían ruedas. Los tres se arqueaban con elegancia sobre un foso de paredes de mármol. Era tan hondo que sugería que uno podría pasarse media vida cayendo, y hasta arrepentirse en algún momento de haberse tirado.

Por detrás de la muralla exterior se apreciaba un complejo entramado de tubos de cristal por los que circulaban vehículos ovoides a gran velocidad, como si el Palacio estuviese dotado de su propio sistema circulatorio por el que fluían glóbulos de diseño pop.

Fue el puente de plata el que crucé, armada con mi más descarada parsimonia. Los vigilantes, un grupo de ojos espía que incorporaban cañones térmicos en la panza, se arremolinaron dándome el alto.

—Soy Piscis de Zhintra. Estoy aquí para ver a Formahl Berg —anuncié.

—Piscis de Zhintra no reconocida —graznó uno de los robots—. Destruir al intruso.

Alcé una mano.

—Decidle que conozco su secreto, que he visto el gran espectáculo. Si disparáis contra mí la reputación de vuestro jefe se verá seriamente dañada en los boletines de noticias de esta noche. Deseo hablar con él *ahora*.

Y me volví, dándoles la espalda.

Los robots debieron sentirse muy confundidos, ya que no cumplieron su promesa de calcinarme y, al cabo de unos segundos de rápida consulta transistorizada, uno de ellos anunció:

—Puedes pasar.

Y así me convertí en invitada de uno de los ejecutivos más importantes de la corporación.

Caminé por salones *art deco* durante una media hora. Luego por laberintos de videojuegos y pistas de patinaje que parecían escaleras, y al fin llegué al despacho de Berg. Las puertas estaban abiertas.

—¿Hola?

Entré sin esperar confirmación. Me esperaba una de aquellas pintorescas terminales andantes con el rostro de Berg iluminado en la pantalla.

—Qué decepción —espeté—. Esperaba sinceramente que el gran ejecutivo me recibiera en persona, ahora que somos socios.

Berg enlazó sus palpos. No había pestañeado ni una sola vez desde que entré.

—¿Socios? —repitió.

—Socios. En parte, ya lo éramos cuando me reclutó para realizar la búsqueda del Ra, pero creo que no llegamos a mayores hasta que me lanzó a protagonizar una noche en su laberinto psicópata —dije. Él escupió una carcajada.

—No tenías que enfadarte tanto, preciosa. Al fin y al cabo, sólo es televisión.

Caminé un poco por el despacho. Grande, distribuido como un garaje para vehículos de locomoción estándar, con una mesa de control maestra y varias tomas de corriente. Berg estaba solo, pero podía escuchar el murmullo de muchas otras terminales rodando en despachos cercanos. Un sofá de plumas de pavo real rompía la monotonía y parecía extremadamente cálido y confortable en mitad de tanta funcionalidad.

—¿Es que a ustedes jamás se les ve en persona? —pregunté—. Desde que he llegado al Palacio sólo he visto terminales parlantes rodando de un lado a otro.

—Es una forma de distanciamos de nuestro trabajo —expuso Berg, impaciente—. Así puedes desconectar tus negociaciones con cualquier cliente en el momento que te convenga, ¿no crees?

—Creo que es una tontería.

El ejecutivo bufó.

—Claro, se me olvidaba que antes de tomar una decisión debería consultar siempre a los paletos. ¿Has estudiado, Piscis? ¿Qué eras antes de convertirte en terrorista? ¿Consejera jefe de algún... no sé, algún gobierno de feministas? —Se interrumpió a sí mismo—: ¡Ah, no, no, espera, ya sé! Eras ingeniero técnico nuclear para alguna corporación espacial de Mundo Joya, claro. —Sonrió—. Más bien, ¿sabes qué impresión me das? La de una prostituta de encargo biofacturada en algún agujero zhintriano de mala muerte, siempre a sueldo de algún directivo con dinero, incapaz de llegar a ninguna parte por sí sola.

—He llegado hasta aquí —afirmé. Él fue a protestar y se detuvo.

—Es cierto —admitió—. Toda una hazaña. Eso demuestra que eres más de lo que pareces. ¿Una copa?

La iluminación se redujo unos grados y un mueble bar desplegó su abanico de caprichos millonarios en una esquina del despacho. Un suave tintineo acompañó a la terminal de Berg mientras se acercaba a la cubitera para recoger un vaso con sus apéndices retráctiles.

—¿Qué pretende, Berg? —torcí el gesto. El ejecutivo sonrió, pasando su rostro a blanco y negro.

—¿Yo? Nada en absoluto, tan sólo ofrecerte una copa y una pizca de conversación inteligente. ¿Un cubito?

—Dos. —Sendos tintineos sobre cristal de Bohemia—. Brandy, si dispone.

—Ah, una mujer cultivada. La última que invité pidió cerveza engrasada. Tuve que arrojarla por la ventana, a la pobre. Pero eso sí, después de la (llamémosla así) ceremonia de intercambio.

Compuse una expresión edulcorada, aceptando la copa. Me senté en el sofá mientras Berg rodaba hasta un intersticio del apoyabrazos, cerca de mi cara.

—Y... ¿puedo ser yo quien elija la forma de comenzar con ese intercambio?

Los diodos de Berg se sobrecalentaron emitiendo chasquidos.

—No veo otra manera —reconvino. Sonreí y, antes de continuar, probé el dulce licor. Berg acercó sus palpos a una terminal de control y una melodía envolvente (piano y cuerdas) surgió de alguna parte. A través del ventanal que dominaba la ciudad vi caer gotas de lluvia ácida dejando preciosos rastros crepusculares en el smog del atardecer. Hoy no soplaba el viento sobre el Palacio y sus chimeneas.

—¿Sabes qué ocurre cuando alguien desafía a una persona como yo? —preguntó el ejecutivo, dulcemente. Yo hice un mohín.

—Supongo que le castigas.

—¿Castigar? ¿Por una proeza así? —sonrió—. En absoluto, querida. Más bien es como un presente inesperado que la fortuna te trae cuando menos te lo esperas, y eso, en ocasiones, es extremadamente agradable. ¿De dónde vienes, Piscis? ¿Y por qué tienes tanto empeño en ser una espectralohína?

Fruncí el cejo.

—¿Una qué?

Berg hizo un gesto extensivo a todo el paisaje urbano.

—Es un término acuñado por mis conciudadanos, una moda pasajera como cualquier otra. Ahora se han inventado nuevas formas de hablar entre ellos, modismos contruidos a partir de frases curiosas de las telenovelas.

—Usted les odia —adiviné, sorprendida. La terminal de Berg giró unos grados hacia mí, y luego se encaró con el ventanal.

—¿Odiar? —meditó—. Uhm, no. Yo no utilizaría una expresión tan definitiva.

—Pero piensa en ellos como seres inferiores...

—*Inferiores* es una forma de verlo. Digamos más bien... dependientes. Son seres dependientes, que creen de verdad que son sus gustos y las encuestas los que deciden la programación. Compran los productos que nosotros les indicamos porque los ponemos a la cabeza de una lista, y ellos están convencidos de que son los que han votado para configurarla. Pasa con todo: la ropa que se ponen, los alimentos que comen, la música que escuchan... Todo parte de listas elaboradas en esta oficina. Puro trabajo burocrático.

—Es cruel —opiné. Berg negó moviendo los palpos de la terminal.

—¡No, no! ¡Es perfecto! —exclamó—. El año pasado creamos una nueva clase de pantalones para los jóvenes de quince años de Mundo Joya, y los popularizamos vistiendo a sus ídolos musicales en los diecisiete audio-canales. Ellos piensan que se trata de una forma de vivir la vida innovadora y a contracorriente, contraria a todo lo que respetan sus mayores, pero no es más que una maniobra para vender pantalones auspiciada por gente de la edad de sus padres. —Me guiñó un ojo—. Y se venden muy bien, te lo aseguro. Los jóvenes son extremadamente influenciados cuando se les ataca por el lado de lo incorrecto.

—Apasionante.

—Las modas interraciales, las opiniones políticas, el nivel de tolerancia moral... Todo parte de aquí —señaló un grafo colgado de la pared—. Estudios de mercado, compañías discográficas que pagan cifras millonarias para que mantengamos a sus estrellas prefabricadas en lo alto de los rankings; condicionamiento de la población para que dejen de usar determinadas palabras del diccionario... asimilación de conocimientos. El nivel de cultura de nuestra sociedad es una función directa de lo que pongan esa temporada en la televisión.

—¿Y por qué me lo cuenta?

Berg me miró a los ojos, muy serio. Tenía ese aire trascendental que aureola a los líderes cuando apologizan su propia ideología.

—Porque tú no perteneces a este paradigma. Lo noté en cuanto te vi.

—¿Qué quiere decir? —Ya había agotado el brandy, pero escancié la copa para ocultarme un poco tras ella. La mirada de Berg se había tomado ardiente, enfermiza. Estaba hablando el verdadero empresario bajo la fachada de ejecutivo común.

—A ti no te puedo manipular, Piscis —explicó, muy serio—. No sé por qué, pero no respondes a ningún estímulo estándar, a diferencia del resto de los borregos de ahí fuera. No te convence el dinero, ni te amedrentan el miedo o la fama. Has sobrevivido a todas mis trampas mediáticas y a los asesinos... Y ahora estás aquí, hablando con una copa en las manos —afiló sus ojos—. La verdad es que no sé qué hacer contigo.

Dejé la copa sobre el suelo y me puse en pie, acercándome distraídamente a la salida. Berg era un mueble plateado que despedía luces parpadeantes al borde del ventanal.

—El Ra.

—¿A qué te refieres?

—Quiero saber el motivo por el que vi a un veldar llevando consigo el maletín del semidiós. Creo que es hora de comenzar con el intercambio que me propuso antes, ¿no?

Berg dejó también su copa.

—Es por ti, preciosa.

Di un respingo.

—¿Cómo?

Berg avanzó unos centímetros. El brandy estaba empezando a subírseme a la cabeza, haciéndome ver difusas las luces de la ciudad.

—Eres un ser absolutamente adorable —murmuró, extendiendo uno de sus palpos hacia mí pero sin llegar a tocarme, como si reverenciara de algún modo el tacto de mi piel—. Lo supe desde aquel primer encuentro en Vermacroyd. Desde que ingresé en este negocio soñé con una heroína como tú: hermosa, cándida, inteligente, de origen un poco turbio pero obviaable... Eres la estrella que siempre quise que iluminara mi firmamento particular.

Me acarició con su extremidad metálica. Yo trastabillé, mirando la copa de brandy. La cabeza se me iba.

—Me has drogado... —alcancé a pronunciar. Él acercó el zoom de su imagen hasta encuadrar sólo sus ojos.

—No, pequeña. Sólo te he facilitado el pasaporte para un mundo perfecto. Un mundo sin luchas, sin reveses inesperados... El Paraíso que sólo pueden disfrutar unos pocos. ¿Acaso vas a rechazar vivir el resto de tu vida dentro de tus fantasías?

Caí al suelo, creyendo que estaba a cientos de kilómetros de distancia y que jamás iba a alcanzarlo.

—Buenas noches, preciosa —susurró Berg—. Que duermas bien y sueñes con las estrellas.

Fragmento del guión del episodio piloto de la gran familia, Sitcom ambientada en el siglo XX con influencias caprianas

Por Formahl Berg, Actien de Visalh y Emile August, copyright 11.234.43.44.5. Todos los derechos reservados. Distribuye: Cineskape Films para Astonish CP.

Padre: Formahl Berg (ASC).

Madre: Piscis de Zhintra (sin afiliación).

Hijo Mayor: Bul Kanga (ASC).

Hija: Catherine LeBlanck (MAFC).

(Risas enlatadas: ><)

Entra rodillo de títulos de crédito. Apertura desde negro sobre plano de situación: Casa de los Felisc. La puerta del garaje está abierta y el perro juega en el jardín. Félix de Felisc, en zapatillas y camiseta, riega las plantas silbando una alegre tonada cuando entra su hija cargando con tristeza un patinete estropeado.

PADRE: ¡Hola, pitusa, cariñito de papá, cielo! ¿Qué le ha pasado a tu triciclo?

HIJA: (Irritada) No es un triciclo, papá. Es un patinete.

PADRE: ¡Tienes razón, caramelito! Ya decía yo que las dos ruedas que faltan no se podían haber caído al mismo tiempo. ><

HIJA: Pero, ¿me lo puedes arreglar, o no?

PADRE: Bueno, no sé si a tu madre le gustará que me manche la camisa de trabajar hoy que le toca lavar la ropa. ¿Sabes qué? ¡Se lo vamos a preguntar!

Entran en la casa. Ambiente cálido y acogedor. Iluminación brillante y veraniega, las ventanas están abiertas para que entre la brisa marina. En la televisión ponen un programa concurso para toda la familia, que está viendo el Hijo Mayor con una libreta en las manos.

HIJO: Papá, vocablo de nueve letras sinónimo de fiesta de Año Nuevo.

PADRE: Reveillón. Oye, hijo, ¿no habrás visto a tu madre por aquí? ¿Está en el cuarto de la plancha dedicada a sus quehaceres diarios?

HIJO: La verdad es que hoy no la he visto (*Tacha una línea en su libreta*). ¡Mira, tengo un siete sobre siete!

PADRE: Felicidades, hijo. Si prometes traer al menos dos sobresalientes del instituto este mes, puede que el próximo te lleve a participar en directo en la Cornucopia de la Fortuna.

HIJO: (*Emocionado*) ¿De verdad? ¡Córcholis, eso sería maravilloso! ¡Voy ahora mismo a buscar a mamá!

MADRE: ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

Aparece la madre por la puerta de la cocina, llevándose una mano a la frente. Viste falda larga, delantal de flores y guante de hornear en la diestra. Peinado de burbuja rubio platino. El público la recibe con aplausos y vítores. Los demás actores esperan a que se calmen antes de seguir.

HIJO: ¿Que dónde estás? Saliendo de la cocina, mamá. ><

PADRE: ¿Otra vez te has vuelto a olvidar las pastillas para la memoria? Vaya por Dios, qué contrariedad.

HIJA: (*Ofendida*) ¡Papá!

PADRE: Oops. Lo siento, cariño. Le prometí a nuestro pastor, el padre Just, que no volvería a tomar el nombre de Nuestro Señor en vano. En la próxima Eucaristía prometo rezar dos veces el Padre Nuestro. ><

MADRE: Ah, ya recuerdo, la cena de Navidad. ¡Oh, vaya, espero no haberla quemado!

Llevándose las manos a la cabeza, corre hasta el horno y con el guante extrae la bandeja con el pavo. Éste aparece dorado pero no excesivamente hecho. Padre la abraza.

PADRE: Eres una cocinera de primera, pastelito, y un ama de casa inmejorable. La esposa perfecta que siempre deseé.

MADRE: Y tú el esposo perfecto (*Le da un piquito en los labios*). Ahora lleva a los niños al jardín, que tengo que trabajar. No quiero que esta noche salga nada mal.

ENCADENA CON interior noche, dormitorio de los Felisc tras la fiesta de Navidad. Los niños se han acostado temprano para no espantar a San Nicolás. Félix de Felisc entra desde el lavabo con una bata a cuadros. Su mujer está en el tocador, acabando de peinarse.

PADRE: ¿No te parece maravilloso, querida?

MADRE: ¿El qué? ¿Que el pavo haya salido bien, después de todo?

PADRE: Eso estaba tan cantado como que el sol sale tras las montañas cada mañana. >< A lo que me refería es a la perfección de nuestra vida: dos niños que ya casi son tan mayorcitos como para abandonar el nido, un hogar amplio y asegurado a todo riesgo, un perro inteligente y sin pulgas y el amor de todos nuestros vecinos. ¿Hay acaso alguien que en verdad pudiera desear algo más?

MADRE: *(Acercándose a la cama con la bata perfectamente planchada)* De ningún modo, cariño. Acércate, que quiero darte un beso de buenas noches.

Padre le da un piquito en los labios y se arroja con una sonrisa en los labios, pensando en el maravilloso despertar de mañana, cuando sus hijos bajen en tropel para registrar los calcetines junto a la chimenea. Su mujer parece extrañada. Se desata el...

NOTA DE LA PRODUCTORA: Los hechos relatados a partir de ahora no corresponden a un seguimiento exacto del script original. Son un resumen lo más fiel posible (dentro de las normas de la censura) de lo acontecido el primer día de rodaje. La productora no se responsabiliza de los daños que puedan derivarse de la lectura de los siguientes párrafos.

(...) Se desata el corpiño e insinúa sus vergüenzas femeninas. Confundido, Padre le hace un lugar mayor en la cama y a punto está de caerse por el otro lado. Madre se arrastra por encima de las sábanas permitiendo que su perfecto peinado se deshaga un poco.

MADRE: ¿Qué te ocurre, pichurri, pichoncito de mamá? ¿Es que no quieres celebrar esta magnífica noche?

PADRE: Eh... Claro que sí. Y ya lo hemos hecho, ¿no? Los calcetines están llenos de regalos.

MADRE: Olvida los calcetines. Eso es lo único que pienso dejarme puesto en lo que queda de esta fría noche de invierno. (Deja caer la bata y sus vergüenzas cuelgan libremente al aire).

PADRE: *(Tapándola aterrado, con los ojos cerrados y rogando por no rozar nada indebido)* ¿¡Qué haces!?! ¡Tápate ahora mismo antes que entren nuestros hijos, loca!

MADRE: ¿Nuestros hijos? ¿Y por qué iban a entrar ellos a esta hora? ¿Es que no saben que todo el mundo necesita algo de intimidad?

PADRE: ¡Intimidad! Ellos no saben qué es eso, ni los motivos por los que debería existir. La única intimidad que hay en esta casa es la que el cuerpo sano disfruta en el sagrado templo del excusado, cuando no queda más remedio que interrumpir la acción.

MADRE: ¿Qué dices? Entonces, ¿cómo demonios han nacido ellos?

PADRE: *(Horrorizado)* ¡Otra blasfemia! Caramelito, decididamente esta noche estás muy rara. No paras de decir palabras feas e inconexas, y me has enseñado... ¡cosas que deberían haber permanecido para siempre en privado, como tus tesoros más recónditos!

MADRE: *(Mirándole como si le viera por primera vez)* ¿Quieres decir que nunca las habías visto?

Félix rebuzna y se arropa con más fuerza, tratando de volver a su confortable sueño de niños bajando en cámara lenta por las escaleras, todo sonrisas y jolgorios y luces de flúor. Y los calcetines gorditos y relucientes que cuelgan del hogar en espera de...

MADRE: *(Zarandeándole)* ¡Responde, cariño! No me habías visto desnuda antes, ¿verdad? *(Pensativa)* Nunca has visto una mujer desnuda en tu vida...

PADRE: *(Colérico hasta extremos jamás contemplados en el guión. Atentos al tiempo verbal, inédito en el personaje)* ¡Si hubiera o hubiese querido ver a una mujer en cueros (que mi pastor no se entere de todo esto, por favor), lo habría hecho cuando mi madre me dio a luz! ¡Y ahora deja de preguntar sandeces y duérmete ya! No quisiera que nuestros hijos irrumpieran en la habitación para darnos una sorpresa navideña y te encontraran en ese estado.

La madre deja caer las manos desmadejada, y mira a la ventana. Es noche cerrada y el árbol del jardín reluce cuajado de bombillas.

MADRE: Entiendo. Buenas noches, cariño, y perdóname por haberte molestado.

PADRE: Grrblmfuenas noches y hasta mañana.

La madre espera unos minutos a que Padre se duerma, y va a la habitación de los niños. Abre la puerta y los ve en sus camas, bien tapaditos y con la dulce sombra de los sueños amables aleteando en su tranquila respiración. Una lágrima pugna por asomarse a sus ojos, pero ella la contiene y baja al salón. Coge del perchero del recibidor un impermeable y se lo coloca sobre los hombros. Sigilosamente, abre la puerta principal (que jamás se cierra con llave) y sale al exterior.

El decorado del jardín está oscuro y silencioso. La luna cuelga de las tramoyas resaltando su perfecta circunferencia con reflejos plateados. Sólo las bombillas del árbol lucen como una constelación de estrellas que esconden hábilmente una pista de aterrizaje para renos.

La madre llega hasta la valla de madera y la sortea de un peligroso brinco que hace ondear el repulgo de su bata. Corre hasta la calle principal y, apretando el impermeable para protegerse del rocío, cruza las tiendas de publicidad gratuita y las fachadas de cartón hasta que la avenida se acaba en un cruce sin salidas. Un semáforo de tres bombillas rojas tiene iluminada la superior.

Ella lo contempla unos segundos y, al otro lado del cruce ve una mujer igual a ella. Es su reflejo en el espejo de profundidad, que alarga la calle muchos metros más allá del fin del decorado. Se ve a sí misma delgada, patética y con su perfecto peinado de buenas noches hecho trizas. La bata está húmeda a pesar del plástico que la cubre, y se pega a sus piernas como una mortaja de seda.

Agachándose, recoge un puñado de tierra del jardín que flanquea la calzada y lo alza por encima de la cabeza. Siente deseos de gritar alguna frase épica, un lema legendario que asegure su lugar en las referencias de los libretos, pero en lugar de eso se mete la tierra en la boca y la mastica. Las náuseas llegan acompañadas de algunas arcadas, pero ella sigue devorando el suelo. Grumos manchados de saliva caen sobre su bata, el carmín de sus labios desaparece bajo una estela de raíces. Las espinas de las flores se clavan en su lengua pero ella sigue devorando sus pétalos, masticando los colores chillones y perennes de sus pistilos.

Al momento, cae de rodillas envenenada y vuelve a alzar la vista hacia la mujer del espejo, que misteriosamente permanece en pie, contemplándola. Ambas mujeres se sostienen la mirada en un impasse crucial, y mientras una de ellas cae al suelo, la otra se gira y desaparece caminando allá donde no llega la luz de la luna. ><

Revelaciones trascendentales

Desperté vomitando en la moqueta del estudio. Al momento una manos amables me sostuvieron y ayudaron mientras me lavaba la cara y tomaba una aspirina. Mi pelo caía en unos rizos rubios desconocidos sobre mi frente.

Me encontraba en un pequeño plató casi vacío de gente, sin gradas para el público ni cables que conectaran las cámaras con el distribuidor central. Había una encantadora casa unifamiliar de diseño arcaico, un jardín y un pueblo de una sola calle con semáforo al fondo. Los pocos operarios que trabajaban en aquel lugar, incluyendo actores y figurantes aún disfrazados, se arremolinaban en torno a mí, esperando en silencio, sus rostros ocultos bajo pantallas portátiles. Juzgándome, tal vez.

Recordé algo de lo que había ocurrido y busqué a Berg con la mirada. Éste ingresó rodando en el círculo de personas, quitando de en medio a un técnico de sonido que se apoyaba cansadamente en su micrófono de pértiga.

—Piscis —saludó. Yo me levanté con lentitud. Mis ropas eran un puro anacronismo y estaban hechas un asco.

—Hola, marido.

Berg frunció el ceño.

—Veo que ni siquiera el sueño perfecto funciona cuando se trata de ti.

—¿Perfecto? —espeté—. ¿Llamas *perfecto* a una vida sin sexo, sin realización personal fuera de la familia, sin amigos que no sean vecinos? Eso no es una vida, es un guión de telenovela.

—Precisamente —se defendió la terminal, ofendida—. ¿En qué otro lugar puedes prever lo que pasará cada día sin la presión de la incertidumbre? ¿Cómo puedes preferir una vida en la que envías a tus hijos al colegio y sufres la duda constante de si algún loco los ha raptado o violado, sin saberlo hasta que vuelven por la noche a casa? De esta manera, te aseguro que todos los domingos son fiesta, y tras cada noche de Navidad siempre hay regalos colgando de la chimenea. En este mundo San Nicolás *existe* —y señaló un gordito simpático que descansaba en una esquina del plató, devorando un bocadillo junto a unos renos—, y su saco siempre está lleno de maravillas fabricadas por lindos enanitos. Aquí los guiones siempre dan una excusa perfecta para la desaparición de cualquier personaje.

—Ya conozco a tus enanitos —contraataqué—, y no son en absoluto los ángeles que me pintas. Estuve a punto de morir bajo sus picos porque no quise dar la contraseña correcta a la puerta de una casita de caramelo. En tus fantasías de cuento, Berg, hay muchos dragones.

La terminal cabeceó.

—Es una lástima, querida, que no sepas ver la bondad del regalo que te estoy ofreciendo.

—Yo no quiero tu bondad prefabricada, Berg —escupí, quizás demasiado despectiva—. Prefiero una vida de decepciones, pero que me pertenezca a mí, y no a una caterva de guionistas de moral conservadora.

—Está bien. —En los ojos de Berg brillaba una luz extraña—. Seguiré buscando. Contigo creí haber encontrado a la mujer ideal, pero veo que me equivoqué. Tú jamás serás una buena mujer de familia, Piscis. Estás condenada a vagar sin un lugar al que regresar cuando te encuentres cansada y necesites ayuda.

Tal vez Berg tuviera razón y estuviera dando la espalda a la única oportunidad que tendría de vivir una vida normal, pero aún no sabía con qué intensidad brillaban la mayoría de las estrellas del firmamento, y no quería morir sin haber visto unas cuantas de cerca.

—Arrojadla por la ventana del estudio —ordenó el ejecutivo, y se giró como si yo ya no estuviese allí.

Irritada más por su desprecio que por la orden de matarme, propiné un empujón a la terminal, de tal modo que pivotó y quedó encarada hacia mí de nuevo. Le arrebaté la pértiga al técnico de sonido, cogiéndole por sorpresa, y lanzando un grito de ira contra Berg, contra sus sueños plastificados y todo el tiempo que me había hecho perder, la clavé en el centro de su monitor.

Entonces sucedió algo inaudito.

Del agujero de la pantalla astillada comenzó a manar sangre.

No líquido de refrigeración ni chispas de circuitos averiados: sangre, fluida y muy roja.

La gente que me rodeaba se llevó las manos a la cabeza, aferrando con fuerza sus terminales como si les produjeran un intenso dolor. La muerte de Berg les debía haber transmitido algún tipo de señal poderosa y dañina.

No podía pensar con claridad. Aprovechando la confusión salí corriendo, aún con mi traje de telenovela, y busqué la salida del edificio. Un tubo de cristal suspensor me elevó hasta el piso superior. Encontré en un guardarropa un uniforme y me lo fui poniendo mientras ascendía.

Llegué a una especie de antesala de recepciones con capacidad para admitir vehículos pequeños. Unos túneles de paredes transparentes surgían del estudio atravesando el complejo del Palacio Catódico a docenas de metros sobre el suelo. Desde el más cercano arribó a la sala un vehículo con forma de huevo y capacidad para dos personas. De él bajaron un hombre de piel amarilla acompañado de una mujer bellamente ataviada con un traje de espejos, y me saludaron.

Yo sonreí y, despacio, ocupé su lugar en el huevo. No debía pertenecerles en exclusividad, ya que no opusieron resistencia y se marcharon charlando por el ascensor.

Sangre.

Sacudí la cabeza. Cerré la carlinga y me acomodé en el sillón color crema. Delante tenía una pantalla táctil con un plano del complejo, con pirámides y dodecaedros señalando los edificios del Palacio y una red de vectores fluorescentes para indicar los tubos de desplazamiento. Vi mi posición iluminada con un aspa, y localicé la situación del hangar que albergaba a *Aquario*.

Iba a pulsarlo cuando reparé en algo: había un edificio representado con un disco plano, distinto al resto.

La antena principal, pensé. Dudé por un momento, calculando las posibilidades. Lo único que hasta ese momento había deseado era recuperar mi nave y largarme de aquel planeta de chiflados, pero tras la experiencia del mundo de los Ciegos...

Algo en mi interior me impedía marcharme sin tomarme una revancha pasajera contra aquel sistema desquiciado. Por todo lo que me habían hecho, por lo que le habían hecho a Destiny y a Rudolf, a Zonppapas y a todos los demás. Por las tormentas de emoticones y la supresión politizada de los sentidos. Por Henry y los Ciegos de los sótanos, y todos los que deseaban huir de los paraísos digitales y no sabían a dónde.

Mi dedo se deslizó por sí mismo hacia la antena y me encontré pulsándola, gritándome en silencio que no lo hiciera, que aquello no era asunto mío y que cualquier daño que hiciese estaría reparado al día siguiente.

Pero pulsé. Y mi extraño vehículo salió despedido por la garganta de cristal en pos de la fábrica de sueños.

La antena era una enorme parábola gris surcada por un sistema de venas de titanio circular, abierta en torno a un emisor de aspecto sofisticado y amenazador. Me fijé en los detalles a medida que el huevo la circundaba haciendo espirales por su arteria transparente.

Había una portezuela justo en el punto de inflexión de la parábola, que daba a un pequeño puente de metal rematado por el transmisor. De llegar hasta él sería muy fácil acabar con las emisiones rompiendo algún pequeño cable, y no tendría que hacer polvo toda la instalación. Además, *Aquario* carecía de armas; si no empleaba alguna estratagema astuta, no me imaginaba cómo podría derribar aquel monstruo de casi treinta metros de diámetro.

Por el camino me crucé con otros huevos y saludé a la gente que llevaban en su interior; la mayoría eran terminales como la que había albergado el cuerpo de Formahl Berg. Temblé al recordarlo: aquellos trastos no eran artefactos remotos como todos creían (incluyendo sus subordinados, imaginé), sino pintorescas armaduras que permitían a los ejecutivos estar presentes en sus dominios mientras alimentaban el mito de su distanciamiento.

Yo no quería hacerlo. No quería. Jamás había matado a nadie, salvo...

De pronto noté que me seguían. Eran dos huevos de diseño sutilmente diferente al mío. El tubo era tan estrecho que no podían avanzar en paralelo, pero el que iba en cabeza tenía un pequeño sidecar en el que iba montado un arponero. El hombre que manejaba el lanzaproyectiles iba enfundado en una armadura negra con espolones, y movía el punto de mira para que apuntara directamente a mi retaguardia.

Asustada, volví la vista al tablero de mandos. Bajo la pantalla había algunos botones: uno rojo para llamadas de auxilio, dos amarillos que no tenían leyenda, y un interruptor verde con un dibujo que enseñaba una palanca levantada al extremo de una flecha. Lo pulsé sin dilación, y cuál fue mi sorpresa cuando mi sillón se corrió un poco hacia atrás y de entre mis piernas surgió un pivote con un mando ergonómico.

Lo agarré con fuerza y pulsé hacia un lateral. En la pantalla un mensaje de peligro parpadeó unos instantes: *Modo manual activado. Cuidado con los nexos ocultos.*

Yo no sabía qué rayos era un nexo oculto, y no me importaba: lo único que atraía mi atención era el arponero que me perseguía a toda velocidad con su ballesta de energía.

Afortunadamente, las arterias de cristal eran unidireccionales. Pero si continuaba en una tan estrecha acabarían por destrozarme. Empujando la palanca hacia delante aceleré, cayendo sin fricción por el tubo inclinado a unos cien kilómetros por hora. Mis perseguidores también aumentaron su velocidad.

El arponero me tenía fijada, pero como el túnel daba muchos quiebros imprevistos y mi huevo subía por las paredes, no se arriesgó a disparar; un tiro fallido aquí dentro podría significar el desastre no sólo para el perseguido, sino para los que venían detrás.

Consulté el mapa y vi un cruce de túneles anchos por debajo y a la izquierda. Apresuré la marcha y me lancé con un sonido de válvula que se destapa al interior de un túnel de varios carriles. Casi choqué con dos huevos más achatados al irrumpir en su vía, pero los esquivé y me uní al carril exterior. Mis perseguidores entraron también y uno de ellos, el más alejado, embistió a un transporte de vehículos mientras giraba para estabilizarse. El choque fue espectacular, una explosión de piezas de metal entre el estruendo del vehículo perseguidor al quedar aplastado bajo el peso del carro más grande. Los huevos que éste llevaba anclados a su cola de pez se soltaron tras el impacto y volaron sin control por todo el túnel. Los demás usuarios de la vía se detuvieron aterrados y formaron un atasco tridimensional que obstruía por completo la arteria.

Yo sonreí, dando gracias a los dioses por que no hubiera víctimas, y me concentré en el arponero que quedaba. Éste apuntó cuidadosamente y disparó; ya no había peligro de que una ruptura o una despresurización del tubo se lo llevara a él también. El proyectil de energía pasó rozando mi carrocería cuando ejecuté un brusco tonel para esquivarlo.

Remontando las paredes en espiral, mi vehículo rozó con el chasis un fragmento del túnel y levantó una nube de chispas. El arpón reventó cerca de mi trayectoria,

abriendo un agujero que explotó hacia fuera, expulsando aire y absorbiéndolo después a presión.

Esquivé otro grupo de usuarios que iban más lentos y los utilicé como escudo, zigzagueando entre ellos para que mi enemigo no pudiera apuntar. Su huevo era más veloz, pero el sidecar lo hacía más ancho y tenía que ejecutar amplias maniobras si quería seguirme por el laberinto de vehículos y túneles. Hubo un momento en que varias de sus flechas me rozaron y casi lograron hacerme entrar en barrena. Me fijé en que las que no me daban a mí se estrellaban invariablemente contra los otros huevos, y podían haber matado a algunos inocentes.

Algunos videads colocaron sus vehículos frente al mío para obstruirme el paso. Soltando imprecaciones los esquivé, preguntándome cómo habrían sabido que me acercaba desde atrás, cuando vi a uno a través de su carlinga: era un joven emocionado, con los ojos cubiertos por una terminal portátil, que trataba de embestirme al tiempo que saludaba briosamente a un lugar indeterminado.

Esos bastardos estaban siguiendo la persecución por el cable. No me sorprendió: en un lugar como aquél debía haber cámaras hasta en las tazas de los inodoros. Seguí con la vista la dirección de su saludo y vi un enjambre de ojos espía que volaban pegados al exterior del túnel, filmando a través de sus paredes transparentes.

Tenía que acabar. Enfilé hacia un cruce a partir del cual el túnel se dividía en muchos alvéolos tan finos que sólo cabía un vehículo.

De repente, un arpón me golpeó de lleno. Mi huevo se descontroló y golpeó una pared. Yo grité, aterrada. Creí que iba a morir mientras daba vueltas y tumbos y una nube de chispas me envolvía, frenando mi impulso por dentro del alvéolo. El sillón del huevo se contrajo en torno a mi cuerpo, apretándolo como un guante e interrumpiéndome la respiración.

Al fin me detuve y el apretón del diván se relajó. El vehículo estaba varado en el centro del angosto pasaje, totalmente raspado y agrietado, con la carlinga astillada y un profundo agujero en la zona de los impulsores.

Salí como pude de la carlinga y me quedé de pie apoyándome en ella. La baja presión del interior del tubo estuvo a punto de asfixiarme. Un ruido anunció que mis perseguidores estaban llegando: levanté la cabeza y vi aparecer a través del humo el sidecar del arponero, que me apuntaba directamente al corazón. Adiviné una sonrisa de satisfacción bajo los congelados rasgos de su máscara de cuero.

Al otro lado del cristal se paró un ojo espía, flotando tranquilamente a muchos metros sobre el suelo mientras disfrutaba de un magnífico primer plano de mi cara de frustración. Al fin me habían cogido; no podía esperarirme tan contenta después de haber matado a uno de sus directivos más importantes (aunque fuese por accidente). Ahora sí que estaba metida en problemas. Tal vez mi juicio estuviese teniendo lugar en ese preciso instante por votación telefónica. Me pregunté qué horrible forma de morir sería la más votada por los televidentes.

Miré a mis pies y bajo ellos contemplé el vasto disco de la antena principal, a algo más de diez metros de distancia. Un abismo para mis maltrechas piernas, a menos que...

Me acerqué a la pared del túnel y miré fijamente al artillero. No podía ver sus ojos, pero cada gesto de su cuerpo, por imperceptible que fuese, quedaba profundamente grabado en mi cerebro. Noté el momento en que consultó la estrategia a seguir a su base de operaciones. Casi escuché al técnico de la base llamando al control de estadísticas para ver qué habían votado los seguidores del programa *Perseguida*; y sentí llegar el instante en que su dedo se engarfió en torno al gatillo, su sonrisa se abrió paso bajo el rictus de la máscara, y el arpón de energía emergió de la bocacha de su cañón para partirme en dos.

El malnacido disparó.

Yo arqueé las piernas.

Su proyectil pasó rozándome cuando me agaché, perforó el tabique de cristal y caí al vacío. Mis manos se extendieron en pos del frío metal del ojo espía a tanta velocidad que mi cerebro casi no tuvo tiempo de emitir la orden.

Lo alcancé.

Sujeta al pequeño engendro volador, miré hacia abajo y vi la nada: debajo de ella, una enorme parábola gris. El peso de mi cuerpo era más de lo que el aparato sustentador podía aguantar, y comenzamos a descender, más lentamente que en caída libre pero a bastante velocidad. Lo usé de improvisado paracaídas hasta que mis pies estuvieron a apenas unos metros de la antena, y entonces me solté.

El ojo espía salió propulsado en dirección contraria y yo di con mi trasero en la superficie cubierta de contrafuertes de la antena. Me deslicé por la parábola a gran velocidad, viendo pasar las sujeciones de metal a escasos centímetros de mi cara mientras caía por un pasillo de planchas planas en dirección al centro de la estructura. Tardé casi veinte segundos en llegar, reboté varias veces contra los contrafuertes y paré bruscamente golpeando una escalerilla.

Miré alrededor, tocándome por todas partes para convencerme a mí misma de que seguía viva. Estaba en la base del puente central de la antena, a apenas cinco metros del amplificador.

No lo pensé dos veces; si salía de aquélla ya tendría tiempo para desmayarme después. Subí por los peldaños de la escalerilla y avancé a gatas por el puente, sujetándome hasta con los dientes; la lluvia ácida lo había dejado todo muy resbaladizo. Avancé unos metros de puro pánico hasta que tuve el amplificador tan cerca que podía tocarlo con sólo alzar la mano. Obligué a mis dedos a separarse de la escalera para aferrar su anillo de sujeción.

Ahí estaba, a un segundo de distancia, a un centímetro de tiempo; parpadeando con los miles de segmentos de información de cada uno de los setecientos canales que controlaba el Emporio VHH. Ahora podía acabar con todo aquello: sólo tenía que alargar un poco más la mano y agarrar un simple cable.

Casi lo logré.

Mis rodillas patinaron en el agua acumulada sobre el puente y me desplomé por un lateral. Mis dedos trataron desesperadamente de afianzarse a algo que detuviera la caída, pero fallaron. Durante una décima de segundo estuve en el aire, girando en manos de la gravedad.

Empecé a ver mi vida entera pasar por delante de mis ojos, los sucesos más importantes pidiendo lugares preferentes en la cola, cuando unas manos me sujetaron por la muñeca.

17

Interludio

—¡TE TENGO!

—¡Destiny!

—Mierda, ayúdame y déjate de dramatismos, ¿quieres? ¡Pesas una tonelada!

Con su ayuda, me encaramé de nuevo a la escalerilla. No podía creerlo. Mis manos aún temblaban cuando la abracé.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí? —pregunté. Ella se encogió de hombros. Tenía su famosa pistola sujeta al cinturón del traje de vuelo.

—Un amigo tuyo me dejó pasar.

—¿Un amigo?

—Creo que te acuerdas de él. —Me enseñó la argolla que sujetaba la correa de la sierra mecánica que había robado al energúmeno veldar en el Laberinto. Alcé las cejas:

—¡Henry! ¿Le encontraste en las catacumbas?

Mi amiga asintió, cambiando de posición para no caerse.

—Me dijo que probablemente vendrías aquí.

—De acuerdo —asentí—. Vamos a mandar al cuerno todo este tinglado —y me volví hacia el manajo de cables que surgían del amplificador. Pero Destiny me detuvo.

—¡No!

—¿Qué ocurre?

—Están protegidos por trampa explosiva. Además, aunque los arrancaras no te serviría de nada. El verdadero emisor está en otra parte, en el interior de la antena.

—¿Cómo lo sabes?

Destiny se dio la vuelta y reptó hacia la base del puente, justo en el centro simétrico de la parábola. Allí esperaba, abierta, la portezuela que yo había divisado desde el huevo.

—Vamos, te ayudaré —dijo, tendiéndome la mano. Yo me sujeté y salté al interior de la cámara. Era un lugar estrecho y lleno de tubos y aristas, cables, baterías y un par de terminales de control repletas de diodos y manómetros. Estaba desierto e iluminado con una triste luz azul metálico.

Destiny se limpió de agua el pantalón y examinó la terminal.

—Si queremos interrumpir las emisiones debemos encontrar el árbol de distribución central. Es el que reparte la salida a todas las antenas del perímetro, no sólo a ésta. —Recorrió todos los conmutadores con el dedo, leyendo las etiquetas adjuntas. Contenían una serie de claves de zona referenciadas en un mapa que

colgaba de la pared, dividido en barrios, éstos en sectores y a su vez en nodos de difusión. Encontró uno bastante lejano.

—Pero, Destiny —titubeé—, eso está casi fuera del edificio central. Volveríamos al punto de partida.

—Es la única posibilidad —zanjó, algo secamente—. Yo ya atentaba contra este sistema antes que tú siquiera oyeras hablar de él. Sé de lo que me hablo. Éste es el mejor punto para jorobar todo el tinglado y escapar después.

—Está bien —concedí, insegura. No me atraía la idea de dar más vueltas por aquel manicomio—. Necesitaremos de la ayuda de Henry y los Ciegos otra vez.

Destiny dudó.

—Sólo yendo por los túneles llegaremos a ese lugar sin tropezamos con los controles de seguridad —aclaré, tirando de su manga, pero ella se negaba a moverse—. ¿Te ocurre algo?

—Es que... ya no creo que podamos contar más con Henry.

No supe qué decir a eso. Iba a pedirle una explicación cuando ella misma me la ofreció: volvió a enseñarme la hebilla de la sierra, esta vez acercándola a mis ojos. Vi los detalles que, camuflados en la pintura, me habían pasado desapercibidos antes. Había manchas de sangre, no a chorros sino como gotas espolvoreadas, de las que yo había visto saltar cuando se golpea con fuerza la cabeza de alguien.

Me temblaron las piernas.

Destiny permaneció en silencio, mirándome. Yo aferré la hebilla con fuerza, como si de ella pudieran salir de nuevo de todas aquellas manos y labios amables y cándidos, la tersura de las pieles de todos los desconocidos que se habían hecho uno conmigo en aquel lejano mundo de tinieblas.

—Fue una redada especialmente severa —explicó mi compañera. De repente todo el silencioso complejo en el que nos escondíamos se había poblado de fantasmas—. Los soldados de Berg cayeron sobre ellos súbitamente. Mataron a los líderes y llevaron al resto a jaulas de reacondicionamiento.

—Pero, ¿cómo lo supieron? —protesté, desmadejada—. ¿Por qué fueron a por Henry? Él parecía extremadamente cuidadoso en lo que hacía... Es imposible. Ha debido pasar algo raro. Aquí hay algo que no encaja.

—Yo pude escapar a duras penas. Corrí por los túneles hasta que llegué a las cloacas del Palacio. —Se olió, constatando con asco que verdaderamente había estado allí.

Yo cabeceé. No podía creerlo, no después de lo fácil que estaba resultando todo.

—¿Por qué? ¿Por qué tienen siempre que morir los mejores? ¿Es que al destino no le basta con que los que estén en el poder sean los malos?

Destiny me miró sorprendida. Por mi mejilla corrían lágrimas de desaliento que llegaban a mi labio tembloroso justo en el instante de un sollozo. Mi amiga me puso una mano en el hombro, que yo rechacé.

—¡No es justo, mierda! ¡En mi planeta pasaba igual, siempre morían los mejores, los únicos que tenían agallas para luchar! Dios es un mentiroso...

Enterré el rostro en las manos y dejé que toda la tensión de los últimos días aflorara libremente, quemándola en largos minutos de llanto incontenido. Cuando abrí los ojos de nuevo, Destiny seguía allí, apoyada contra el panel de mandos de la antena.

—Debemos irnos —dijo—. Los hombres de Berg saben que si no te mataste en la caída por la parabólica, muy probablemente estarás aquí.

—Déjame en paz —corté. Destiny torció los labios, sorprendida.

—¿Cómo?

—He dicho que me dejes en paz. Estoy harta de todos vosotros, de vuestra estúpida rebelión y de este planeta de imbéciles videadictos.

—Nosotros sólo luchamos por la libertad —protestó, ofendida y atónita a partes iguales—. Para hacer que esos zombies que asumen como religión las normas de VHH reaccionen y tengan sus propias ideas.

—Qué bonito. Y eso lo dice una antigua videad, ¿verdad? —Me encaré con ella—. ¿Crees que no me he fijado en las pequeñas marcas de cirugía que tienes en la sien? ¿Qué son, estiramientos de piel para ocultar las conexiones de terminal portátil?

—No estás siendo justa, Piscis. Yo te he salvado la vida en...

—En diversas ocasiones, sí. Y te lo agradezco, pero si no te hubiera conocido no estaría metida en todo este lío. Henry no se habría topado conmigo y estaría vivo, él y vete a saber cuántos Ciegos más del mundo subterráneo.

—Te perdono porque estás fuera de ti —susurró Destiny, afectada. Sus ojos también comenzaban a hurnedecerse—. Pero sólo por eso. Y ahora haz el favor de levantarte. Hay que salir de aquí.

Me agarró por el brazo y yo me liberé bruscamente. Le grité:

—¡No me toques! Yo no te he pedido perdón. ¿Cómo es que has llegado hasta aquí si el perímetro está lleno de guardias, eh?

La contrabandista me miraba de hito en hito.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —punteé—. La mitad del ejército del Palacio debe estar en máxima alerta buscándome. Si han registrado los túneles donde viven los Ciegos, ¿cómo es que tú escapaste, Destiny?

Ella sacudió su cabeza, retrocediendo. Yo avancé sobre sus pasos dispuesta a no darle tregua.

—Dime, *cariño*. ¿Cómo lograste entrar en la fortaleza? ¿Utilizaste el mismo truco que yo para atravesar la tormenta de emoticones, u otro invento de Zonppapas? Porque debiste pasar de alguna manera para poder llegar junto a Henry. ¿O es que...?

—No lo digas —amenazó ella, levantando un dedo—. Ni se te ocurra, Piscis.

—¿O es que tu ex amiga Rudolf tenía razón? —continué, implacable. La espalda de Destiny chocó contra la consola de control, impidiéndole retroceder más—. Es eso, ¿verdad? Eres en realidad una agente doble. Trabajas para VHH como infiltrada

en los movimientos de resistencia. Entraste en el Palacio tranquilamente por la puerta principal. No eres más que una miserable traidora...

La bofetada que me propinó viró mi rostro en ángulo recto. Primero noté un frío intenso en el lugar que había marcado su palma, y luego un dolor que tenía mucho de vergüenza. Destiny me miraba sin hablar, con lágrimas cayendo por sus mejillas. Estaba atónita, pero no más que yo por todas las cosas que había soltado de golpe. Todos los pensamientos extraños y maliciosos que pululaban en mi interior desde el comienzo de aquella pesadilla y que el estrés había hecho por fin salir a la luz. Ella no podía creerlo, ni en el fondo yo tampoco.

Dolida, se zafó de mi arrinconamiento y recogió sus cosas (cuerda, cinturón y cartuchera), dispuesta a marcharse por donde había venido. Su silencio me dolía en los oídos, pero ni yo misma sabía por qué.

—Voy a bajar a las cloacas otra vez —susurró—. Si quieres seguirme, allá tú. Haz lo que te dé la gana.

Y enfiló escaleras abajo, alejándose lo más posible. Yo permanecí un minuto allí sentada, junto a la consola, contemplando la superficie convexa de la enorme parábola: colgaba invertida sobre mi cabeza como un ciclópeo tazón. Vacío de todo, de contenido, de sustancia, de significado. Y lleno con las ilusiones de millones de personas que dependían de aquella señal para vivir una vida plena y feliz. Una vida que, ahora que lo pensaba, en realidad no tenía nada de malo. Si un millón de teledictos decidían pasar lo que les quedaba de sus miserables vidas pagando para experimentar las sensaciones de otros, ¿quién era yo para impedirlo? ¿Cómo me atrevía a juzgarles, yo que había sido esclava?

Era de locos. Algo en mi cabeza me decía «¡Corre! ¡Abandónalos a su suerte! Es el camino que ellos han elegido». Pero luego pensaba en Henry, en el fugaz pero intenso contacto que tuve con su gente y lo claros que lucían sus ideales en aquel ambiente desquiciado, como perlas de cordura en un océano de demencia. Su mensaje no era excesivamente original ni complicado: «Queremos probar la diversidad, y arriesgarnos con sus consecuencias». Pero dicho en voz alta en aquel reino de guiones prefabricados era como disfrutar de un feroz destello de color en una vida en blanco y negro.

Sin pensármelo más, partí tras mi amiga. La encontré bajando unas escaleras tres pisos por debajo, aún en el cuello de andamios que sostenían y hacían girar la enorme antena. Iba a decirme algo con esa vocecita afectada que entonaba cuando estaba mal, pero antes la abracé con fuerza.

—Lo siento —supliqué, sufriendo cada sílaba—. Siento muchísimo lo que te dije, Destiny. Perdóname, porque estoy pasándolo muy mal.

Ella se detuvo y miró mis brazos, que rodeaban su pecho desde atrás, aplastándolo con la toda la fuerza de mi culpa, y colocó una mano suavemente sobre ellos, dando unas palmaditas.

—No te preocupes —murmuró, acariciando mis manos—. A veces no sabemos lo que decimos y herimos a la gente.

Se volvió hacia mí y, como yo estaba de rodillas, bajó la vista y me besó tímidamente en la frente y los labios, limpiando los rastros de lágrimas.

—¿Me perdonas? —rogué.

—Ya veremos —sonrió ella. Yo me puse en pie, abandonando con pesar la calidez del abrazo—. Ahora tenemos que salir de aquí.

Durante el resto del camino a la base de la antena, Destiny permaneció silenciosa, con la sombra de una profunda duda aleteando en sus ojos.

Revelaciones aún más trascendentales

Cayeron sobre nosotras como halcones despiadados y silenciosos, sin gritos ni exabruptos guerreros. Eran tres veldars, el jefe y dos sicarios a los que recordaba del Laberinto. Se me ocurrió que tal vez estarían muy enfadados por lo que les había hecho a sus compañeros en el programa de Berg, y acerté.

La batalla no fue muy larga: nos agarraron y golpearon repetidas veces hasta que nos hicieron sangrar. Oí que Destiny se desplomaba sobre el suelo, con su fina pistola de positrones colgando aún del cinto. Miré aquel sencillo objeto con el ansia y la desesperación de quien anhela el pastel tras el cristal. Mi amiga se llevaba las manos al estómago y no se preocupó de desenfundarla.

El veldar que me sujetaba cerraba sus manos en torno a mis antebrazos como garfios de acero.

—¡Malditos cerdos albinos! —escupí. El jefe de los guerreros, tan cerca de mi cara que saboreó mi saliva, enseñó los dientes.

—¿Cerdos? Ah, debe de ser alguna palabreja de tu mundo. ¿Qué significa?

—Animal porcino de costumbres repugnantes, extremadamente desagradable y maloliente —aclaré.

El veldar rió, y sus hombres lo corearon.

—¡Eso es exactamente lo que soy, sí! Has dado en el clavo, preciosa. —Estrujó sus labios contra los míos en un beso brutal, lleno de lengua pastosa y dientes afilados—. En mi País no hay de esos... cerdos. Pero creo que si nos van a hacer la competencia en la posesión de las mujeres, nos los comeremos antes de dejarles instalarse.

Unos soldados del Emporio VHH aparecieron justo después. Recogieron a Destiny y, tras desarmarla, nos condujeron hacia un nodo de acceso al sistema de arterias de cristal. Sentí como si me llevaran al matadero.

Destiny caminaba con la mirada gacha y sin hacer el menor esfuerzo por escapar, lo cual me sorprendió mucho.

Llegamos a la estación de embarque, donde un gran hueco de pasajeros esperaba una nueva carga. Los veldars hablaban animadamente en su brusca lengua, llena de sílabas truncadas y entonaciones en sordina. Parecían insultarse hasta que uno de ellos reía, y se notaba entonces que la frase escondía un chiste. No quise imaginar cómo sonaría semejante lenguaje usado para ofender a alguien.

Otros pasajeros vagabundeaban ociosos por entre las butacas grises y las columnatas de la pequeña estación. Vestían túnicas talaras con mangas y esclavinas en forma de anillos concéntricos. Todos llevaban monitores portátiles frente a los ojos.

—Nunca he visto a una hembra como tú —dijo el líder veldar, con su voz retumbante—. Si hubieses nacido varón, podrías haber sido un buen ejemplo para nuestros soldados.

—Me alegro de decepcionarte —afirmé.

—Tienes nuestro mismo espíritu combativo, y una ausencia de malicia intrínseca que te hace enormemente atractiva. Algo me dice que aún queda dentro de ti algo de inocencia, que ni siquiera los látigos o los grilletes han podido extirpar.

Me volví hacia él y dije sin parpadear:

—Ya no soy una esclava. ¿Cómo sabes eso?

—Piscis de Zhintra. Había gente de mi raza presos en la Ciudad Prisión cuando tú la destruiste. Fue verdaderamente impresionante...

—... Para ser mujer —concluí.

—Para ser artificial —corrigió—. Yo mismo lo hubiera hecho si tú no te hubieras adelantado. —Soltó una carcajada—. Cuerno de Tark, hasta habría dejado morir a mis compatriotas con tal de rematar la faena de una manera tan espectacular como la tuya. ¿Cómo lo hiciste, colapsando los ciclos de sobrecalentamiento del reactor?

—Obligué a una technosaurio a devorar los pilares del complejo —aclaré, recordando fugazmente las fauces de la enorme bestia carnívora.

Había un videad al fondo que estaba haciendo algo raro. Era un adolescente de movimientos bruscos e indecisos que se escondía tras una columnata. Hacía el gesto de salir a saludar a una cámara invisible, pero se arrepentía (o sentía vergüenza) y se escondía otra vez.

Lo extraño es que miraba en mi dirección asintiendo estúpidamente y alargando la mano, como si yo fuese la fuente de su turbación. Me pregunté qué estaría viendo en su pantalla.

—¿Qué vais a hacer con nosotras? —pregunté. El líder levantó los hombros.

—Ahora que nuestro contrato con el ejecutivo ha expirado, te entregaremos a su Guardia Lunar y nos marcharemos con el Ra. Ah —añadió—, creo que fuiste tú quien lo recuperó de Jaruppa. Aún no te hemos dado las gracias.

—Berg está muerto —notifiqué con tranquilidad—. Lo maté yo hace una hora. Creo que ya no tiene validez ninguna transacción que hubierais acordado con él. Lo siento.

El veldar se quedó tan sorprendido que por un momento creí que iba a matarme. Luego se echó a reír con tal contundencia que hasta a mí me entraron ganas de seguirle. Estaba tan entusiasmado con la noticia que no pudo hablar cuando la sirena de embarque comenzó a sonar. Sólo pudo ponerme una mano en el hombro y empujarme hacia la rampa dándome cariñosas palmaditas.

Momento que aproveché para quitarle su pistola del cinto, separarme de ellos y apuntarles con cuidado.

Su risa se evaporó de golpe y, al cabo de unos instantes, volvió a aparecer con más fuerza.

—Desde luego, eres una maravilla —articuló, cuando las lágrimas le permitieron pronunciar palabra—. Anda, dame esa pistola antes de que te hagas daño.

Y avanzó un paso. Yo volaticé la parte delantera de su bota junto con algunos dedos. Él no gritó, pero se congeló en mitad de un movimiento y apretó los dientes.

—Eso no ha sido muy inteligente, preciosa —murmuró, conteniendo el dolor. Yo vigilaba atentamente a sus hombres, encorvados como panteras antes del ataque.

Rodeando al grupo, me acerqué a una columnata donde descansaba una terminal de comunicaciones. Miré a mi izquierda y vi al adolescente vieldad, que trataba de tocarme con reverencia, un hilo de baba cayendo de sus labios.

De un manotazo le arranqué la terminal de la cara. El joven se puso tan histérico que tuve que dejarle inconsciente de un culatazo para que no me mordiera. Bajé la cabeza muy lentamente, controlando de reojo que ninguno de los veldars hiciese un movimiento raro; si aquel adolescente estaba tan emocionado probablemente se debería a algún informe especial sobre la muerte de Berg. Con suerte, obtendría alguna imagen de lo que estaba sucediendo ahora mismo en otras partes del complejo. ¿Habrían movilizado a toda la Guardia Lunar o se conformarían con dejarle el asunto a los veldars? Con estos pensamientos, me arriesgué a bajar la vista y mirar dentro del visor.

No era un informativo.

Era yo, vista aproximadamente a la altura de mis hombros, tal vez unos centímetros más abajo, y desde unos dos metros de distancia.

Elevé la cabeza, sorprendida, tratando de localizar el punto desde donde filmaban aquella imagen. Mis ojos se encontraron con los de Destiny.

No tuve tiempo de reaccionar. Un veldar se abalanzó sobre mi arma y me la quitó con una facilidad infantil. Un estallido de dolor en mi estómago y estuve gimiendo contra el pavimento.

Alcé como pude la cabeza y miré a mi amiga.

—¿Co... cómo...? —balbuceé—. ¿Cómo has podido?

Ella cerró sus párpados, y la imagen en el monitor se oscureció. Un contador digital corría en una esquina marcando días, horas y minutos de seguimiento.

Muy poco después circulábamos velozmente por las carreteras tubulares. Me habían colocado en un sillón anexo al de Destiny, atada.

Ahora que se había descubierto, ella disponía del mismo trato que los veldars, pero iba absolutamente callada. En un determinado momento recostó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos, meditando unos segundos. Me pregunté cuánto valdría ese tiempo en publicidad.

—Era verdad —susurré. Ella volvió la cabeza—. Todo lo que decía Rudolf sobre ti, lo de que te habían visto entrar al Palacio de Gobierno antes de las redadas...

—Cállate —ordenó. Parecía muy dueña de sí misma en esos momentos, pero yo veía grietas en su máscara de frialdad. Proseguí sin piedad:

—Así fue como lograste sortear la barrera de emoticones: no tuviste que atravesada. Entraste caminando tranquilamente por la puerta principal.

—He dicho que te calles.

—¿Y lo que le hiciste a Henry? Averiguaste que su gente me había ayudado y les lanzaste encima a los Lunares.

—¡Eso no es cierto! —estalló—. ¡Yo nunca pensé que les arrestarían a todos por haberte dejado pasar! Los necesitan para manejar todas aquellas máquinas, maldición. —Su voz se moduló en una excusa—. Nadie más sabe hacerlo. Les necesitan, así que les devolverán al trabajo en breve, tenlo por seguro.

—¿Qué más da eso, Destiny, si ya no tienen ideales? Les has demostrado que es totalmente inútil luchar contra el sistema, propiciando la captura de su líder y sacándoles a la luz de los focos.

—Yo no tengo la culpa. A mí sólo me encargaron seguirte a donde fueras.

—Ya, el famoso trato ventajoso que te resolvería la vida. —Recordé nuestra conversación en la isla de coherencia de Entrelugares—. Querías dar un golpe único, un trato genial que te permitiera no volver a huir nunca más. Es muy apropiado.

—¿Y qué? —Su mentón se erguía firme, pero sus ojos vibraban, vacilantes—. ¿Acaso tú no hubieras hecho lo mismo? Estaba harta de luchar a escondidas contra este gigante, de arrastrarme por tuberías asquerosas y acostarme con soplones para obtener claves de acceso a los complejos. Harta, ¿sabes lo que es eso? —No me dejó responder—. ¡Yo sí! Estoy cansada de los sueños de Susan, de las fantasías de Zonppapas y de toda la miseria de Marmolia. Ahora tengo un trato, y eso es lo único que importa.

—Rudolf.

—¿Qué?

—Rudolf, no Susan —aclaré—. Has llamado a tu amiga por el nombre con el que la conociste.

La contrabandista hizo un aspaviento.

—Al cuerno. Contigo y con los demás. Dentro de poco seré rica, y quiero disfrutarlo.

Se apoyó contra el ojo de buey, apretando los puños. El reflejo del Palacio cruzaba a toda velocidad su rostro en panorámicas difusas.

19

Tocata y fuga

Arribamos al hangar donde descansaba *Aquario*, y sentí unas ganas irreprimibles de reír, de mí misma y de lo gracioso de la situación: tanto trabajo para llegar hasta allí y, ahora que estaba todo perdido, me habían traído ellos.

Constaté que aún no habían desarmado los motores, pero las máquinas, operarios y grúas trabajaban a destajo y ya habían desmontado las carcasas cobertoras que tanto dinero me había costado instalar. Un brazo mecánico palpaba con delicadeza el montante de uno de los pilares de conversión de masas, el cuello de botella por el que la Kerambeón emitía todo el flujo energético resultante de la conversión de materia en pura fuerza cinética, lo que impulsaba la estructura de la nave.

Los operarios debían ser técnicos cualificados en tecnologías de reestructuración molecular, ya que transpiraban el cuidado de quien sabe lo peligroso que puede resultar lo que tiene entre manos. El poderoso brillo que exhalaba su cortador de fusión me calentaba la piel aun a treinta metros de distancia. No quedaba mucho tiempo antes de que perforaran el blindaje e inutilizaran el sistema.

Los veldars tenían otra nave estacionada justo al lado, un transporte más grande que *Aquario* pero mucho menos elegante: parecía un enorme calentador de agua con espolones acabados en óvalos de estabilización, orugas para desplazarse por tierra como un vehículo anfíbio y una sombrilla de propulsores de plasma cerrada en iris inverso. Al llegar al pie de la nave, cuyo nombre aparecía en caracteres ilegibles en un costado, vi que nos esperaba un comité de despedida: cámaras, focos, cables y el presentador de sonrisa impecable que yo había conocido en Mundo Joya, todos ansiosos por saludar a la malograda heroína de su programa de mayor audiencia. Reparé en la conocida figura de un ejecutivo de VHH, encerrado en su terminal portátil. Mi pulso se descontroló en los últimos metros, pero constaté que no se trataba de Formahl Berg; era otro colega suyo de la misma casta meritocrática basada en la lisonja y el dinero.

Pero no fue eso lo que hizo que mi sangre hirviera: un ayudante del ejecutivo llevaba esposado a la muñeca el maletín del Ra. Las cámaras no le prestaban atención, prefiriendo regocijarse en las marcas de las múltiples laceraciones que yo exhibía en la cara y en los brazos. El ejecutivo, un hombre increíblemente parecido a Berg pese a tener rasgos completamente diferentes, me sonrió mostrando su mejor encuadre.

Extremando la libertad de movimientos que consentían mis guardas, me coloqué con la potente luz del soldador de fusión a la espalda, para fastidiar todo lo posible sus diafragmas.

El líder veldar, Gonvar Kan, me desató las muñecas con un cuchillo cuando nos acercábamos.

—Un solo movimiento en falso y te estrangularé en directo, ¿entendido? —susurró. Los focos me cegaron.

Destiny, en completo silencio, permanecía cerca y con la vista vagando por lugares indeterminados.

—Aquí tenemos algo verdaderamente inusual —saludó el ejecutivo, sonriente—: el primer concursante que sobrevive al Laberinto; el primer terrorista que logra atravesar barreras infranqueables con tal de participar en nuestros célebres programas, los más vistos y prestigiosos de la galaxia; el primero que lo consigue siendo mujer...

—Al menos cinco de esos postulados son falsos —precisé. Su perfecta expresión de busto maquillado no varió un ápice—. Pero dejaré que sea usted quien decida cuáles.

—Vamos, señorita. ¡Sonría, estamos en antena! Usted es ahora una gran estrella, un ídolo de masas. Ha superado todas las pruebas satisfactoriamente y nos ha proporcionado horas y horas de entretenimiento familiar. Eso no se olvida. Por ello la vamos a premiar con unas vacaciones pagadas en el País que Cae, hogar de nuestros prestigiosos invitados, los guerreros veldars. —Las cámaras enfocaron al líder, que permanecía detrás de mí adoptando una pose muy viril—. Lamentablemente, no todo ha resultado tan perfecto como hubiéramos deseado. Está el desagradable incidente de los Ciegos, y el —bajó el volumen en esta frase— inoportuno comportamiento erótico de su segundo enfrentamiento en el Laberinto. Detalles que nos podríamos haber ahorrado en tiempo de publicidad forzada. Pero, como decía mi mentor, el desaparecido Formahl Berg, al que todos apreciábamos muchísimo, bien está lo que bien acaba, ¿no?

—¿Es usted su sucesor? —pregunté. Su imagen asintió.

—Con orgullo y honor ostento ahora ese título, sí. Mi nombre es Andhal Berg. Andhal Berg —repitió, vocalizando, por si alguien no lo había escuchado.

—Con razón —aspiré—. Pues se alegrará de saber que aún soy capaz de dar alguna sorpresa más a su audiencia, si se me permite. Las cámaras se acercaron, ávidas. El nuevo Berg asintió, pletórico.

—Concedido. Ah, estos espíritus con el espectáculo grabado en los genes... Adelante, díganos.

—Usted está realmente dentro de esa terminal. No es un remoto portador de su imagen, sino un transporte móvil personalizado.

A mitad de la frase el rostro de Berg había sufrido un cambio radical, pasando de la amable complacencia al pavor más agresivo. Cuando remarqué el punto y final con la firmeza de la venganza, vi sus palpos retráctiles surgiendo de los zócalos como para estrangularme, pero se contuvo. Yo dibujé una sonrisa de oreja a oreja absolutamente inocente, mientras él daba la orden de pasar a publicidad y borrar esa

última parte de los registros generales. Pero por su cara deduje que se estaba emitiendo en directo.

—Maldita niñata desagradecida. Acabemos con esto cuanto antes —gruñó, ya en tiempo de desconexión—. Ponlas en la cumbre para esto.

El ayudante que portaba el Ra se lo destrabó de las esposas y lo tendió a Gunvar. Éste parecía tener órdenes de no recogerlo hasta que estuviesen emitiendo, lo que me sonó a espectáculo preparado. Yo sabía que a los veldars les entusiasmaba la adoración de los que consideraban inferiores (el resto de las criaturas del cosmos), pero aquello me parecía forzar la nota. Tal vez estuvieran más abducidos por aquella forma de vida de lo que ellos mismos pensaban.

—¿Y qué hay de ella? —señalé a mi ex amiga—. ¿También gozará de vacaciones pagadas, o de veras piensan regalar un montón de dinero a una conocida terrorista?

Berg miró a Destiny, que parecía sorprendida, y enseñó los dientes.

—Por supuesto que le pagaremos. La gente del Emporio VHH es de palabra, cuando se trata de criminales arrepentidos que han visto la luz.

—Su luz, hecha de sólo tres colores.

—Luz, al fin y al cabo. Lo que importa en esta vida, preciosa, no es lo que ves, sino cómo te lo presentan.

—Estamos listos —anunció alguien. El ejecutivo recompuso su escorzo agradable y el veldar se dispuso a recoger el maletín, frotándose las manos.

—Te están mintiendo, Destiny —dije, sin mirarla. No perdía de vista la conexión de corriente que alimentaba los focos de cuarzo. Si podía ocasionar un cortocircuito...—. Van a usarnos para acabar este montaje y luego nos matarán. No pueden admitir públicamente haber ayudado a una terrorista.

El veldar me dio un empujón.

—Silencio.

El regidor elevó su mano derecha y destacó tres dedos, luego dos. Yo miré a Destiny, que cavilaba a toda prisa. Sus manos empezaron a sudar, igual que las mías.

En el gesto del técnico sólo quedaba un dedo. Miré de nuevo el enchufe de corriente al pie de un trípode que sujetaba una parrilla de cuarzós. Si podía llegar...

El regidor bajó el último dedo y nos lanzó al aire digital. Andhal Berg cogió con sus palpos el maletín y se lo tendió al líder, que esbozando una terrible sonrisa llena de dientes afilados se adelantó para recogerlo, dejándome sola un instante. Destiny rozó la culata de su pistola con la muñeca.

Todo ocurrió en unos segundos fragmentados en veinticinco precisos movimientos: Berg tendió el maletín para dárselo al líder; éste elevó sus manos de uñas afiladas; yo me lancé hacia delante conteniendo la respiración; propiné un golpe a los palpos y me hice con el maletín, asiéndolo con fuerza; el líder reaccionó primero, agarrándome del brazo; Berg, sorprendido, desdibujó su estúpida sonrisa; las cámaras de enfoque automático se movieron como serpientes a la caza, notando que sucedía algo anormal; Destiny sacó su arma; los hombres de Berg abrieron la boca

aterrados; yo continué con la inercia del empujón y lancé el maletín al aire; Berg lo siguió con la vista, posiblemente viendo en él una metáfora de su caída; el maletín voló muchos metros describiendo preciosas espirales; el puño del veldar se me clavó en las costillas; yo aullé de dolor; Destiny apuntó a los veldars; éstos notaron la presencia del arma e hicieron caso omiso, saltando por encima de los técnicos; Destiny disparó, alcanzando a un veldar en el pecho; el bárbaro se desplomó con un agujero humeante en su esternón; un segundo veldar llegó hasta la joven de un salto y le arrebató la pistola, golpeándola; Berg rodó fuera del ángulo de las cámaras, rezando porque todo aquello pudiese justificarse ante sus videads; el maletín acabó su trayecto junto a la grúa que perforaba el blindaje de mi nave; yo cerré los ojos; las radiaciones del soldador de fusión calentaron el plástico del maletín a un ritmo constante y poderoso; las cámaras enfocaron sus lentes para no perder detalle de mi ejecución a manos de Gunvar; el líder levantó el cuchillo por encima de su cabeza, dispuesto a atravesar la mía...

Y al segundo siguiente un siseo tímido y sin mucha importancia comenzó a ser registrado por los micrófonos.

En un primer momento sólo lo notó el técnico de sonido. Los armónicos parpadeaban en el ecualizador con pulsos sincrónicos de columnas doradas. Trató de filtrarlo para que no afectase a la grabación, pero sus decibelios aumentaban por segundos. Extrañado, el técnico miró hacia el maletín.

Yo abrí los ojos y miré en la misma dirección.

El líder, oliendo problemas, congeló el golpe que debía acabar con mi vida, y también se volvió.

El Ra había salido del maletín, irguiéndose en medio de un charco de nitrógeno líquido. Estimulado por el calor, que masajeara sus ciclos vitales insuflando movimiento y cambios de spin en átomos presuntamente dormidos, el monstruo exhalaba vapores en combustión. El sistema interno de protección energética del maletín se había estropeado con la fuerte caída: de sus minitubos conductores de nitrógeno emanaban vaharadas de cristales de hielo en sublimación y gases cálidos. El monstruo los evaporaba con su calor corporal, en reacción constante con la grúa que enarbolaba el cortador.

El Ra extendió su contorno difuso y creció unos cuatro metros, saboreando con apetito de gourmet el calor de la fusión.

Mis ojos se cruzaron con los de Gunvar, y ambos tomamos la misma decisión: correr. Me acerqué a Destiny para ayudarla, pero los bárbaros la sostenían sin sentido sobre sus hombros. Uno de ellos me apuntaba con la pistola.

—¡Soltadla! —grité. El líder se reunió con sus hombres y se encaminaron hacia su nave con celeridad.

—Ni hablar —espetó, excitado por la cercana posibilidad de su propia muerte—. Tú encerraste a esa bestia en Jaruppa y ahora volverás a hacerlo, o morirás también.

Yo me llevaré a esta gatita como premio. No es quien esperaba, pero un trato es un trato.

—¡Yo no fui! ¡El Ra no...! —grité, pero el estruendo de la gente que huía y de las máquinas que empezaban a reaccionar descontroladamente ante la potente fuente de radiación cubrieron mis palabras. Los bárbaros se encerraron con una inconsciente Destiny en su nave e iniciaron los ciclos de ignición. Yo murmuré una maldición y me volví hacia el Ra.

Medía ya unos diez metros y continuaba creciendo. El operario de la grúa no había tenido tiempo de desconectar el soldador antes de morir abrasado por el espantoso calor dérmico de la bestia. Afortunadamente, la llama de fusión se había desplazado y ya no apuntaba a mis motores. Su impacto directo era cien veces más potente que el emanado en arco por el monstruo.

Corrí hacia el pequeño estudio móvil desplegado por los técnicos, ahora abandonado salvo por la terminal móvil de Berg, que se movía erráticamente sobre sus minúsculas ruedecillas. Sonrió mientras yo recogía del suelo una antena amplificadora de señales. Su rostro era un cuadro de resignación.

—Piscis —rió—. Es increíble.

—¿El qué es increíble? —dije mientras trabajaba. Tenía que discernir qué cables pertenecían a ese aparato y cuáles no.

—Todo, creo. Tu fuerza de voluntad, tu determinación de causar la mayor cantidad de daño posible en cada momento... Y todo para nada.

—Para nada no. El trato que heredaste de tu antecesor, al que considero liquidado, me incluía a mí como parte del pago a esos brutos.

—¿Y te sorprende? —Se carcajeó sin humor—. ¿Acaso piensas que la opinión de un individuo cuenta para algo aquí? Esto es una empresa, un negocio de cientos de billones. Aquí el público lo es todo, está por encima de todo y merece cualquier sacrificio.

—Ya. —Cargué los cables en torno a mi brazo para irlos desenrollando poco a poco—. Incluyendo el que te ha puesto a ti en donde estás ahora, ¿no? Estoy segura de que te alegras horrores de que yo exista, o aún seguirías lamiendo botas a un par de niveles de distancia en el escalafón.

—Eres una entrometida, pero hay veces que tienes razón. Y tu idea sobre que nuestras terminales son vehículos... Qué absurdo.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué resplandece tu frente?

Berg torció los labios. Sudaba copiosamente dentro de su carcasa de metal, pero no parecía dispuesto a abandonarla.

—Muy lista. Lástima que vayas a morir aquí conmigo. —Tras él, el Ra se estiró como un animal en celo y ejecutó un movimiento curiosamente felino, sacudiendo su cuello de fuego y brasas en cortos espasmos. Yo acabé de reunir el equipo y comencé a avanzar hacia el monstruo desenrollando cable. Como guiño final, recogí una

cámara abandonada cuyo piloto aún parpadeaba y se la lancé a Berg, que la atrapó al vuelo.

—Puedes volver a tus comienzos y hacer de operador, si lo deseas. Al menos moriremos cada uno haciendo lo que nos gusta.

Y me alejé de él, acercándome al Ra. Detrás estaba mi nave, y sólo había un modo de llegar. Berg contempló la cámara con las cejas alzadas, y tras sopesar la situación unos segundos, inclinó suavemente la cabeza y pegó el visor a sus ojos mecánicos, tratando de recordar cómo se hacía.

La nave de los veldars, con un rugido que hizo temblar las paredes, se elevó de sus soportes y cruzó por encima de nosotros hacia la salida. El Ra la observó partir, intrigado como un niño que descubre por primera vez un sonajero, pero no hizo nada por detenerla.

Aguantando el calor, me coloqué a escasos metros de su pata delantera, al extremo de lo que permitía el cable desenrollado que alimentaba el amplificador, y apunté su antena hacia la de *Aquario*. Los sicarios de Berg la habían cercenado de raíz, pero el punto de metal caliente de su soporte aún se comunicaba con el sistema interno de filtrado de ondas. Si el Ra no me notaba el tiempo suficiente como para enviar una señal dirigida y muy potente cabalgando el láser, era posible que *Aquario* la distinguiese de entre el ruido de estática. Manipulé el aparato y orienté el emisor justo hacia el muñón medio derretido de la antena de la nave. El aparato convirtió en binario mis instrucciones y las comenzó a radiar a través del propio Ra.

Recé a los dioses que se esconden entre las estrellas para que el monstruo de energía no lo percibiera, pero sí lo hizo.

Su enorme cabeza, un flujo ahusado y brillante de fuego como la fotografía animada de una mancha solar, se volvió hacia mí.

Y escoge a alguien con quien caminar...

Sostuve su mirada. Durante un largo minuto, me vi reflejada en la pupila ígnea del monstruo como el eco de una combustión de fósforo, y por primera vez en mi vida supe lo pequeña e insignificante que era. Lo diminuto de mi mundo y la inutilidad de mis prioridades. ¿Qué podía decir ante un ser como aquél, que podía alimentarse de la muerte de un mundo para sobrevivir?

Creo que él se dio cuenta también. Debía estar enfrentándose a una decisión absolutamente trivial pero con un significado escondido que, al menos para una de las partes, resultaba crítico: ¿debía aplastar a este insignificante insecto que le molestaba con su absurda tecnología basada en componentes materiales? ¿Había dudado yo alguna vez entre matar o no a una mosca especialmente molesta, preguntándome cómo se sentiría ella?

La verdad es que nunca lo había hecho, y el Ra tampoco. Decidiendo que no deseaba ser incomodado por más tiempo (*por los Dioses que funcione por favor que funcione*) levantó su extremidad delantera (llamada pierna o pata era forzar excesivamente el diccionario) (*¡vamos vamos vamos Aquario ahora!*) y la lanzó sobre mi cabeza. La vi llegar, noté el calor abrasador, castañeteé mis dientes de puro pánico, apreté los puños, cerré los ojos, supe que iba a morir con una certeza dolorosa...

Y la pata se disgregó. Entreabrí mis párpados y vi que parte de la materia del monstruo energético era absorbida desde atrás y desde arriba, justo hacia el núcleo de conversión materia-empuje del tándem gemelo de las máquinas Kerambeón.

El monstruo emitió algo parecido a un rugido que sonó como la hecatombe de billones de enlaces atómicos en oxidación, y su figura se diluyó en la dirección del empuje de los motores en un efecto espectacular, subrayando con pinceladas de color lo que sobre un papel serían cientos de módulos vectoriales.

No podía creer que hubiese funcionado. Los motores estaban preparados para desintegrar materia y usar la combustión como retroalimentación de sus baterías, pero forzados a recoger energía pura y cambiar el momento de inicio de los protocolos de conversión había sido una apuesta a ciegas.

Sabía que eso no detendría al Ra por mucho tiempo, así que corrí hacia la rampa de acceso de mi nave. Tecleé la clave en el panel y, al fin, mi querida compañera abrió su vientre para dejarme pasar. Me llevé un susto de muerte cuando un imprevisto movimiento plateado y peludo acabó en mis brazos.

—¡*Peluche!*— saludé, emocionada. Mi gata maulló, asustada y aliviada por igual, y saltó al suelo. Seguí corriendo hacia el puente y me dejé caer con sumo placer en el diván recubierto de terciopelo del asiento principal. Ver cómo todos los indicadores

de energía fluctuaban al máximo con el bocado de semidiós arquetípico que se habían zampado era pura gloria. Pero tanta acumulación repentina podía sobrecargar el sistema; tenía que deshacerme del sobrante, y ya.

—¡*Aquario*, ciclos de despegue en marcha!

—*Ya están casi acabados. ¿Qué tipo de predictor de emergencias crees que tengo instalado, jefa?* —contestó con su hermosa voz andrógina. Yo sonreí.

—Pues salgamos de este agujero de una maldita vez.

La nave maniobró en automático y se colocó frente a la salida del hangar. Las puertas estaban cerrándose lentamente, pero las sobrepasamos con un ajustado acelerón y unos grados de inclinación en el estabilizador de profundidad.

Por fin vi la extensa alfombra de edificios color mármol de la ciudad corriendo velozmente debajo de nosotros. Apenas habíamos salido del perímetro del Palacio giré en redondo.

—*¿Podrías explicarme eso?*

—Claro que puedo —dije, y enfilé hacia la gran antena central de transmisiones. La sobrevolamos, destrozando un enjambre de ofendidos ojos espía con la panza. Vi el plato parabólico debajo y recordé cuando había rodado por él.

—*Aquario*, prepárate a soltar todo el sobrante en un solo disparo a mi señal.

—*¿Conversión a luz o a empuje?*

—A luz —decidí, y apunté la batería de Kerambeones justo hacia el centro de la antena.

Un instante antes de apretar el gatillo, pensé en todos los millones de videads que seguían en ese instante la crisis en directo. Tal vez contemplarían aterrados la efigie del Ra recuperándose en estos momentos en el hangar del Palacio. Tal vez me estarían viendo a través de uno de los setecientos canales, preguntándose qué estaría haciendo una nave extranjera tan cerca del centro emisor de sus vidas. Dudé, volviendo a cuestionar el derecho que tenía yo de privarles de todo eso.

Y entonces pensé en Henry, y todo fue más fácil.

El rayo derriñó instantáneamente el emisor central y continuó perforando. Atravesó cegadoramente el anillo de rotación de la parabólica e incineró todas las subcubiertas plagadas de condensadores, transistores y amplificadores. El anillo reventó en una nube de fuego que fundió el metal de los soportes en ángulos aberrantes, y desestabilizó el centro de gravedad del coloso de metal.

La antena cayó hacia el noroeste, osciló un instante al borde de un punto de equilibrio entre pilares secundarios, y luego los partió. Miles de toneladas de acero y titanio se desplomaron sobre el ala norte del Palacio, quebrando el cemento del edificio que la sostenía y astillándolo en una explosión de humo. El plato cayó a través de algunas arterias de cristal de su sistema de tránsito como si no estuvieran allí.

Me paré un segundo a contemplar el inmenso socavón y reorienté a *Aquario* hacia la ciudad.

—¿No nos vamos, jefa? —preguntó. Yo sacudí la cabeza.

—Antes tenemos que despedimos de un amigo.

Localicé a Zonppapas dando saltos de alegría en lo alto de su edificio y haciendo señas. Volamos hasta él y dejé la nave flotando justo sobre el tejado, al tiempo que abría la rampa de embarque. Pero el científico no parecía muy dispuesto a subir.

—¿Qué te ocurre? —pregunté, asomándome a la rampa—. ¡Debemos partir antes que los Lunares caigan sobre nosotros!

—Yo no voy, pequeña —se disculpó. La potente fuerza residual de los compresores de *Aquario* jugaba con su bata de investigador—. Mi sitio está aquí, y perdona que suene a guión cinematográfico.

—Pero, ¿qué dices? Ahora que he destruido la antena, los videads se volverán locos. Habrá una revuelta, y no respetarán a nadie, ni siquiera a Rudolf o a ti.

El viejo sonrió con la seguridad que confiere la experiencia.

—Lo sé, pero también sé que esto no ha sido más que el primer paso. Hemos logrado algo muy importante, pero ganar una batalla no nos va a garantizar el resultado de la guerra. Los videads están demasiado acostumbrados a su adicción como para cambiar en el transcurso de un solo día. Créeme, habrá revueltas, sí, pero se aplacarán en cuanto la antena sea reparada y vuelva a transmitir. Si hay algo a lo que le tiene miedo esta manada de borregos es a los cambios radicales.

Asentí, comprendiendo. Eran las mismas palabras de Henry pero dichas de otra manera. Acaricié la mano del viejo luchador y, asomándome tanto que por un momento casi caí, le besé con fuerza en la mejilla.

—¿Eso es una despedida? —quiso saber.

—Es un hasta pronto.

—¿A dónde vas?

—Una amiga mía está en peligro y voy a rescatarla. Es prisionera de los veldars.

—¿No son los que más saben sobre formas de matar y torturar en la galaxia conocida? —frunció el ceño.

—Sí, pero no te preocupes; ya se me ocurrirá algo. Le debo la vida, abuelo, y yo pago mis deudas.

Zonppapas sonrió, mostrando sus cuidados agujeros sobre las encías.

—Y lo harás bien, hermosa. Estoy seguro. ¿Sabes? Ojalá te hubiera conocido cuarenta años atrás. Hubiera tenido la fuerza suficiente como para aguantar tu ritmo de vida.

Acaricié su mejilla y comencé a cerrar la puerta de embarque.

—Te aseguro, abuelo, que ningún otro hombre logrará jamás hacerme sentir lo que tú —le guiñé un ojo, recordando la sobrecogedora cadena de pasiones que casi acaba conmigo en las murallas. Él se sonrojó—. Ningún otro hombre.

Y cerré la esclusa. Zonppapas se quedó a verme partir y luego corrió hacia el improvisado arpeo que usaba para encaramarse a los tejados.

Nadie supo nunca, en los años venideros, por qué reía y el color asomaba a sus pálidas mejillas cada vez que alguien le mencionaba la problemática de los emoticones.

El cabecilla del movimiento vecinal de resistencia, Rudolf, antes Susan, se visitó con sus mejores galas y salió a la calle la noche de la Gran Revuelta.

Sin prisas bajó las escaleras, salió de su portal y aspiró el aire maravillosamente viciado de humanidad que flotaba en la calle: miles de personas habían abandonado sus cubículos, muchas de ellas por vez primera en años, y se miraban aterradas buscando una respuesta que fuera simple; no querían guiones complicados, razones rocambolescas o discursos gloriosos. Deseaban una explicación sencilla, de no más de dos minutos de duración estándar, sin pausas publicitarias y a ser posible con subtítulos.

Preguntaban a las autoridades exigiendo tal respuesta, y cuando ésta no aparecía se volvían violentos. Permanecían con los monitores (que sólo radiaban estática) sujetos a sus caras pálidas y demacradas. Arañaban con uñas muy largas o golpeaban con brazos y piernas obesos, llenos de grasa que quemar.

Los soldados de la Guardia Lunar salieron a las calles montados en sus tanques y dispararon contra todos aquellos que incitaban a la multitud a descargar su ira: la gente quería culpables, y los buscaría donde fuera. Nadie podía concebir un guión donde no hubiera pistas fáciles, culpables expuestos o villanos con frase. Y el ejército no podía permitir que esa inmensa frustración vital estallase contra ellos. Fue en esta alocada búsqueda de culpables que la multitud encontró a Rudolf, antes Susan.

El patriarca de la nueva era se había encaramado a una farola y estaba gritando su estudiado sermón del triunfo. La multitud lo rodeó. Rudolf se desgañó, se subió al capó de un vehículo que se había estrellado e hizo ademanes majestuosos, hablando de la libertad de expresión, de la amplitud de miras, del respeto a las opiniones no tamizadas por una máquina de simplificar la realidad.

La multitud destrozó su cuerpo, aplastó su ahora inservible terminal, rasgó sus ropas y bebió su sangre, todo en medio de frases hechas y poses rescatadas de seriales que cada uno interpretaba a su manera. Miles de ojos contemplaban la masacre desde las saeteras y balcones de los edificios y aplaudían; rezando a sus dioses de fibra óptica por que tras haber castigado al malvado se restableciera la normalidad. Las madres lloraron, los viejos se ocultaron aterrados y los jóvenes destrozaron todo lo que tenían a mano y no les pertenecía. Los bebés lloraron porque el mundo que ahora veían estaba oscuro y era ininteligible.

Y de pronto la estática cesó.

La turba cayó en un silencio sepulcral que se oyó en todo el planeta. Escuchando.

Un niño cogió la terminal medio destrozada de Rudolf del suelo y dio un grito de felicidad, aplastándola contra su rostro como quien se asfixia y de repente descubre

una bolsa de aire fresco.

La multitud apenas escuchó el mensaje de la central VHH que pedía disculpas y comunicaba la próxima reanudación de la emisión desde una docena de pequeñas antenas alternativas.

Estaban demasiado ocupados dando saltos de júbilo.

El infierno es un lugar muy frío

El País que Cae aparece zigzagueando por proa, danzando entre laberintos de violentas isobaras. Controlo el indicador de velocidades relativas y constato que nos movemos a unos cuatrocientos nudos, cortando en dos el velo de cumulonimbos del gigante gaseoso. La atmósfera en torno a los fragmentos de piedra flotante es apta para el segundo aparato respiratorio de los veldars, entremezclado en su amplia caja torácica con el que procesa oxígeno. Yo no tengo tanta suerte.

Coloco a mi enfadada *Aquario* en una curva de aproximación y me preparo. *Peluche* levanta su cabecita y enseña los colmillos.

La armadura que portaré en la desigual batalla contra los veldars tiende a enrojecerme la piel. Cuero negro y clavos y cintas metálicas. Y mi arma secreta, que encajo incómodamente entre mis piernas.

No sé cómo os las arregláis los hombres con estas cosas.

El mapa proyectado desde la consola muestra catorce cuerpos mayores con construcciones hechas de piedra flotante. Varias docenas de islas menores en órbitas inerciales en torno a los núcleos principales y un centenar de satélites de pequeño tamaño en procesión. El País que Cae está a punto de atravesar el tercer Trópico planetario sur, lo que significa que el invierno hará su abrupta aparición en unos cuarenta minutos. Tengo poco tiempo.

No se puede sorprender a un veldar con tácticas convencionales: ellos las inventaron. Si utilizo cualquier arma conocida la evaluarán y encontrarán la forma de contrarrestarla, aniquilándome en el proceso. Pero soy una chica de recursos.

Me tiemblan las manos. Cuando el veldar que encontré en el Laberinto de Berg dejó fluir sus instintos al verme acariciándome, me di cuenta de algo... muy sutil. No sé si se podrá aplicar al resto de su especie, pero con los conocimientos que tengo sobre su morfología y costumbres (los veldars son varones, por lo que se les puede considerar a todos hijos bastardos de esclavas abrasadas por la abrumadora potencia genotípica de su semilla), el dato encaja.

Rezo para que sea así. La vida de Destiny depende de mí ahora, y no pienso abandonada, aun conociendo su traición. Aún no puedo quitármelo de la cabeza; la cadena de simpáticas coincidencias que había marcado nuestra relación tomaba consistencia lógica. Su espectacular aparición en el improbable escenario de las profundidades de Jaruppa, su insistencia por acompañarme en su nave tanque a sabiendas del peligro que corría al volver a Marmolia...

Destiny jugó con sus ex compañeros de armas, con sus vidas y sentimientos, y condenó a la casta de los Ciegos a un largo empezar de nuevo en su carrera hacia la

expiación. Pero, a pesar de todo, algo me obliga a ir tras ella, a arriesgarme en esta batalla perdida de antemano.

Me calzo las botas de cuero y trabo sus cierres. Acomodo mis pechos en las cintas oscuras del *top*, y doy algunos saltitos para comprobar que no se desplazan más de lo deseado. Mi arma secreta molesta cada vez que ando o cruzo las piemas, pero con el tiempo llega a ser una sensación agradable. He tardado varios días en encontrar quien me la pudiera instalar y ha resultado caro, pero el dinero es de VHH (el adelanto que me dieron cuando firmé el trato que dio comienzo a esta pesadilla), así que no me importa. Sólo espero que la demora no haya sido fatal para mi amiga.

Una baliza de alarma me saluda en cuanto cruzo el perímetro. *Aquario* se prepara para salir zumbando si las cosas van mal, pero hasta el momento nadie ha disparado contra nosotros. Nos van a permitir aterrizar. Saben que vengo.

La Ciudadela de los Cuchillos aparece claramente. Vigilo ávidamente el sensor de proximidad, buscando cualquier cosa que se asemeje a una nave o a un proyectil táctico. No encuentro nada.

Es extraño. A estas alturas debería haber sabido algo de ellos o estar muerta. Vigilo las islas que pasan por debajo de la quilla, buscando troneras de cohetes, cualquier indicio de la trampa que seguramente estarán preparando. Pero no encuentro nada, y eso lo hace aún más terrorífico. ¿Quién sabe lo que pasa por la mente de un veldar?

Las islas mayores tienen toberas. Es un detalle que me llama la atención porque sus tubos de expulsión de gas de casi tres metros de diámetro lucen quemados y negruzcos. Imagino que son para corregir la trayectoria de las plataformas de piedra, en previsión de un choque que pudiera resultar fatal para sus habitantes.

—*Aquario*, prepárate para conducir toda la potencia a los motores en cuanto yo te diga —ordenó, insegura.

Sobrevolamos una isla interior del gran archipiélago central, cerca de la isla mayor. Está todo desierto; caminos vacíos, luces apagadas, vehículos posados. En una pista de aterrizaje descansa un transporte de pequeña eslora con los tubos de combustible aún colgando de su fuente de alimentación. De su popa surge una enorme red metálica hecha de cilios acabados en garfios de cientos de metros de longitud. Me pregunto qué clase de gigantesca pieza de caza requiere un instrumento así.

Todo parece tranquilo, y eso es lo más anormal.

Un destello en el sensor me sobresalta: una fuente de energía emite impulsos desde algún lugar en lo profundo de las nubes, varios kilómetros por debajo. Afilo mis ojos. ¿Qué estarán haciendo allá abajo?

Tomo los mandos e inclino el morro, sumergiendo la nave en la tormenta del estrato inferior. Vientos huracanados y destellos de relámpagos, una tormenta

eléctrica de gran altura que podría resultar fatal. Coloco el escudo ablativo a máxima intensidad y me adentro en las profundidades de un macizo de gas del tamaño de un país pequeño.

Navegamos en la más absoluta oscuridad durante casi diez minutos, y de repente aparecen: manchas en el radar, unas sombras oscuras que, lentamente, se van destacando del fondo homogéneo de nubes. Paso a la observación ultravioleta y distingo enormes fragmentos de roca flotante. Son como gotas de lluvia esculpidas en piedra, algunas tan grandes que podrían aplastar mi nave en un instante.

Hago zigzag entre las más próximas, envuelta en un silencio sepulcral. El viento golpea con tanta fuerza desde estribor que tengo que mantener los correctores de maniobra encendidos. El enjambre de rocas flotantes consta de un par de cientos de corpúsculos de diferentes tamaños, la mayoría más pequeños que *Aquario*. Ascenden remontando el ojo de un huracán desde la lejana corteza del planeta.

Miro el radar. Aún no hay rastro de los veldars.

Inclino aún más mi eje de vuelo y derivo durante varios kilómetros en elegantes maniobras espirales. Un ruido en el fuselaje de la nave me sobresalta; la computadora me tranquiliza diciendo que es la estructura adaptándose a la fuerte presión exterior.

Entonces lo veo. Un destello anaranjado que enciende los nimbos como si estuvieran henchidos de fuego.

—*Múltiples objetos acercándose rápidamente. Iniciando maniobra de evasión* — anuncia *Aquario*. Yo me ciño los cinturones de seguridad en torno a los hombros y me preparo para aguantar algunos giros violentos a unos cuantos g. Los hay y son peores de lo que esperaba.

Una repentina bolsa de fragmentos rocosos surge de los cúmulos inferiores y nos engulle. La nave ejecuta algunas maniobras de combate con suma violencia, y yo cierro los ojos y aprieto los dientes. La presión marca arrugas en mi frente.

La nube de polvo y rocas nos rodea. Escucho el tamborileo de los fragmentos más pequeños rebotando contra el casco. Si alguno supera un tamaño o masa críticos... Procuero no pensar en eso y controlo los sensores.

—Son restos de una explosión —digo en voz alta—. Polvo y clastos irregulares. Una isla ha debido reventar allá abajo, lanzando esta nube de escombros. *Aquario*, quiero un análisis de esas explosiones de energía.

—*Hay un vórtice activo entre cuatro estratos tormentosos. Muy arriesgado; yo no me metería allí.*

—Pero es la clave del asunto. Paso a control manual —aviso, y tomo los mandos. Un relámpago de cinco metros de ancho y varios kilómetros de longitud pasa demasiado cerca, ionizando todos los sistemas por unos segundos. Noto que me tiemblan los dientes.

—Allí está —exclamo, con la vista clavada en el visor.

Flotamos en una zona de estabilidad anemométrica. Delante de nosotros hay tres islas de gran tamaño, una de las cuales parece a punto de reventar. Invierto motores y

espero. A los pocos segundos la enorme roca giratoria se ve recorrida por una tormenta de arcos voltaicos, se astilla presa de repentinos y brutales movimientos sísmicos y acaba explotando. Los fragmentos son absorbidos casi de inmediato por la diferencia de presión y ascienden a las capas altas de la atmósfera.

En la mayor de las rocas está posado como un insecto el transporte veldar. De su aberrante cabeza surgen varios pares de patas de acero que manipulan la superficie del asteroide, supongo que colocando detonadores. Frunzo el ceño, a punto de dar una orden a mi nave, cuando el rostro de Gunvar Kan aparece en la pantalla.

—Al fin has venido, Piscis —dice con desprecio. Jamás pensé que nadie pudiera pronunciar mi nombre así.

—¿Tenéis a Destiny con vosotros? Estoy dispuesta a hacer un intercambio.

Gunvar araña una sonrisa con sus dientes.

—No me interesa nada que tú puedas ofrecerme, niña. La nave-tanque de tu amiga sí que es algo valioso. Aún no ha confesado los códigos de seguridad, pero estoy seguro de que no tardaremos mucho en hacerle algo que sea demasiado para su capacidad de aguante... Tiemblo imaginando lo que semejantes monstruos pueden haberle hecho a mi amiga.

Aspirando con fuerza, digo:

—Conozco una información que te podría ser de gran ayuda. Información sobre el Ra. Si la dejas marchar, hacemos negocio. Si no, me iré por donde he venido.

Kan frunce el ceño, no muy convencido.

—¿Qué ocurrió con el Ra? ¿Pudiste controlarlo?

—Me marché enseguida de Marmolia, pero he oído que el monstruo destruyó gran parte del Palacio Catódico y a las tropas Lunares, y luego escapó hacia el interior del planeta. Los marmolianos están asustados, y con razón. Temen que esa cosa pueda volver a despertar en cualquier momento y que ocurra lo mismo que en Jaruppa.

—Muy interesante... —Se frota el mentón en un gesto muy humano.

—Sé que tú sabes cómo manipular el Ra en estado larvario. Lo queríais para esto, ¿no? —Hago un ademán extensivo a las islas que nos rodean—. Pretendías que fuese tu agente en las profundidades del planeta, allá donde no llegan las bombas.

Gunvar asiente.

—La Roca que Flota es efímera como las figuras que el viento esculpe en las nubes —explica, clavándome sus ojos de esclerótica verde—. Se deshace y hay que minarla de lo profundo, de las tinieblas eternas. Pero nuestras naves no pueden bajar lo suficiente. Los misiles explotan al cabo de pocos kilómetros debido a la presión, y nos contentamos con sobrevolar los huracanes, como pescadores al acecho, esperando que el mar lance la captura hasta nuestras redes. Es un trabajo arduo y peligroso.

Miro el radar y de repente entiendo por qué no había visto a los veldars en la Ciudadela: nos estamos aproximando a la cúspide de un tomado de gran potencia,

cuya base es tan grande que se oculta tras la barrera del horizonte. Ahora lo entiendo. Para eso servían los reactores que vi flanqueando las islas mayores y las enormes naves-red: los veldars pastorean su universo de islas llevándolas hacia los fenómenos atmosféricos más violentos de su mundo, esperando que éstos arranquen fragmentos de la superficie y los lleven flotando hasta sus manos.

—Pero un ser hecho de energía pura —continúa, soñador—. Ah, Piscis, eso aquí es un tesoro mayor que cualquier tipo de arma. Un esclavo al que no afectan la presión ni las condiciones climáticas, que puede sumergirse hasta el núcleo mismo del planeta y dragar países enteros de roca para nosotros. Con una ayuda así nada podría paramos; podríamos extendernos y construir el imperio que siempre hemos deseado; un imperio que rivalizaría en poder con la misma burocracia de Mundo Joya.

No quiero ni imaginar a una especie como los veldars extendiéndose por el universo, haciéndose millonarios vendiendo fragmentos de Roca sin Peso; construyendo armas de energía pura usando partes del Ra.

Meciendo la cabellera teñida del argénteo gris sucio de su luna, contraataco:

—Tus planes podrían venirse abajo antes de tener ocasión de verse realizados, Kan. He comunicado a la Guardia Lunar que vosotros sois los únicos que sabéis cómo controlar a ese demonio energético. Creo que están desesperados por sacarlo del manto de su mundo.

—¿Qué? —El líder parpadea, asombrado. Yo continúo, rezando porque se lo trague:

—Ahora mismo vienen hacia aquí con una flota de invasión. Cogarán a tu gente por sorpresa, refugiados en sus naves, lejos de las islas. No podréis planear una defensa a tiempo y os subyugarán. Dame a Destiny —allá vamos—, y me los llevaré lejos de aquí atrayéndoles con una trampa.

No se lo traga.

—Ja, ja, ja. Lo siento, pero no me lo creo. Berg y sus adláteres preferirían filmar la muerte de su propio planeta y venderla después a perder miles de millones evitando el desastre. Comerciantes hasta el final, eso es lo que son. Estáis solas, tú y tu absurda nave rosa.

—Vale —concluyo—. Entonces te ofrezco otro trato.

—¿Y es...?

—Yo —digo, y me pongo en pie, para que el bárbaro pueda admirar bien las nuevas partes de mi anatomía. Un enorme órgano genital masculino cuelga entre mis piernas, luciendo su perfección artificial con cada bombeo de sangre—. Me lo he hecho colocar en Irsaláh por el mejor cirujano que pude encontrar. El cambio es irreversible. Si estás dispuesto a hacer un trato, también incluiré mi nave en el lote. Sus motores son dos Kerambeón, no sé si conoces la tecnología...

El rostro de Gunvar cambia, no sé si por la ampliación de las condiciones o por esa mirada lujuriosa que sostiene, clavada en el conjunto de mi anatomía. Sacude la

cabeza.

—No sé. ¿Por qué tanto interés en recuperar a la puta que te traicionó? Es muy extraño.

—Aunque te lo parezca, Kan, en realidad no estoy negociando —digo, endureciendo la voz—. Esto es un ultimátum: o lo tomas o lo dejas, y quiero una respuesta antes de cinco segundos o me largo a toda leche. Tú eliges.

La risa de Gunvar cascabelea al surgir de los altavoces.

—Está bien, chiflada. Puedes iniciar la maniobra de aproximación.

La mejor forma de negociar (Y dos)

Nuestras naves se encuentran sobre el lomo del asteroide, acoplándose como aves en celo. Se extienden los anillos de contacto y caigo a su través, enfundada en mi ridícula armadura de tangas y cuero negro. Cuando penetro en la tétrica nave veldar, sus hombres me contemplan inexpresivos, tal vez buscando razones para no violarme o matarme allí mismo.

Gunvar Kan me espera en el puente. Está vestido con la misma armadura que llevaba en Marmolia antes de nuestra fuga. Mantiene las manos enlazadas bajo el mentón y una expresión de intensa concentración en el rostro.

—Te estás preguntando qué clase de trampa te estoy tendiendo —vaticino. Él asiente. Hay otros dos veldars más en el puente.

—Temo que seas excesivamente lista o excesivamente estúpida. Ambas cosas son malas para mí.

Alzo los hombros. Ahora sí que necesito un doble as en las cartas.

—Suelta a Destiny.

—Hecho —dice, y levanta una mano. Sus hombres descorren un mamparo y traen rodando (Dios mío) una cruz, de la que cuelga mi amiga con las manos y pies atados con alambres. Está desnuda y apenas consciente, y parece que le han rasurado todo el vello púbico con un hierro candente. Un mapa de latigazos tiñe de rojo su bajo vientre.

—Cerdos repugnantes... —musito. Gunvar lo disfruta.

—De todas formas no es apta para tener niños, así que aparte de para unas risas momentáneas, no nos sirve de nada. Puedes meterla en tu nave, si te apetece, y programarla para que la lleve a un lugar seguro. Pero recuerda que tienes que volver —alza un dedo. Yo me acerco a Destiny. No me atrevo a tocarla.

—Por los dioses. ¿Qué te han hecho, cariño?

—No... no les he... dicho nada —balbucea, al límite de sus fuerzas. Con lágrimas en los ojos, me llevo arrastrando la cruz (que tiene rueditas, como las terminales de Marmolia), desato a Destiny y la dejo en mi nave. Cuando regreso, Gunvar me espera a solas en el puente.

—Algo has aprendido de nosotros, preciosa —dice, comprobando el fin de la maniobra de colocación de las bombas en el asteroide—. Tu forma de negociar. Todos los que son inteligentes saben que el negocio no es sino una forma sutil de presionar a los demás. Sólo hay que saber qué puede interesarles a ellos que sea de menor valor que lo que vas a recibir a cambio.

—Hablas como Berg —escupo—. Eres asqueroso.

El líder veldar se aleja de la consola y me agarra por los brazos. Su aliento fétido irrita mis sentidos.

—Nadie hace nada como lo hace un veldar. En la guerra y el engaño no tenemos rival, y, como estás a punto de descubrir —sonríe—, en el amor tampoco.

Me toca por todas partes y me abofetea. Caigo sobre el diván de aceleración y contemplo aterrada cómo se destraba los pantalones y se dispone a enseñarme por qué la potencia sexual de su especie es tan alabada. Siento ganas de desmayarme de puro terror.

—No sé cómo has averiguado nuestras... costumbres más secretas —dice, señalando mi nuevo apéndice—. Pero claro, una antigua esclava sexual sabe más de esto que ninguna criatura natural en la galaxia, ¿no?

Está a punto de perforarme con su verga cuando un estampido sacude la nave. Nuestros ojos se cruzan, y lo único que le impide matarme es la urgencia por descubrir lo que pasa. Se lanza a la consola.

—¡Torreta, informe! ¿Qué ha sido eso?

—Te lo dije —susurro—. Los marmolianos han llegado, y están muy, pero que muy enfadados.

En el exterior aparecen seis cruceros armados con la bandera de VHH flameando en proyecciones 3D. Disparan sobre las naves veldars que de repente surgen de las nubes, atacando. Gunvar se vuelve hacia mí con el infierno ardiendo en sus ojos.

—¡Maldita! ¡Me has engañado!

—No se puede engañar a un veldar —le detengo cuando está a punto de aplastarme la cabeza—: ¡Aún puedes salir de esta! Y tal vez yo también.

—¡No te creo! ¡Ya basta de engaños!

Me lanza contra el mamparo. Aterrizo de espaldas y siento cómo cruje algún hueso. Conteniendo el dolor, murmuro:

—Como te dije antes, Kan, esto no es una negociación. Libera a mi nave de los anclajes. ¡Ahora!

Tarda un tiempo en decidirse, pero cuando una de sus pinzas pequeñas y veloces revienta bajo una descarga de rayos, corre a la consola y destraba el anillo que mantiene sujeta a mi nave.

—*Aquario*, plan de emergencia B. Huye y espérame en las coordenadas previstas. Encárgate de los cuidados médicos de Destiny —transmito por su radio. Gunvar me mira de hito en hito—. Muy bien. Ahora prepárate para marchar. Vamos a realizar un salto interdimensional.

—¡No pienso abandonar a mi gente! —grita, ofendido. Por primera vez, entiendo (o creo entender) la psicología de un guerrero veldar: a pesar de la abrumadora diferencia de poder del enemigo, y de tener a su raza desperdigada esperando para pescar fragmentos de su planeta donde vivir los próximos años, aquel bruto no dudaría en quedarse a luchar. Lo daría todo, hasta la vida si fuera preciso, con tal de proteger a su gente.

Por un momento, casi, casi le admiro un poquito.

—Ellos nos seguirán hasta el otro lado. Abre un canal y déjame hablar.

Como Gunvar no se mueve, yo misma me siento en los controles del carguero. Con satisfacción compruebo que mi nave se aleja cabalgando un glorioso destello de impulsión. Estará fuera del alcance de las armas marmolianas en décimas de segundo.

—Aquí nave minera veldar a crucero comandante —radio por el comunicador—. Andhal, ¿me escuchas?

El rostro de nuestro viejo conocido aparece en pantalla.

—Piscis. No esperaba encontrarte aquí.

—Me habéis seguido, así que no farolees. Tengo conmigo a Gunvar Kan, el líder de esta caterva de payasos. —Gunvar se revuelve a mi espalda—. Sólo él conoce el secreto de la manipulación del Ra. Si lo quieres, ven a buscado. Ruptura de continuidad interdimensional en más dos segundos tras el comienzo del salto —instruyo. Berg me lanza una mirada de odio.

—Estás chiflada, Piscis. No se puede interrumpir un salto interdimensional en mitad del proceso.

—Ya. Es algo que me dicen muy a menudo.

Antes que su respuesta pueda remontar la conexión, pulso el disparador del impulsor estelar.

Dos segundos después provocho un corto en el sistema. Todos los indicadores de emergencia destellan a la vez, convirtiendo el panel de mandos en un rosario de colores.

Gunvar me aparta de los mandos.

—¿Qué haces, estúpida? ¡Has interrumpido una secuencia interdimensional!

—Lo sé —constato, y señalo la pantalla de observación.

El exterior es un delirio psicotrónico de colores en combinación, falsas perspectivas y salvajes danzas caníbales entre estados de realidad.

Entrelugares.

—¿Dónde estamos? —masculla el veldar. Yo alzo el mentón, orgullosa:

—Dónde *no* estamos, querrás decir. A Entrelugares no se puede ir; de él no se puede volver. Sólo puedes no estar en él, o no saber de su existencia —recito. Gunvar arruga la frente, confundido.

—¿Cómo?

—Observa.

Otra nave se hace visible a unos dos kilómetros, veinte grados por debajo de nuestro plano de gravedad de referencia: se trata del solitario crucero comandante de Andhal Berg. Sonríó al constatar dos cosas: su afán por ponerme la mano encima, y la escasa lealtad de su gente. Ninguna nave más aparece.

—Ahora estamos en igualdad de condiciones —explico—. Sus instrumentos de navegación no funcionarán bien aquí. Y el entorno juega malas pasadas a los haces de energía de los cañones.

—¿Cómo, en nombre de la Gran Luminaria, sabías de la existencia de este lugar? —musita Gunvar, anonadado.

—Cosas del compensador fotohidromagnético.

El crucero de Berg ejecuta algunas maniobras ilógicas. Se nota que su navegante está tan asustado y desorientado como el pobre Kan. Aprovecho la situación y confiero un tercio de potencia a los impulsores. Mientras, busco algo en el radar con fervor, pero éste permanece vacío.

—Prepárate para saltar.

—¿Saltar?

—¿Acaso temes morir, Gunvar Kan?

Eso resulta demasiado para su hombría.

—Yo no le temo a nada, mujer. Pero me molestaría abandonar este mundo en una lucha sin sentido.

Pero se retira unos instantes para enfundarse el traje de presión. Yo también cojo uno.

Nuestro carguero se aproxima desde arriba y a la izquierda, según el plano de rotación de la otra nave. La extraña luz sumerge su casco en sombras, jugando con los destellos de sus hileras de escotillas. Parece una ciudad tubular oculta en la niebla.

Rebasamos su perímetro de defensa suavemente, plenamente conscientes de que estamos dentro del alcance de sus baterías. Siguen sin detectarnos: el universo juega a juegos de entropía con sus sensores. Yo me humedezco los labios, nerviosa.

—Estamos muy cerca...

Recuerdo las maniobras que ejecutaba Gunvar cuando llegué al puente y le pido que extienda las patas de insecto del carguero. Éste obedece y nos convertimos en un silencioso ácaro volante, cayendo hacia nuestra presa con las fauces abiertas. Vuelvo a controlar el radar, pero permanece igual de vacío que a nuestra llegada.

Nuestra suerte no dura.

Una descarga impacta justo en el centro de la panza del carguero. Las luces se toman rojas y una alarma comienza a aullar. Siento un corriente aire que nace de la nada.

—¡Han perforado el casco! —grita el veldar, y ambos nos aseguramos los trajes. El repentino fenómeno atmosférico dura poco, y pronto el puente se queda sin oxígeno. La gravedad, afortunadamente, sigue funcionando.

—¡Allí! —grito jubilosa, señalando una isla de concreción, minúscula pero estable, que surge de la niebla.

—¿Qué es eso?

—Cállate y prepárate a salir a actividad EVA. Yo dirigiré este trasto hacia esa isla —instruyo. El veldar obedece de mala gana. Creo que en el fondo le gustan las

mujeres dominantes.

Otra descarga volatiliza nuestra capacidad de maniobra. Rezo porque tengamos el suficiente impulso como para llegar a la isla, y corro por los pasillos de la nave en pos de Gunvar.

Al cruzar una esquina, el rostro desencajado y sangriento de un veldar me da un susto de muerte. Me llevo las manos a la boca, pero chocan contra el cristal del casco.

—Pero, ¿qué demonios...?

—Son los demás tripulantes —dice Gunvar en mi oído por el intercom. No parece importarle la noticia—. Murieron cuando la descompresión. Pero no te preocupes, la nave contaba con una dotación mínima. Más vale este pequeño sacrificio, si podemos derrotar a Berg, que la aniquilación de toda mi raza.

Sorteo como puedo los cadáveres y llego a la cámara de trajes. Gunvar lleva asido a su espalda un pequeño propulsor manual, y me ayuda a colocarme otro.

—No tienen mucha autonomía, pero al menos podremos movemos —dice—. Estoy realmente ansioso por que me expliques cómo piensas salir de este vórtice sin una nave estelar.

—Confía en mí —digo, pero ni yo misma me lo creo.

Salimos al exterior justo cuando los cañones del crucero marmoliano comienzan a hacer trizas nuestra nave.

La física de Entrelugares retuerce los rayos de energía transformándolos en espirales que arden. Primero golpean los motores principales, haciendo que una nube de fuego y fragmentos de metal consuma la silueta del carguero en dirección a la proa. Gunvar y yo saltamos al vacío y activamos los propulsores a toda potencia; un chorro de fuego surge de nuestra espalda y nos lanza lejos, hacia la isla de concreción. El calor de la explosión de la nave pone al rojo el recubrimiento ignífugo de los trajes.

El combustible del propulsor casi se agota tras los primeros quince segundos de empuje. Lo apago y reservo una porción para frenar. Cuando ya no tengo por qué apuntar hacia donde quiero moverme, giro y continúo avanzando de espaldas, vigilando el crucero de Berg. Casi puedo sentir sus ojos clavados en mí desde su castillo en el puente del destructor, disfrutando nuestros últimos segundos de vida.

Un disparo pasa muy cerca, su vector inclinado en una parábola.

—¡Berg! —grito por el intercom, como si la furia pudiera obligar a mi enemigo a comportarse.

—Quiero el secreto del Ra, Piscis —escucho su voz coreada de estática. Gunvar se coloca a mi lado y me da la mano, preparándose para optimizar la cantidad de movimiento de que disponemos para frenar.

—Andahl, tu predecesor era un cerdo hipócrita —escupo—, pero tú lo rebasas en todos los sentidos.

—Eres muy amable. No se llega a un puesto de responsabilidad como el mío sin un poco de malicia bien cultivada. Ahora, deja de correr. Prometo que no te mataré...

hasta llegar a Marmolia.

—Ya estoy harta de vuestros concursos para retrasados mentales, Berg. Prefiero morir en ninguna parte a regresar a tu asqueroso planeta de zombies.

—Cuidado con lo que pides, Piscis —dice, despectivo—, porque podría hacerse realidad.

Otro rayo nos acompaña cuando tocamos tierra.

Apuntar con un haz retorcido y aleatorio a una nave de gran tamaño es fácil, pero tratándose de blancos tan pequeños como nosotros la cosa cambia: los rayos del crucero nos enfilan y se retuercen a mitad de arco, fallando por decenas de metros. La esponjosa superficie de la isla vuela en pedazos.

Gunvar y yo corremos hacia el centro, a la zona donde la neblina que cubre su superficie es más densa. La gravedad nos juega malas pasadas; a veces tenemos que impulsamos para rebasar un escalón de dos g, y al momento buscamos rozamiento desesperadamente para tratar de frenar. Mi «arma secreta» molesta de maneras imprevistas en cada salto.

Berg perfora la superficie sin piedad. Su crucero no produce sombra (es con diferencia el objeto más luminoso del firmamento), pero puedo sentirlo sobre nuestras cabezas como un coloso mitológico y enfurecido. Cadenas de explosiones recorren la isla en regueros de destrucción. Gunvar salta sobre mí y me protege de uno que pasa muy cerca. Su peso casi me aplasta, pero me cubre de la metralla. Por un momento temo que hayan perforado su traje, pero los fragmentos de isla se subliman en cuanto los arrancan del suelo.

El crucero se coloca justo sobre la vertical de la isla. Aquí no hay palacios alienígenas ni túneles. La niebla que nos debía cubrir se deshace irremediamente con los vientos que azotan la frontera entre dimensiones. Miro a Gunvar, sintiendo miedo por primera vez.

—Éste es el final —digo. El veldar asiente, pero sus hombros siguen erguidos, su apretón es firme y seguro. Creo que no teme a la muerte.

—Todos debemos morir algún día, Piscis —dice—. El mejor regalo que puede hacer el Destino es permitirnos elegir el cuándo y el cómo. Y yo... —me pasa la mano por el casco—, estoy muy satisfecho de la que hemos elegido.

—Gracias, Kan. Pero quiero que sepas que aún te odio por lo que le has hecho a Destiny.

—Claro que sí, niña. Eso lo vuelve si cabe más interesante —sonríe, y me deja atrás, corriendo al altiplano central de la isla. Aterrada, trato de alcanzarlo, gritándole que pare, pero no me atiende. Llega hasta el centro del altiplano y alza los brazos hacia el cielo, victorioso. Le oigo gritar:

—¡Aquí me tienes! ¡Te espero, Parca, ven a cogerme si te atreves!

—¡Kan, sal de ahí, no seas estúpido!

—Vaya, vaya —tercia Berg, desde su atalaya—; tenemos una especie de héroe. Sonríe, Kan, estás en el aire.

El rayo destinado a matarle surge por proa, desde allí donde flamean los estandartes holográficos del Emporio VHH, y yo cierro los ojos: no quiero ver más muertes. Trato de desconectar la radio para no escuchar los gritos, pero es imposible.

Entonces los veo.

Vienen de la nada, por detrás del crucero. Primero son sombras alargadas y lejanas, pero yo sé que las perspectivas engañan en Entrelugares. El radar no los detecta, y eso les permite acercarse hasta que ya es demasiado tarde.

Nunca he visto tantos juntos; forman cardúmenes de cientos, tal vez miles de individuos, rodeando la nave de Berg y auscultándola con curiosidad entorno lógica, como el niño que ve por primera vez un juguete. Siento escalofríos, y me tumbo en el suelo para que la niebla me cubra de su vista.

—¿Qué haces, Piscis? —pregunta Berg, divertido. Aún no sabe lo que ocurre—. ¿Acaso crees que no puedo verte, que esa débil protección te va a escudar de mis sensores? Qué patéticas os volvéis las mujeres en situaciones límite...

—¿Sabes algo de física, Berg? —pregunto, calmada. Él parece divertido:

—¿A qué viene eso? ¿Es otro truco?

—No es un truco, sino un hecho. Enciclopedia Galáctica, tomo veintiséis. ¿Qué ocurre cuando traspasas una dimensión supernumeraria y el universo debe destruir una de las copias de tu nave, la que ha permanecido tras la barrera más allá de un tiempo límite?

—No te entiendo, Piscis. Prepárate a morir.

—Estás a punto de descubrir que el universo también tiene sus propios enanitos, Berg.

Y escondo la cabeza en la niebla. Prefiero no ver lo que sigue.

Andahl Berg ve el cuerpo escultural de Piscis, imprimiéndole una gracia natural al traje de presión que lo oculta, tendiéndose en el suelo de la isla. Le parece una imagen extremadamente erótica: una bella mujer postrada ante él, sometida a su designio, a su decisión de mantenerla con vida unos segundos más.

Su dedo roza el botón de disparo. Sabe que va a destruir algo hermoso, y eso le excita. El ejecutivo se siente como una serpiente al acecho, a punto de saltar sobre su víctima.

La alarma lo saca de su introspección. Comienza con una leve sacudida en la presión de gravedad que generan los impulsores y continúa como un ligero temblor en las mamparas. Los tripulantes del navío de guerra se miran, confusos.

—¿Qué ocurre? —pregunta, intranquilo—. ¿Qué es ese temblor?

Uno de sus subalternos va a contestar, cuando llega la primera explosión. Berg extrae los palpos de su nueva terminal de lujo para sujetarse. Su puesto en el puente de mando se parece a un diminuto aparcamiento cercado por una baranda de oro y señales viales.

Una pantalla se ilumina, mostrando un plano general de la popa del navío. Unos seres parecidos a ofidios se la están comiendo.

—Pero, pero qué... —balbucea, atónito. Las serpientes son centenares, y perforan el blindaje reactivo del crucero con facilidad, introduciéndose en él y volviendo a salir como peces saltando fuera del agua.

Las baterías tratan de destruirlos, pero se mueven muy rápido y demasiado cerca. El fuselaje externo del crucero se exfolia siguiendo las trayectorias de los feroces excavadores.

Berg desoye las preguntas históricas de sus subordinados y activa los ciclos de ignición de su cápsula personal de escape.

Destrabándose de su puesto de mando, rueda hasta la esclusa de salida tratando de conservar la entereza. Sus hombres, dándose cuenta de la traición, tratan de detenerle, pero Berg es más rápido: con un hábil derrape se coloca dentro de la pequeña cámara de descompresión anexa al puente, para uso exclusivo del capitán, y sonríe a sus hombres a través del cristal blindado.

No es justo, piensa, pero hay veces en que las películas deben acabar así. Su vida es como una pieza en tres actos, dos triunfales y uno trágico en medio para mantener el suspense. Cuando llegue a Marmolia le estarán esperando como el héroe que descubrió no ya el secreto del Ra, sino algo infinitamente mejor: todo un mundo nuevo donde los efectos especiales y las transparencias de color son gratis.

Cuando abre la portezuela de la cápsula, comprueba que ésta ha desaparecido. Embelesado como está ante la perspectiva del triunfo, no se da cuenta de que el vórtice de color erizado de espinas que ocupa todo su campo visual son las fauces abiertas de uno de sus fabulosos efectos especiales.

La serpiente le devora sin pensar en problemas de presupuesto.

Abro los ojos unos segundos más tarde y me arriesgo a mirar. No debí haberlo hecho: la nave de Berg es un amasijo de metal retorcido que se contrae y gira como un torbellino de muerte sobre la isla. Veo cubiertas expuestas al vacío, cientos de cadáveres flotando en nieblas de color, serpientes que entran y salen de la estructura hilvanándola en una sinfonía de muerte.

Berg está acabado, y yo también. Estoy sola, a una distancia imposible de cualquier sitio. Pero las cosas empeoran cuando miro alrededor y veo a la serpiente.

Por un loco instante recuerdo las que Destiny y yo matamos en nuestro primer viaje a Entrelugares, e imagino una terrible relación de venganzas y parentesco entre aquéllas y la que tengo delante. Pero no es posible: sólo son animales, bestias del infierno sin memoria ni sentimientos, provistas sólo de un instinto brutal e irrefrenable de devorar todo lo que no sea como ellos.

La serpiente reptaba sibilinamente a escasa distancia del suelo, dejando marcas en la niebla. Me pongo en pie y la veo acercarse, dispuesta a matar. Rezo y cuento los

segundos.

Algo salta sobre ella. Abro los ojos y veo la familiar silueta de Gunvar Kan rodeándola con sus fuertes brazos, clavándole las rodillas, golpeándola con el frontal del casco.

—¡Kan! —grito, pero él no me oye. La radio no funciona, pero casi le oigo reír a mandíbula batiente. El dragón se retuerce ante su abrazo, pero el guerrero no cesa. Voy a tratar de ayudarlo, pero siento un aleteo a mi espalda. Me giro aterrada, esperando encontrar otra serpiente, pero a quien veo es a un marsul, su piel reflectante emitiendo destellos azulados.

—Vamos —dice—. Debemos irnos de aquí. Sujétate a nosotros.

Hay más de su especie con él. Me sujetan por los brazos y me remolcan, dejando atrás la niebla y ayudándome a regresar al espacio normal cuando los restos del crucero llueven sobre la isla como una tormenta de acero. También dejamos atrás a Gunvar Kan, pero de alguna manera sé que, al menos en esos últimos minutos de gloria, el guerrero es al fin feliz.

Epílogo

La niña que miraba el cosmos

Desnuda, recostada sobre la inmensa alfombra de piel de visón desprovista de mobiliario que forma el observatorio de mi nave. Estoy sola. Abandonada en mi vacía soledad. Con ese sabor picante y con textura de burbujas de vino de Salantra aún en mi paladar. Mirando el espacio. Escuchando el espacio.

No, ésa no es forma de terminar.

La nave tanque de Destiny, *Preciosa*, mantiene un curso paralelo a babor, esperando una última señal de despedida para marcharse. Mi querida ex contrabandista parece recuperarse bien, y eso es bueno. Su portentosa capacidad para aguantar daño moral y decepciones (adquirida sin duda en las telenovelas que ella nunca admitirá haber visto) la protegerá de los daños psicológicos de la tortura. Eso es aún mejor.

Pero soy yo la que no puede olvidar tan fácilmente los hechos pasados. Arriesgué la vida por ella, sí, pero aún no soy capaz de mirarla a los ojos. Cuando la tengo delante siento su vergüenza, noto mi desprecio. No puedo olvidar su traición. Tal vez sea yo la que no ha sido capaz de cicatrizar las heridas de esta aventura.

Puede que algún día vuelva a verla, pero por ahora nuestros caminos han de separarse. Veo su llamada intermitente en el canal de comunicaciones, pero no le doy acceso. Estoy segura de que Destiny lo entenderá... y si no, no me importa. El tiempo lavará las heridas, pero por ahora es mejor sentir su escozor para no volver a caer en los mismos errores.

Con un impulso final, *Preciosa* acelera y se pierde entre las estrellas.

Bueno. Me quedo sola otra vez. Coloco bien el apéndice que debo extirpar de entre mis piernas, y pienso en lo que me va a costar la operación. He aceptado un par de lingotes de oro que Destiny se ha empeñado en regalarme, pero no creo que sean suficientes. ¡Una bomba sexual!, exclamó entusiasmada cuando le conté mi plan. Los veldars no se lo esperaban, es cierto, pero si son tan listos como parecen, este truco no volverá a funcionar.

Recuerdo la cápsula con el mensaje que envié. ¿Lo habrá recibido alguien que sea capaz de entenderlo? No lo sé. Tal vez sea hora de cambiar la soledad por algo de compañía y una conversación agradable. Y tal vez algo llegue a buen término, algo que sea hermoso y reconfortante y no traiga aparejadas la tensión y la muerte como todas las cosas que me han ocurrido en estas últimas semanas.

Aquario acelera y nos perdemos entre las dimensiones. Yo cierro los ojos, despidiéndome de Boan para siempre. En el futuro quienes me acompañen me verán atisbar por la ventanilla durante los saltos y, extrañados, se preguntarán por qué busco aletas de delfines en la oscuridad.

Índice de contenido

Cubierta

Piscis de Zhintra

Prólogo: La niña que miraba el cosmos

1. Una semana antes

2. Por Qué las bandas de ajuste de imagen sólo constan de siete colores

3. En las profundidades del gusano

4. Lo que ven los esquizoides cuando sueñan por la noche

5. Sonidos apenas traducibles como estertores agónicos y sus resultados

6. Marmolla

7. La mejor forma de negociar (Uno)

8. Y entonces explotó la pared

9. En una situación desesperada, el plan más absurdo es el único con posibilidades de triunfo

10. Entre bambalinas

11. Menos cuatro, menos tres... (un signo con dos dedos), (un signo con un dedo)

12. Caminos alternativos y atajos imprevistos

13. Orfismo

14. Una proposición indecorosa

15. Fragmento del guión del episodio piloto de la gran familia, Sitcom ambientada en el siglo XX con influencias caprianas

16. Revelaciones trascendentales

17. Interludio

18. Revelaciones aún más trascendentales

19. Tocata y fuga

20. Y escoge a alguien con quien caminar...

21. El infierno es un lugar muy frío

22. La mejor forma de negociar (Y dos)

Epílogo: La niña que miraba el cosmos

PISCIS
ॠ ॡ ॢ ॣ । ॥ ० १ २ ३ ४ ५ ६ ७ ८ ९ ३ ० १ २ ३ ४ ५ ६ ७ ८ ९

PISCIS DE ZHINTRA

Víctor Conde



